



NAJAT EL HACHMI
La cazadora de cuerpos

Lectulandia

Una chica que trabaja de limpiadora en una fábrica de *pizzas* tiene un hambre insaciable de experiencias sexuales. Intentará llenar sus carencias emocionales acostándose con todo tipo de hombres para así, tal vez, conseguir apaciguar la sed de felicidad que le corroe el alma. Cuerpo tras cuerpo tratará de comprenderse a ella misma y conseguir, como último objetivo, la felicidad.

Con la fuerza, sensualidad y frescura que ya demostró en su primera novela, *El último patriarca*, Najat El Hachmi vuelve a confirmar con *La cazadora de cuerpos* que es una de las escritoras más interesantes y originales de su generación. Una gran autora que ha llegado, sin duda alguna, para quedarse. Una esplendorosa fiesta para los sentidos, no dudes que la disfrutarás.

Lectulandia

Najat El Hachmi

La cazadora de cuerpos

ePub r1.0

Karras 01-09-2018

Título original: *La caçadora de cossos*

Najat El Hachmi, 2011

Traducción: Ana Rita da Costa

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Carlos

La ciudad provoca mixofilia y, al mismo tiempo, mixofobia.

Zygmunt Bauman,
Confianza y temor en la ciudad

No soy sino la mano con la que tú tanteas.

Gabriel Ferrater

Mientras busco mi media naranja voy comiendo mandarinas.

(Escrito en una pizarra en la puerta de una peluquería de Gracia).

Ella está delante de una puerta en lo alto de una escalera demasiado empinada. Duda. Todavía no pulsa el botón del timbre. Se pasa el dorso de la mano por la mejilla para secarse el sudor o hacer que se le pase el hormigueo que la recorre, como una caricia. Pero no es una caricia, claro está, éstas suelen ralentizar su paso por la piel de un modo más bien caprichoso. Mira hacia atrás: un día alguien se propuso hacer una escalera de peldaños estrechos que se sucedieran como si quisieran atraparse unos a otros, y así salió una escalera tan derecha. Y además sin barandilla. Una hermosa escalera de mármol, pero como sacada de otra época, también de vértigo. Qué tontería más grande, estar delante de una puerta y no decidirse a llamar, como una niña. No, de hecho las niñas son más decididas porque saben menos cosas, no tienen ni la más remota idea de lo que podría esconderse tras la puerta. ¿Y si sale un vecino? No es más que un trabajo como otro cualquiera, para acabar de pagar las facturas. ¿Qué tiene de malo querer completar los ingresos? Por supuesto, se había prometido a sí misma que nunca ejercería un oficio tan íntimo, pero desde que una compañera de la fábrica se lo había propuesto no había dejado de pensar en ello. Ahora ya se ha pasado la mano por la frente, ya se ha restregado las palmas sudorosas en las costuras de los pantalones, ya ha cambiado el bolso de sitio un par de veces, ya se ha rascado la oreja derecha hasta dejársela en carne viva, ya no le quedan más excusas cuando se sobresalta al oír el sonido estridente que ella misma ha provocado al pulsar el botón.

LA COLECCIÓN



EL ETÉREO

Si supiera usted qué recuerdos conservo de los hombres... Conservo muchos, aunque siempre me he dicho que sólo servían para pasar un buen rato, para divertirme un poco. Por breves que hayan sido mis encuentros con ellos, nunca he logrado olvidarlos del todo.

Recuerdo al Etéreo. Era un chico. Sí, todavía era un chico, diría yo, que subía por una cuesta muy cerca de mí. Aquella cuesta que compartimos durante un buen rato. Hasta que me di cuenta de que nos dirigíamos al mismo lugar, yo a limpiar y él a alojarse allí. Ahora mismo no sabría decir qué fue lo que me atrajo de él como para dedicarle tanto tiempo. Aunque a decir verdad no fue mucho tiempo, interrumpido y viéndonos tan de vez en cuando que lo nuestro nunca acabó de convertirse en una relación. ¿Qué es una relación? ¿Dónde empieza? Yo no tengo novias, me dijo, sólo tengo amigas. Entonces no le pregunté que si a las novias las llamaba amigas cómo llamaba a las amigas, ni si todas sus amigas eran medio novias, lo que no quería decir sino que se acostaba con ellas siempre que le apetecía. Cuando crees que las personas no te dejarán recuerdos, estas cosas te las callas. Le decía que no sé qué me atrapó del Etéreo, los ojos sin fondo, quizá, o la expresión que se le detenía como si alguien hubiese pulsado el botón de pausa en una película. Tardaba en reaccionar ante las preguntas que la gente suele contestar sin pensárselo demasiado. Es algo que más tarde, cuando lo nuestro ya se acababa, llegaría a molestarme mucho.

El Etéreo me invitó a comer a su casa, y ambos sabíamos que todo iría como acabó yendo, aunque más despacio de lo que yo habría imaginado. Sí que estuvo bien aquello de sentarnos en el balcón a tomar el calorcillo de un sol de febrero y hablar de nuestras vidas mientras tomábamos un té al que no me dejó echarle azúcar porque estaba aromatizado con anís y el anís ya es bastante dulce. A cada sorbo reprimía el asco que me producía aquel líquido insípido y caliente. Encontramos coincidencias entre su vida y la mía. Ambos habíamos sido niños medianamente felices de familias medianamente convencionales, no habíamos destacado ni mucho ni poco entre los compañeros de clase y habíamos decidido abandonar los estudios sólo porque no teníamos claro hacia dónde tirar. Establecer estos puntos en común en las líneas paralelas de nuestros pasados nos hizo sentir una euforia que habría de facilitar bastante lo que vino después. Como si el universo nos hubiese condenado a encontrarnos. Bien mirado, sin embargo, aquellas coincidencias podían haberse producido con cualquier otra persona. Lo que ahora me resulta evidente es que no hablamos demasiado de cómo aquellas líneas habían empezado a divergir a partir de un momento dado, cuando él me contó que se había ido a Canadá con dieciocho años y yo no me atreví a replicar que apenas había salido de mi ciudad. O cuando me habló de su regreso a las aulas pasado aquel año sabático para aprender a curar

cuerpos estropeados. Unos estudios que al parecer costaban una fortuna y que lo habían llevado hasta allí.

No hice caso de todas estas coincidencias, del mismo modo que no cumplí la regla universal vigente en todas las películas y series de televisión según la que nunca jamás, bajo ningún pretexto, debes follar con un tío el primer día que quedas con él. Pensaba en todo esto, en escenas de besos esponjosos y ellas subiendo solas, dejándolos plantados tras puertas que se cierran, cuando sentí una fuerte presión en el muslo. Algo duro que subía desde detrás de mi rodilla y ya me llegaba al culo. Eso cuando aún no me había dado ni un beso, cuando no nos habíamos abrazado apasionadamente, que era lo que tocaba primero, ni habíamos caído rodando por el suelo de la cocina. No lo hicimos nunca en el suelo de ninguna cocina. Yo diría que lo que me atrajo de él fue aquella dureza que me subió por la pierna y el movimiento lento, insinuante pero extrañamente invasivo y excitante. No lo volvió a hacer nunca más, aquello. A veces pienso que no fue más que una maniobra, un truco que tenía preparado y cuyo efecto sobre mi cuerpo conocía de antemano. Porque otra cosa no, pero de cuerpos sí que sabía el Etéreo. Los estudiaba, los exploraba, conocía los nombres de todos los músculos y las formas, las conexiones. Por eso en aquel primer abordaje cogió la botella de refresco y me apretó algún músculo que conectaba con otro que yo desconocía. Tuve que agarrarme a la mesa para alargar la presión sobre mi carne.

Con el Etéreo el sexo era perfecto, de hecho. Se escurría, se disimulaba a sí mismo en mi cuerpo y de pronto reaparecía con fuerza. Me engañaba fingiéndose suave y tierno, y de golpe se transformaba en un dominador. ¿Cómo saben ellos que lo que deseo es un dominador? Nunca se lo digo, pero lo adivinan. Y el Etéreo, la verdad sea dicha, era un dominador elegante y sutil que con gestos que otra jamás habría valorado me hacía entrar en el papel que más me gusta. Como por ejemplo la fuerza súbita con que me retiraba los brazos que le rodeaban el cuerpo y los presionaba contra la almohada, dejándome desarmada, o cómo me deslizaba los dedos por la espalda hasta estar dentro de mí sin que me diera cuenta y luego se me metía todo él sin dolor. Ahora que lo pienso, para ser del todo justos, el sexo sí era perfecto. Un domador de cuerpos, eso era el Etéreo. Nunca empezó siendo brusco ni zafio, sabía de ritmo, que es la cosa más difícil para un amante, pero en algún momento me pareció que todo era comedia. Me entraba la risa cuando le veía el gesto serio estando encima de mí, cómo se le oscurecían los ojos. Sí, aquellos ojos de un azul como de cristal le cambiaban con el orgasmo serio que acostumbraba a tener, como si fuera el desenlace de una tragedia. A lo mejor me cansé de que el sexo le convirtiera el rostro en algo tan grotesco, o que le diera tanta importancia, o que hablara tan despacio que me exasperaba. Son cosas que no llegas ni a ver cuando te puede la excitación, como si estuvieras en medio de una carrera y lo más importante, lo único que importara, fuese llegar a la meta. Esa clase de detalles que después me molestarían tanto sólo los puedes ver si estás quieta, y entonces yo me lanzaba a un

sprint cada vez que descubría una chispa de deseo en los ojos de algún hombre.

¿En qué momento empecé a cogerle manía? Manía, manía, casi odio hasta que llegó el asco y ya no podía acercarme a él. Podía tolerarlo, pero a una distancia que me permitiera no olerlo. ¿En qué momento detuve bruscamente la carrera? Porque lo cierto es que él no había cambiado, seguía siendo el mismo de siempre, pero yo no podía seguir viéndolo del mismo modo. Sé engañarme muy bien cuando necesito un cuerpo, me digo que no es más que eso, placer y punto, pero no puedo hacerlo durante mucho tiempo. Por suerte o por desgracia, no sabría decirlo, mis autoengaños siempre son temporales. Y así es como empiezo a pensar en las cosas de él que me sacan de quicio mientras me entrego a él, mientras me lame desesperado para provocarme una reacción y yo sólo pienso en la lentitud de sus movimientos cuando no está follando, en la cara de desesperación que pone cuando no se le enciende el fuego de la cocina, en lo nervioso que se pone cuando se le hace tarde y tiene que recorrer las calles oscuras que van de mi casa a la suya. Sí que era un chico, pero ya no tenía edad para temer la oscuridad. O cuando no quería comerse una ensalada en una fiesta porque las hojas de lechuga habían estado en contacto con el atún y él jamás comería carne de ninguna clase. Pienso en cómo cuenta las almendras y las raciona para que le duren mucho mientras me lame esperando que me corra de un momento a otro. Me esfuerzo por blindarme las fosas nasales y no notar su olor, antes tan agradable. No puedo correrme porque pienso en él fuera del sexo y no sé si lo hago por mí o por vengarme de que sea tan insoportable y pese a todo siga formando parte de mí. Hasta que le digo para, ya puedes dejarlo, y él dice no, no, no quiero dejarte a medias y yo digo que no tengo ganas, que ya está bien así y lo que sea con tal de escapar a su placer impuesto. Él no acababa de entenderlo pero tampoco le daba demasiadas vueltas porque ya hacía rato que no se había quedado a medias.

Luego le cogió la manía de buscarme sólo por detrás, algo que a mí me gustaba como una actividad adicional, pero a partir de cierto día siempre quería ir a parar al mismo sitio. Nos besábamos y abrazábamos, pero a la que me despistaba ya lo tenía allí, como una obsesión. Eso les pasa a muchos hombres, a la que hacen algo contigo que nunca habían hecho con ninguna otra mujer, siempre quieren más de lo mismo. Y como tengas la osadía de decirles que lo que te gusta un día no tiene por qué gustarte al día siguiente, pero quizá sí al cabo de tres días, te miran desconcertados como si estuvieras loca. Pero había algo animal en el modo en que el Etéreo me buscaba, me recordaba a los perros cuando se olisquean nada más verse. Me había dicho que antes de estar conmigo nunca se había atrevido a hacerlo, pero a mí me parecía que era por lo que tenía de prohibido o inusual, o que temía que por delante yo fuera a succionarlo hasta hacerlo desaparecer. ¿O era la época en la que yo temía succionar a los hombres con los que follaba? Como no me gusta hablar de estas cosas, hacía lo que podía para que cambiara de idea sin palabras, dirigiéndolo, evitando darle la espalda, pero acababa aburriéndome porque él parecía contrariado, se volvía opaco y poco creativo, y todo el sexo era una gran decepción. Me daba la impresión de que

era una especie de chantaje que cuando yo le decía así no se acostara completamente impasible dejando que yo me encargara de todo el trabajo. Como si dijera: si no hacemos eso, haz tú lo que quieras.

También le cogí manía por hablar de los cuerpos de otras mujeres. No se lo dije nunca, claro está, porque había quedado claro desde el principio que no éramos novios ni nada, que él sólo tenía amigas, pero no hacía falta que me explicara la excitación que le provocaban los cuerpos desnudos de las mujeres que lo iban a ver por su trabajo, que él tenía que curarlas y las veía allí tendidas en la camilla y no podía evitarlo. Suerte que era un buen profesional, me decía, pero seguía hablando de las pacientes que lo ponían cachondo cuando las tenía a tiro. También creo que lo hacía expresamente. Siempre había dicho que no quería una relación de las convencionales, que todo debe ser más libre, más fluido.

Éramos eso, amigos que quedaban para follar, como tantas otras parejas de nuestra edad. Sólo que yo no era amiga suya antes de hacerlo la primera vez ni seguía siéndolo cuando todo se acabó, y que la frecuencia de nuestros encuentros sexuales era más elevada que la de los encuentros amistosos. No hace falta etiquetar las cosas, decía, ¿quién dice que tenemos que ser como el resto de las parejas y matarlo todo poniéndole nombres? No hay ninguna necesidad. A mí me parecía bien, no me interesaba una relación de las de toda la vida, de las que empiezan, van pasando por todas las etapas y se acaban. Con pasión al principio, algo parecido al amor después, odio más tarde hasta llegar a la indiferencia. Era un camino que no quería conocer.

Pero la relación dejó de ser así de abierta, o fui yo la que se dio cuenta de que sólo era abierta para él. Yo lo avisaba cuando lo necesitaba, y él me avisaba cuando quería estar conmigo, y por lo general coincidíamos. Hasta que un día me mandó un mensaje que decía «¿Voy?» y yo contesté que no. No porque no tuviera ganas sino porque estaba en un bar tomando una cerveza con Él, que ya me acariciaba un dedo y hablaba sin cesar. Él era todo lo contrario al Etéreo. Nervioso, acelerado siempre, bajito y regordete, con mucha carne, no como el Etéreo, que era alto y flaco. Sí, si tuviese que definirlo, diría que Él era todo carne, e imaginaba que me perdía entre sus carnes. También estaba hecho de excesos, jamás habría contado almendras, las habría devorado directamente y con un sonido tirando a animal. Un jabalí. Pensaba en jabalíes corriendo por el bosque mientras Él me explicaba lo importante que era su trabajo y se pasaba dos dedos por la comisura de los labios más a menudo de lo normal y luego se los secaba debajo de la nariz. Se pasaba la mano por el pelo y movía sin parar la pierna apoyada en el taburete de la barra de aquel local oscuro en el que no recibí el mensaje del Etéreo hasta que salí afuera.

En la calle, mientras pisaba los adoquines iluminados por las farolas del casco antiguo, sentí la llamada del deseo de Él mientras leía en el móvil aquel «¿Voy?» de hacía tres horas y le contesté que no podía. «No puedo» a la una de la madrugada no es lo mismo que «no puedo» a las ocho de la noche.

La cosa fue decayendo por sí sola. O porque ya me sentía atraída hacia Él, o bien

porque me sentí atraída hacia Él a raíz del desencanto provocado por el Etéreo, que siempre quería hacerlo por detrás y hablaba de los cuerpos de otras mujeres porque no éramos novios, no lo sé, pero la manía que le había cogido ya me impedía incluso acercarme a su cuerpo. Sobre todo cuando me preguntó qué hacía despierta a la una de la madrugada, y yo le contesté que estaba tomando una cerveza con un amigo. ¿Pero un amigo-amigo o un amigo especial o un amigo a secas? Un amigo, jolín, ¿cuántas cosas quiere decir la palabra? Fue entonces cuando me soltó una frase que lo despojaba de todas las caretas: ¿pero es que no sabes qué busca un hombre cuando invita a una chica a tomar una cerveza? Qué lástima me dio todo aquello, porque el comienzo había sido elegante y casi poético, pero el final fue de un patetismo objetivo. Cualquiera que lo hubiese presenciado habría coincidido conmigo. Acabé echándolo a patadas y cerrando la puerta tras él un día que vino cuando ya se suponía que sólo éramos amigos-amigos y que no volveríamos a liarnos porque yo no quería y al cabo de un rato ya estaba intentando meterme mano en el sofá del comedor, y cuando yo decía no él me decía por qué no si tú también te mueres de ganas. De eso nada, dije antes de que empezara a gritar y toda la serenidad de sus gestos se convirtiera en una expresión grotesca de supuesta violencia que resultaba ridícula. Hala, largo de aquí y no vuelvas a dirigirme la palabra. Tuve que emplear todo el peso de mi cuerpo para obligarlo a sacar el pie que había metido entre el marco y la puerta, impregnándolo todo con un regusto a película de acción cutre.

Volvió a intentarlo muchas veces, está claro, pero yo ya lo veía desnudo y no podía hacer nada para volver a vestirlo con aquella aura de profeta ni de amante mítico. Fui buena con él, porque pese a encontrarnos más tarde y hablar como amigos nunca le dije que me acabé liando con el ghanés que me había presentado y con el que había bailado en la fiesta de la ensalada con atún en la que él nos miraba incómodo. Todo esto se lo explicaría a usted para saber qué piensa, pero aún no lo conozco lo bastante, aún no sé exactamente quién es y me tomaría usted por loca si le diera esta clase de detalles a un desconocido.

EL GHANÉS

Si le dijera que de toda la vida me habían gustado los diferentes quizá se escandalizaría. O no, porque usted, pese a no moverse nunca de estas cuatro paredes, parece un hombre de mundo. Fascinado, es la palabra. Me atraían como un imán los hombres que tenían alguna particularidad que los diferenciaba de los demás, de los que a mí me resultaban familiares, los de siempre. El pelo más largo de lo que se estila por aquí, la piel más oscura, los brazos alargados o los ojos vidriosos, los acentos de fuera de mi ciudad. Hasta que empezaron a llegar hombres de tierras muy lejanas y tuve que reprimir el impulso de salir a probarlos a todos. Ahora que lo pienso, no sé por qué me empeñaba en ir a buscarlos. Caminaba por las calles en las que vivían. Ellos se quedaban en la acera todos juntos viendo pasar a las chicas y nos gritaban cosas a cada paso. No me habría resultado demasiado difícil hacerle un gesto a alguno y probarlo sólo porque venía de un país en el que yo no había estado nunca. Quizá fuera el miedo, el mismo miedo que los hacía irresistibles a mis ojos, pero al miedo a veces también se le puede llamar misterio. Sí, se reiría usted si me oyera decir esto, pero el miedo y el misterio son dos caras de la misma moneda. Por eso un día me sacudí de encima todos los miedos, como un gato que se eriza, y le di la vuelta a la moneda. Así fue como dejé de conformarme con que me miraran cuando pasaba cerca de ellos, con rozarles el dorso de la mano cuando me daban un carro en el supermercado, con sentir su aliento en la nuca cuando se sentaban detrás de mí en el cine. Ya no sé si era yo quien los buscaba o ellos a mí, los diferentes de verdad, pero me los encontraba a cada paso.

A lo mejor después del Etéreo me resultó más fácil liberarme de la barrera que me impedía acercarme a ellos, como si después de él los hombres de mi ciudad hubiesen dejado de tener una pátina que los podía hacer deseables. Está claro que ha habido excepciones, ya lo sabe usted. También es posible que el Etéreo no tuviera nada que ver con ello y que sencillamente me hubiese cansado de esperar para hacer mío todo aquel mundo que de pronto se había instalado en mi barrio. ¿Suena un poco a gula, verdad, dicho así? Pero así era exactamente como me sentía: plantada delante de un bufet libre de lo más variado ante el que los ojos se me iban de un plato al otro, con ganas de probarlos todos y temiendo no tener suficiente hueco para un bocado de cada uno de ellos.

A efectos prácticos, el Etéreo sí que tuvo mucho que ver con el Ghanés al que conocí. No recuerdo su nombre, pero era más alto y delgado que él, con los músculos tan definidos bajo la piel que podía seguir su recorrido. Bailaban bajo la piel delgada. Los dedos no se le acababan nunca, todo él parecía no acabarse nunca. Como una infinita cuerda tensa. Estoy segura de que si lo vicia usted estaría de acuerdo con esta descripción.

Lo que sí recuerdo muy bien del Ghanés es lo que me atrapó de él: una piel más oscura de lo que nunca había visto, que calentaba como si hubiese retenido durante años todos los rayos del sol. Yo me lo imaginé así enseguida, bajo un sol de sabana durante toda su vida, que ahora traía hasta mi frío. Por ridículo y tópico que le pueda sonar, le prometo que era exactamente así. Una piel que relucía hacia dentro y no hacia fuera, y me venía a buscar para llevarme hasta donde estaba él. Y de un negro extraño. No, no todos los negros son iguales, hay tonos muy diferentes de ese color. ¿Por qué hay tantas palabras para hablar de otros colores y de éste sólo una? Porque todo él era negro, evidentemente, pero el negro de sus ojos era diferente al de sus párpados o al opaco de sus rizos o al brillante del vello de su sexo. Nadie sabe descifrar las tonalidades del negro ni describir las pieles que no son suaves ni delgadas, créame. No es que tuviera la piel dura, es que la tenía más gruesa, como hecha de otro material. ¿Parece una tontería, verdad? Parece una frase que diría alguien muy racista y no una enamorada de los diferentes de toda clase, pero le puedo asegurar por mi experiencia que las pieles poseen distintos grosores y texturas. Aunque, bien mirado, estaría dispuesta a reconocer la posibilidad de que sólo fuesen las ganas que tenía yo de sentir las diferentes, de definir las como diferentes. Ahora me hace usted dudar.

Bailamos en aquella fiesta a la que fui con el Etéreo, con nuestras respectivas entrepiernas muy cerca la una de la otra. Ellos bailaban así, moviéndose de tal modo que era como el sexo, y yo no tardé en apuntarme al ritmo de una música americana que poco tenía que ver con Ghana. No sé si lo hice en parte para molestar al Etéreo o si de veras me dejé llevar por todos aquellos cuerpos negros que me rodeaban con muchos movimientos del bajo vientre y sonrisas blancas a los que hacía gracia que yo intentara bailar como ellos. No sabía, claro está, pero al cabo de poco rato de sentirme deseada por tantos hombres que se me pasaban los unos a los otros, y con el Etéreo allí plantado con la copa en la mano mirando, me olvidé de todo hasta acabar empapada en sudor. El piso en el que se hacía la fiesta era pequeño y había mucha gente, ellos enormes.

Entre todos ellos el Ghanés, el que acabó siendo mi Ghanés, también era diferente. Más delgado, más tenso, los dedos más largos. Resultaba difícil entenderse por la música y por su escaso dominio de la lengua, pero supo preguntarme cómo me llamaba y decirme su nombre. Al cabo de poco me preguntó si el Etéreo era mi novio justo mientras bailábamos a su lado, desconcertado. No, grité, sólo somos amigos, ¿verdad? Y lo miré sonriendo y cogiendo al Ghanés por los hombros mientras echaba la cabeza hacia atrás y toda la espalda se me arqueaba. El Ghanés puso cara de sorpresa porque pensaba que había ido a la fiesta con el Etéreo. No, no, le dije y él intentó decirme que podríamos quedar más tarde los dos solos. Le dije que sí, pero el Etéreo me cogió del brazo y se puso a bailar imitando sus movimientos pélvicos de un modo ridículo. Pobre Etéreo, ahora que lo pienso sí que debió de pasarlo mal aquella noche. Pero nos fuimos al cabo de poco y yo, entretenida en encontrar el mío

entre una montaña de abrigo, ni me acordé de despedirme del Ghanés.

Hasta el día que me lo encontré en una calle o plaza y me llamó. Y nos quedamos de pie allí en medio, hablando sin acabar de entendernos, pero de hecho las palabras no eran más que una melodía de fondo, lo que nos interesaba de veras era seguir el movimiento de los labios del otro, cómo se abrían y cerraban entre palabras, cómo hacían pausas que las frases no necesitaban. Aquéllos eran los gestos que confirmaban el deseo. Yo, que ya había aprendido a hablar con los labios cuando se hacía el silencio, dejaba la boca ligeramente entreabierta, hacía pesado el aire que salía por ellos, concentraba toda la sangre en ellos, movía las fosas nasales del modo que sólo se mueven cuando se está a punto para el sexo. A veces me mordía la mejilla, una manía que había cogido y que tardaría años en abandonar. Era un gesto a modo de consigna que, si el amante era lo bastante astuto, aprendía a descifrar a la primera.

Le dije que me iba a casa y quiso acompañarme. Enfilamos una cuesta que era la de mi barrio hasta llegar a la puerta. Y todo era tan evidente como en las películas, era evidente que tenía que entrar y no hizo falta invitarlo, sólo abrir. Pero el Ghanés era precavido y no se decidía a hacer nada mientras yo olfateaba sus axilas desde la otra punta del sofá. El olor del sudor de las axilas es diferente en cada país, eso no lo dice nadie pero es cierto. ¿Que no? Créame, sé de qué hablo. No es que unos apesten y otros no, ni que unos usen desodorante y otros no, no tiene nada que ver con la higiene. Si me pusieran delante una hilera de hombres recién duchados sería capaz de adivinar la procedencia de cada uno de ellos por el olor de sus axilas o incluso por el olor que esconden en la cara interna del codo, lo haría con los ojos vendados. Y el olor del Ghanés era denso, como de plastilina, y se me metía directamente en la entrepierna. Eso tampoco lo sabe todo el mundo, que cada sudor se te mete por un sitio diferente.

Al final no hubo mucho que decir, no podía hablar más de los hermanos que tenía en África ni del que vivía en Estados Unidos, casado con una americana que acogía a niños sin padres. Se acabaron las palabras. Hizo como si yo tuviera algo en la cara, como para quitármelo con un gesto que me pareció ancestral, sacado de una época remota de toda la humanidad. Quizá fueran sus dedos largos que no cabían en mi cara lo que me hacía pensar estas cosas o quizá fuera que las caricias de ellos eran así, tirando a torpes. En todo este tiempo nunca he sabido qué era de ellos por ellos y qué era de ellos por el lugar del que venían. El Ghanés, fuera como fuese, no sabía acariciarme, pero en cuanto me vi estrujándole aquellos labios que no se acababan nunca me olvidé de las caricias. Unos labios que eran un sueño, gruesos, de carne firme. Habría podido quedarme sólo con los labios del Ghanés. Decirle que sólo lo quería para besarlos, lamerlos, morderlos con fuerza porque por mucho que los mordiera no se rasgaban nunca. Y la encía de sangre que quería salirle de la boca con los dientes blancos, una encía que yo sorbía todo el rato. Pero él no quería que me entretuviera sólo con los labios. Me dijo que bajara la persiana y que nos fuéramos a

la cama. Le salían los pies por fuera, de tan largo que era, como hecho de una sola pieza que me sobrepasaba por arriba y por abajo. Hablaba en una lengua que yo no conocía mientras se movía como si no tuviera demasiada experiencia, como cuando éramos adolescentes y no sabíamos gestionar los movimientos del deseo por falta de orientación. ¿Qué me diría? ¿Palabras hermosas como de amor y caricias, o insultos de látigo? Podría incluso recordarlas, aquellas palabras, pero no me atrevería nunca a pedir que me las tradujeran, aunque supiera el nombre de la lengua que hablaba. ¿Se imagina que lo intentara? No, será mejor que conserve su letanía desconocida y me imagine su significado. No tardó en metérseme dentro y yo, que hacía tiempo que había olvidado el poco inglés aprendido en el instituto, la lengua que el Ghanés había hablado con el Etéreo, me sorprendí a mí misma con un grito que me salía de muy adentro, un «*oh my God*» que antes de ser audible ya se había hecho ridículo. Yo era demasiado corta para albergarlo, el dolor se hacía insoportable con cada embestida, como si me fuera a desgarrar toda por dentro. No estábamos hechos a medida pese a que intenté encontrar el placer que creía que me tenía que proporcionar aquella experiencia. Cuanto más grande mejor, decían las mujeres del trabajo. Sí, ya lo dice usted que la vida no es una peli porno, pero en teoría yo estaba en la situación más excitante posible. Me conformé con el dolor y con que se moviera encima de mí como si nunca hubiese tocado a ninguna mujer. La emoción del descubrimiento se fue apagando y me contenté con tener su cuerpo de hollín encima del mío y oler una axila de un país de sol.

No me costó demasiado no repetir la experiencia. Quizá si le hubiese dado una segunda oportunidad todo hubiese mejorado, hubiésemos aprendido a ir los dos al mismo ritmo, a mecernos en la misma dirección, pero él se precipitó y lo estropeó todo. Un día se presentó en casa con una cajita envuelta en un papel brillante que daba grima. Tan pequeña dentro de su mano grande...

No sé quién me dio más lástima, si él o yo misma, y le expliqué como pude que no tenía que comprarme nada, que no tenía que regalarme nada, de verdad, pero estaba nervioso como si se hubiese sentido obligado a hacerlo. Al abrirla apareció, envuelto en papel de seda arrugado, un colgante en una cadena fina como de hilo de pescar. Era un cuadrado naranja que se oscurecía en una esquina. También había unos pendientes del mismo material. Que se quería casar conmigo, me dijo, que podríamos irnos a Estados Unidos con su hermano, que allí le habían dado una beca para estudiar y cuidar a los niños que no tenían padres o unos padres que no se podían ocupar de ellos. No me diga que no habría podido ser una historia de lo más hermosa, qué tierno él, pero yo no he creído nunca en la ternura así de fácil, y menos aún si antes habíamos follado. Lo sabrá usted de sobras, pero a los hombres, de hecho, les gusta el sexo seguro: el que pueden tener a su alcance siempre que lo necesitan, y muchos se piensan que con un colgante de hilo de pescar tienen suficiente para asegurarse una mujer siempre dispuesta a todo. Aunque en honor a la verdad debo decirle que nada de lo que me hubiese ofrecido el Ghanés hubiese sido suficiente. No

entonces.

EL EXTREMEÑO

Al Extremeño creo que lo fui a buscar por Él, para poder explicárselo, pero entonces no era plenamente consciente de ello. Fíjese si hace tiempo que dura lo mío con Él. Mucho más de lo que a veces quiero recordar. Es lo que pasa con este tipo de relaciones, son tan intermitentes que no te das cuenta de que el tiempo pasa y ellos van formando parte de tu vida aunque sólo sea para follar. Son historias tramposas porque las que sólo son de sexo no deberían ser relatos, tendrían que ser sólo piezas sueltas de un mosaico que es la historia sexual de cada cual. Si el relato es más largo que uno de estos fragmentos es señal de que no estamos hablando sólo de sexo. Pero si lo que hubo con Él no fue sólo sexo, no sabría decirle qué fue exactamente. El caso es que me subí al tren de vuelta a mi ciudad siendo ya de noche y me senté en uno de esos asientos plegables a ras de puertas que se abrían y cerraban en cada estación. ¿Se ha fijado alguna vez en el sonido estridente que hacen al plegarse? A mí me pone los pelos de punta. Por suerte el tren se fue vaciando y pude trasladarme a los asientos fijos. Pasó el revisor a pedirme el billete con la camisa a rayas y la placa en la que ponía su nombre. Sólo me llamó la atención el hecho de que sonreía. Recuerdo la confusión de cuerpos de aquellos días, de pasar de uno a otro hasta perder toda noción de cuál había sido el último, de quién era el olor que aún podía rastrear sobre mi piel. Me decía que aquello era la libertad absoluta, que estaba haciendo lo que quería, mucho más que otras mujeres reprimidas. ¿Sabe usted cómo era capaz de desdoblarme de aquel modo y no hacer nada para rescatarme a mí misma de la angustia que, como un poso, se me iba acumulando en la cara interna del codo? Me olisqueaba el brazo allí sentada para adivinar quién me había dejado más impregnada de sí mismo, pero todos los rastros se mezclaban entre sí y yo ya no encontraba el mío. Y todo para demostrarle a Él que era capaz de hacerlo o para no demostrarle otras cosas más incómodas. Sí, tiene usted razón, no era a Él a quien quería demostrar cuáles eran mis límites. De hecho, no era ni la demostración de nada.

Aún me estaba olisqueando la piel cuando el Extremeño, que era el revisor, se sentó delante de mí y empezó a hablarme como si nos conociéramos. Fue la confianza de saberse deseado por mí lo que me hizo dudar. Yo no me había fijado en él hasta entonces, pero se sentó a hablar y no tardó en decirme que era muy guapa. Es como un trámite, lo de decirte guapa, como una declaración de intenciones, como los piropos de los albañiles pero con más educación. Y es de lo más neutro, no quiere decir nada, no quiere decir hermosa, que es una palabra más de amor, ni qué buena estás, que es más de sexo. Un guapa nunca supone arriesgar nada, si no reaccionas con una mirada diferente no pasa nada porque no deja de ser un cumplido. Qué buena estás no, qué buena estás es arriesgado y requiere una confianza extrema en quien lo dice o puede hacerle caer en el mayor de los ridículos. Puesto que yo, casi a

contrapié, sí hice ademán de haber captado las intenciones del Extremeño, no tardó en pasar del guapa al pero qué guapa eres, que demostraba cierto titubeo o un intento de mantener la elegancia.

El Extremeño no era demasiado mayor, pero el pelo se le había ido encaneciendo desde un rubio ceniza muy escaso. De hecho, no era muy diferente, no era de los diferentes que por aquella época yo hubiese elegido. Al ver que no lo rechazaba de inmediato se puso todavía más nervioso, cada vez que el tren se detenía iba y venía de la puerta, mientras que yo había adoptado una pose que me hubiese parecido ridícula si la hubiese visto desde fuera. Me recuerdo ahora cogiéndome un mechón de pelo y enroscándolo alrededor del dedo, pero no recuerdo haber decidido hacerlo. ¿Por qué hacía lo mismo que hacían todas las mujeres cuando coqueteaban con un hombre? ¿Acaso llevaba toda la vida haciéndolo? Inclina la cabeza a un lado y sonreía, lo miraba largamente al fondo de los ojos. No era al fondo, no, que lo acababa de conocer, pero fingía que lo miraba al fondo para demostrarle que lo deseaba. ¿Lo deseaba? ¿Cuándo empecé a desearlo? Si hubiese sabido entonces lo complicado que resulta distinguir las propias voluntades... No sé si era él o era la excitación de una situación que parecía más de película que ninguna otra cosa. El viaje, el trasiego, siempre me había trastornado un poco, y aquella noche que iba por el mundo con un sinfín de olores corporales mezclados con el mío, todavía más.

Estaba tan nervioso que pasó del mira qué guapa eres a proponerme ir a la cabina de atrás con los codos clavados en las rodillas y mirando primero al suelo y luego levantando la cabeza para decirlo. Que qué me parecía, dijo, y yo le contesté que ya estaba bien allí sentada, porque una cosa es ponerse a tiro y otra no respetar las pausas ni los intervalos. Sí, ya sé que es como para reírse dadas las circunstancias, pero le aseguro que hasta los líos más repentinos tienen su ritmo. El caso es que el olor de otros hombres me molestaba tanto que me dije que era un modo de sacármelo de encima hasta que llegara a casa y pudiera ducharme. En cada parada pulsaba el botón que había junto a la puerta y decía «operaciones terminadas». Lo que quería decir que ya no subía ni bajaba nadie, por lo que el tren podía volver a ponerse en marcha. Luego me fijé en otros revisores y nunca los vi haciendo lo mismo ni diciendo aquellas palabras que parecían sacadas de una peli de espías.

Crucé todos los vagones avanzando entre los asientos medio vacíos, intentando no caerme cada vez que había una sacudida y sintiéndome observada. Caminar detrás del revisor tenía algo de escandaloso aquel día de pocos pasajeros. Como íbamos hablando nos miraban y debía de parecerles extraño, seguro, y yo me imaginaba que todos adivinaban lo que vendría después. No le sorprenderá demasiado que le diga que aquel paseo me excitó muchísimo, ya sabe usted que entonces tendía al exhibicionismo de un modo enfermizo. Enfermizo quizá no, pero poco menos. Al cabo de un tiempo me equivoqué y abrí la puerta de la cabina de un tren, confundiéndola con la que enlazaba con el siguiente vagón, y la cerré enseguida al encontrarme a una chica sentada encima de un revisor con los pantalones medio

bajados. Entonces fui comprensiva y sonreí, recordando mi trayecto con el Extremeño.

El viaje en sí dentro de la cabina no lo acabo de recordar, quizá por el trasiego de los cuerpos anteriores en el mío del que le hablaba antes, o porque eran días de tanta confusión que me pasa a menudo no poder recordarlos con claridad. Da miedo pensar que hay rincones de mí misma que quizá no podré recordar nunca más. Una parte de mí que ya se ha perdido para siempre, qué desazón. Ahora sólo me vienen imágenes, yo esquivándole el beso como nunca hasta entonces había hecho, saturada de los alientos de otros hombres y de tantas salivas ajenas a la mía que no quería ninguna más, sólo quería acabar tan pronto como fuera posible en aquel tren para correr a contárselo a Él. Pero en algún momento me metió la lengua dentro de la boca, una lengua blanca de sabor extraño que ya intuía antes, cuando al hablarme se le había formado una telilla en las comisuras de los labios. No sé si me dio asco o no, pero volvía la cara continuamente para que no se repitiera. Él se apresuró a ponerme la mano en el coño y a buscar directamente el detonador del placer, supongo que también quería acabar cuanto antes pero a mí siempre me ha molestado que me impongan los orgasmos, que me los organicen como si los hubiesen aprendido en una lección de anatomía. Me recordaba la escuela: el clítoris está aquí y frotándolo un rato consigues que se corra. Instrucciones como si se tratara de un electrodoméstico. Cualquiera diría que los hombres habían pasado de hacerlo por el agujero de una sábana a hacerlo con un mapa anatómico sacado de cualquier revista barata. O de la propia escuela, con aquellos dibujos horrorosos de vulvas rosadas abiertas en canal. Ya se lo puede ir diciendo a todos los señores que conozca: las mujeres no somos aparatos con un botón entre las piernas que se pueda apretar para encendernos. Bueno, usted eso ya lo sabe y yo ahora también lo sé, pero entonces sólo me permití pensar que era torpe. Eran días en los que empezaba a preguntarme si habría algún hombre que no fuese así de brusco, si no era yo la que tropezaba con todos los torpes del mundo que antes de que te des cuenta ya te han metido el dedo dentro sin tener la delicadeza de no llevarse la piel húmeda con las uñas. De todos modos, allí en la cabina del último vagón que iba por mi ciudad sí que me corrí, por el día que era del mes o por olvidarme de los cuerpos anteriores, o de ver el paisaje que se alejaba de nosotros bajo la noche. Fue una visión poética y quizá el único detalle de todo el encuentro que lo hizo digno de recordar, que lo salvó del patetismo más absoluto. Conservaré para siempre el recuerdo de cómo la velocidad que me alejaba de la oscuridad salpicada de estrellas parecía alejarme de mí misma. Una escena memorable para ser vivida con alguien de quien al menos sepas algo más que el nombre, escrito en relieve en una placa. Que sí, que le doy toda la razón, la vida no es una película porno. A veces, a pesar de todo, es mucho mejor.

Quizá por todo ello me cogió un súbito ataque de egoísmo, como de reproche hacia ellos. Entonces todavía me pasaba poco, pero ya empezaba a despreocuparme de su placer. Tenía que castigarlos pero no habría sabido precisar qué falta habían

cometido. Quizá si hubiese sabido cuál era mi propia queja, qué no quería de lo que me hacían o no me hacían, se lo habría podido explicar. Cuando me despertaba de la unión con todo lo que representaba el orgasmo... no se ría, no, que es exactamente eso, un orgasmo no es más que la unión con el mundo y el olvido absoluto de uno mismo. Pues bien, cuando me despertaba me sentía más sola que nunca, pero todavía era peor el asco que me hacía querer borrar los últimos minutos, rebobinar hasta el momento en que me había dicho si quería ir a la cabina y decir no, gracias. En una película o serie que no recuerdo, a eso lo llamaban efecto séptimo piso. Cuando lo único que te apetece es tirarte de un séptimo piso. ¿Y qué quiere que le diga? Entonces no sabía que lo que quería era decir que no, y por eso los dejaba a medias. ¿Cómo iba a saberlo si era yo misma la que hacía lo que me daba la gana? Quizá era aquél mi reproche, que en realidad quería decir que no cuando me dejaba llevar por ellos, pero entonces habría tenido poco sentido irles con quejas. Ellos tampoco tenían la culpa, o sólo la tenían en parte. El Extremeño me decía ahora yo, pobre iluso, ahora yo. No, dije, no tengo ganas, y él con la carne toda tensa se desesperaba, pero mujer, no me dejes así, no puedes dejarme así. Sólo tuve ganas de contestarle, con una risa que ensordecía mi propia tristeza: operaciones terminadas.

Pero no se crea, de esta historia me quedó un regusto bastante amable. No dulce, porque aún me da grima pensar en su cuerpo, pero aún veo al Extremeño cuando subo al tren, a veces sola y otras veces con más gente. Me lo encuentro y siempre se ríe, dice que cuando quiera algo no tengo más que decírselo. Aquel viaje acabó en mi ciudad y me invitó a ir al hotel con él, pero yo había trabajado en ese hotel y sabía que a los revisores y maquinistas de los trenes siempre les daban una habitación pequeña al fondo del pasillo, con una sola cama y un techo más bajo que el de las demás habitaciones e inclinado, como si fuera un desván.

EL PUNYABÍ

Al Punyabí también lo conocí en el tren. Sí, a usted le parecerá curioso que me pasen tantas cosas en los trenes, pero ¿qué quiere que le diga? Es un lugar con mucha gente dentro que va a toda velocidad, y la velocidad, como bien sabrá, hace que resulte más fácil tomar decisiones que una no tiene del todo claro si quiere tomar. Como cuando bebes o bailas. Al ponerse en marcha el tren, es un poco como si me olvidara de lo que me gustaría ser, me desprendiera de todas las manías y me dejara llevar. Pues bien, del Punyabí creo que me impresionó una frente de huesos anchos sobre unos ojos muy oscuros, hundidos, y unas cejas negras que los enmarcaban. Siempre iba con otro compañero cuyo rostro no recuerdo y se subía al tren cuando yo trabajaba en aquel supermercado a veinte minutos de mi ciudad. No me gustó nada el trabajo en el supermercado, prefería limpiar y sólo aguanté tres semanas. Era un mes en que ya hacía calor y tenía que cortar la carne dentro de una habitación a muy baja temperatura con una de las paredes acristaladas desde la que podíamos ver pasar a la gente que compraba. Aquello era lo más parecido a una pecera helada. Ahora no sé si podría hacer eso que aprendí con tanta facilidad: coger un cordero entero y con la sierra mecánica convertirlo en trozos colocados ordenadamente en las bandejas, a punto para las barbacoas de los domingos. Ya sabe usted que los sonidos estridentes me sacan de quicio, por eso cuando me recuerdo a mí misma cogiendo al cordero por las dos patas no acabo de entender cómo soportaba el ruido que hacía el metal al clavarse en los huesos del animal muerto. Además estaba lo de la falta de escrúpulos de la encargada, que hacía auténticas barbaridades con la carne. ¿No lo sabe? Pues mire, es muy fácil: cada mañana, nada más llegar, lo primero que teníamos que hacer era rescatar de la nevera todos los paquetes que caducaban ese mismo día, quitarles el plástico y volver a envasarlos como si fuesen frescos, evidentemente alargando la fecha de consumo una semana más. Ya le he dicho que he probado otros trabajos que no fueran limpiar, pero la no cosa no ha funcionado... Al final no me queda más remedio que dedicarme a esto, que me gusta y me permite limpiar el mundo de los demás. No se ría, no, que todo tiene su importancia en esta vida. Eso sí, creo que lo que más me desagradaba de aquel trabajo eran los olores, mezcla del desinfectante industrial que esparcíamos por el suelo, los cartones húmedos que se amontonaban en la parte de atrás de la nave y la carne adobada con salsa de barbacoa para disimular el tufo a podrido. Cuando subía al tren con prisas, recién salida de la cámara frigorífica, el sol me estallaba en la cara y parecía que toda la sangre que tenía bajo la piel quisiera salir a la superficie. Como aquel era un pueblo de fábricas, nos encontrábamos siempre los mismos a la misma hora. Hacía ya algún tiempo que veía al Punyabí, y me excitaba el modo impertinente pero elegante que tenía de mirarme fijamente a los ojos dejando claras sus intenciones. Eso también cambia de un país al

otro, ¿sabe usted? Según de dónde vengan, los hombres se muestran más o menos osados cuando te miran. Por entonces yo solía hacer caso omiso de su interés por mí interesándome por el paisaje, hermoso, sí, pero quizá no tanto como para ir a parar con los ojos allí cada vez que necesitaba recuperarme de la intensidad de los ojos del Punyabí. ¡Sabía mirar, ya lo creo que sí! Por eso me lo imaginaba durante su infancia, aprendiendo de los adultos de su país cómo hacer estremecer de deseo a una mujer con cada sacudida del vagón sólo observándola, con qué intensidad, con qué dominio de las gradaciones de la pupila se podía volver loca a una mujer. Como si folláramos con los ojos, como si sólo con la mirada ya hubiese todo el contacto del mundo, todo el encuentro. ¿Le parece exagerado? ¡Si me hubiese oído el latido del corazón en aquel trayecto, las venas, los capilares bajo la piel que palpitaban con un ruido ensordecedor! Yo me imaginaba a mi Punyabí dentro de un tren atestado de gente, aprendiendo a mirar a las mujeres como me miraba a mí aquel día, con otros indios subidos a las escaleras o al tejado y una brisa de especias flotando sobre los campos. Pero no se crea, no todos los hombres dominan un arte tan sutil, los hombres de mi ciudad jamás habían oído hablar de ello. En los ojos del Punyabí no sólo veía que le gustaba, sino que podía leer en ellos todas las cosas que querría hacerme si me tuviera en la cama, si pudiera tocarme. El día que se sentó justo en el asiento de delante yo ya conocía el ritual: disimular, volver a mirar, fingir que las miradas se encuentran por casualidad. Hasta que, pese a ser dos perfectos desconocidos y sin haber intercambiado jamás ni media palabra, un día pasamos todo el trayecto con los ojos clavados el uno en el otro. No decíamos nada, sólo nos mirábamos así sin parar, sin fingir que sólo mirábamos, mientras su compañero, que iba sentado al lado del Punyabí, no sabía qué hacer. Le hablaba, y él de vez en cuando contestaba pero sin mirarlo porque bastante tenía con mirarme a mí. Nunca habría imaginado que el sexo se pudiera respirar de aquel modo. Aunque sólo fuera con los ojos, aquello era sexo de verdad. Su olor se me metía por la nariz y se me iba directamente al bajo vientre, no a la entrepierna sino justo por encima de ésta, a la parte del abdomen que toca con el hueso central de la pelvis. Un olor capaz de hacer cosquillas allí ya era todo un regalo, ¿no cree? Me fui haciendo consciente de mi propia respiración mientras observaba la suya. Cómo de vez en cuando entreabría los labios y me enseñaba una lengua húmeda que me decía te espero. Todo él era un grito de te espero, estoy esperando que llegues a mí. Todo mi cuerpo apuntaba hacia él, como las partículas de hierro cuando hay un imán cerca y se montan unas sobre otras para intentar alcanzarlo, mis pezones apuntaban hacia él, el cuello me pedía dejarse caer hacia atrás y, una vez más, olvidarme del mundo, olvidarme de todo. Todo esto pasó un día en que el tren iba repleto, gente sentada a nuestro alrededor, de pie, pero yo hacía rato que no recordaba dónde estaba, abstraída en los ojos que se me llevaban. Puse una pierna sobre la otra mientras mi excitación amenazaba con estallar allí en medio y salpicar a todo el mundo, sin apartar jamás la mirada. El Punyabí ponía cara de querer decirme algo porque el tren ya llegaba a su destino cuando me volví hacia el paisaje

y, cerrando los ojos y abriendo la boca para dejar escapar un suspiro, sentí las últimas sacudidas del orgasmo que como una serpiente culebreaba en mi interior.

Me miró desconcertado. Ya no compartíamos el mismo estado de excitación, yo ya estaba en otro lugar y por un momento lamenté haberme alejado, como si nos hubiésemos quedado solos de golpe, cada uno desde su distancia, pero era yo la responsable de aquel distanciamiento. El tren se detenía y él hacía rato que había perdido el control sobre la gradación de los colores de las pupilas, ahora sus ojos iban de acá para allá, se frotaba el muslo con la mano, golpeaba el suelo con los talones, forzaba una mueca que quería ser una sonrisa. Hasta que, desesperado, dijo «¿ven?». Yo dije que sí al instante, entonces decía que sí siempre que podía, ya lo sabe, tenía que vivir la vida, aprovecharla al máximo no fuera caso que un día, caminando tranquilamente por la calle, un coche me embistiera y acabara arrepintiéndome de no haber hecho todo lo que hubiese querido hacer. Cuánto tiempo tardaría en darme cuenta de que en realidad lo que hacía era matarme poco a poco, convencida de que follarme al primero que me viniera en gana era disfrutar de la vida al máximo.

Caminamos por callejones de mi ciudad que yo conocía, con gente que me conocía y que me miraba, y él cogiéndome de la mano, el paso apresurado, volviéndose de vez en cuando para sonreír, contento. Pensándolo ahora, me parece que en aquel momento le vi cara de niño. Cuando lo recuerdo así me entra cierta ternura, como si a pesar de las circunstancias hubiese habido algún contacto con él más allá de la búsqueda del placer puro, más allá de los cuerpos. Los hombres, cuando les has dicho que sí, siempre ponen cara de no acabar de creer lo que les está pasando, y al mismo tiempo puedes verles en el fondo de los ojos, muy disimulado por la euforia, una especie de miedo terrible. Sí, ya sé que usted siempre se ríe cuando le digo que les doy miedo a los hombres, pero no me negará que hay algo de cierto en esto. Quizá fuera precisamente aquel misterio lo que yo perseguía. O lo perseguía porque no sabía si ellos también eran capaces de ver mi propio miedo.

El Punyabí me desorientaba por las calles estrechas hasta llegar a una casa vieja, tres pisos de escaleras que parecían moverse, los escalones deformados por tantos años de uso, olores extraños de guisos desconocidos y bombonas de butano naranja esperando bajo los buzones de metal azul herrumbroso que no se sabía si tiraba a verde. Papeles, ofertas de supermercado junto a las bombonas y un cochecito infantil estropeado bajo la escalera. Recuerdo haber tenido que agachar la cabeza para subir, pero puede que sólo sea una impresión mía, ya sabe usted que la memoria nos engaña tanto como se lo pedimos. No solía ir a casa de los hombres, prefería que vinieran a la mía para sentirme en mi propio territorio, para sentirme segura aunque jamás tuve miedo de que me hicieran nada. Lo veía desde fuera y pensaba que quizá hubiese sido más sano tener miedo, que no puedes estar siempre entregándote a los desconocidos, que a saber si eran psicópatas que una vez en su casa te ataban y te violaban. Pero la excitación siempre superaba el miedo que habría tenido que sentir. Así fue cómo entré en su casa, con un comedor que era cocina, y un hule de color verde con flores

en la mesa, lleno de envases vacíos, de bolsas de plástico. No recuerdo más que eso, bolsas de plástico por todas partes, junto a los fogones, llenando el vacío entre la nevera y la pared, dentro de otra bolsa colgada de un clavo cerca de la ventana empañada de aceite. Hombres que viven solos, ¿pero por qué el plástico? Hizo un hueco en la mesa, la limpió con un trapo de color indefinido y me preguntó si tenía hambre. Cuando hablaba la lengua se doblaba hacia atrás, chasqueaba contra los dientes de arriba. Yo no habría esperado tanto, no entendía que me distrajera con parafernalias como ofrecerme comida. ¿Cómo es que no estábamos en su cama o incluso encima de aquella mesa? ¿Acaso no lo excitaba tanto pasado el encanto de la mirada? Él parecía excitado mientras cortaba fruta y me la ponía en un plato, pero a mí me urgía que me lo demostrara de forma apresurada, como si no pudiera contener ni un instante más las ganas de estar dentro de mí. Cuando los hombres tardaban en hacer eso, en desnudarme de repente sin avisar, enseguida empezaba a hacerme preguntas que me incomodaban y que me frenaban la excitación. El Punyabí, en lugar de arrimárseme, dijo «así» mientras salaba la fruta. La fruta con sal era de lo más desconcertante. A mí me gustaba comer cosas que no hubiese probado antes, pero fruta con sal era demasiado extraño. En un plato de vidrio marrón puso unas cuantas pacoras: ¡esto picar un poco! Y la lengua le volvía a restallar, rápida, cuando pronunciaba la te. Yo, al margen de la excitación, no sabía qué hacer con él. ¿Preguntarle el nombre? ¿La procedencia? ¿La edad? Yo lo que quería era follar y me sentía cada vez más incómoda en aquella casa que me ahogaba con tanto plástico. Hasta que empezó a comer y sacó de la nevera una botella de ketchup. Esto bueno con pacora. Y la erre sonaba muy distinta, pero a mí el desencanto ya me había invadido, el desencanto de ver mojar un plato tan exótico en algo tan vulgar como el ketchup.

EL GALLEGO

Gallegos conocía a muchos, aquéllos con los que había trabajado y trabajaría en la fábrica, pero a mi Gallego lo encontré en una discoteca lejos de mi ciudad, por eso hice cosas tan distintas con él. Bueno, quizá no tan distintas, no vaya usted a imaginarse nada raro. Como le decía, puedo identificar a los gallegos, aunque le parezca mentira, entonces ya había desarrollado un mecanismo especial que me permitía detectarlos. ¿Que no puede ser? Le aseguro que sí, que si me pone a un gallego entre una multitud, lo reconoceré de lejos. Sí, ya sé que no son tan distintos de nosotros, pero algo en común tienen entre sí. Muchos son morenos de piel y tienen el pelo oscuro, la cara llena, pero también los encontrará rubios, delgaduchos y con los ojos claros. Lo que tienen en común no se puede explicar con palabras porque no es un rasgo concreto, sino cierto aire. De acuerdo, reconozco que es posible que una parte de esta aura gallega la haya construido yo misma, pero no toda, eso seguro. Me topé con mi Gallego en la barra, cuando me volvía, y la piel de mi brazo se encontró con la suya, y me miró sonriente: ¿Te juegas algo a que nacimos el mismo día? Yo no podía oírlo y me dejé llevar por la música.

Las cervezas que me hacían no sé si más ligera o más pesada, como si no acabara de saber qué peso tenía, ni si mi cuerpo era mío o de otra persona. El cuerpo no molesta después de un par de copas, por eso puedes hacer con él lo que quieras, te lo miras como si no fuera tuyo. ¿Será ésta la sensación que buscan los bebedores? Ya lo notaba tan cerca que le olía el aliento, los pelos que le caían sobre unos ojos como de sueño, como si estuviera medio dormido. ¿Qué me das si resulta que nacimos en la misma fecha? Imposible, contesté, sería mucha casualidad. Va, dime qué día. Dieciocho de marzo, dije mientras movía los labios tan despacio como podía, haciendo las os bien redondas. Las os siempre vuelven locos a los hombres, sean de donde sean. ¡Lo ves, como yo! Le dije mentiroso, que qué manera más enrevesada de ligar, que cómo se complicaba la vida por ser original y que no me lo creía. Él sacó el carnet y me lo enseñó. Mira, ni el mismo mes, ni el mismo día, ni el mismo año. Ah, perdona, es que a veces se me olvida hasta mi fecha de nacimiento. Todavía miraba el carnet cuando se puso a olerme el nacimiento del pelo detrás de la oreja mientras con el suyo me hacía cosquillas en la nuca, en la mejilla. Hacía de cortina, su pelo negro. Intenté aspirar el olor de la grasa que le nacía en las raíces, esa grasa que las personas con el pelo graso tienen hacia el final del día, imperceptible y que haría que se les pegara a la cara si no se lo lavaran al día siguiente.

Me introducía la nariz en los recovecos de detrás de la oreja, lo hacía a conciencia, como si realmente pudiera introducirlo allí y yo me emperrara en ofrecer una resistencia tozuda. ¿No sabía usted que hay hombres que se te quieren meter incluso por donde no tienes agujeros? Hacía ruido al olerme, me sorbía el olor y

luego soltaba un suspiro largo y afectado. Empezaba a decir palabras groseras, las cosas que me haría, pero no lo decía de un modo elegante, que estas cosas también pueden decirse con elegancia. O quizá era demasiado pronto para que se tomara tantas confianzas, vulgaridades que tendían a hacerme abandonar la irrealidad en la que me hallaba, que eran como avisos para que me despertara, y por eso le ponía un dedo sobre los labios cuando me decía tienes el coño mojado o voy a follarte ahora mismo. No era excitante, era violento, me recordaba demasiado cuál era la situación real. Sabía de sobras de qué iba aquello, pero hacía esfuerzos por impregnar la escena de cierto encanto, de un tono poético arrebatado a los malentendidos, a la parte no común para definir aquel momento concreto. Puede resultar extraño, pero a estas alturas ya se habrá dado cuenta de que tengo un don especial para dotar de significado estos espacios que nadie menciona. Pero claro está, si al otro le da por inundar los nichos semánticos de una escena protagonizada a dos bandas con expresiones zafias del tipo te la voy a meter hasta el fondo, nadie puede evitar que la fantasía se desvanezca como por arte de magia. Y no se crea, no era la fantasía de un amor de novela rosa, no, se trataba tan sólo de conservar cierto respeto por el otro. Si las hubiese sabido entonces, estas cosas.

A algunos hombres los recuerdo por las carnes, por el volumen, por cómo me llenaban el espacio y parecían arrastrarme hacia su propio cuerpo. Tanta piel tenían que dejaba de preocuparme por la mía. Me encantaba intentar abarcarlos, que fueran tan presentes, tan reales, me encantaba tenerlos encima de mí, notar cómo pesaban, cómo me aplastaban y me hacían sentir pequeña hasta desaparecer. Agarrarme a los michelines y no soltarlos, sentirme segura aferrada a ellos como si así no pudiera ahogarme. Él era así, corpóreo. Lástima que con mi Gallego nunca pude hacerlo, nunca llegué a sentir su peso sobre mí. Me conformé con abrazarle un abdomen enorme en aquel lavabo cuya cisterna reventamos. ¿Cómo pasó? ¿Qué hicimos para que de pronto notáramos toda aquella agua derramándose bajo nuestros pies mientras nos reíamos a carcajadas? Todavía no sé si se movió de sitio una tubería que no habíamos visto o si ya estaba todo anegado antes de que llegáramos nosotros. No hicimos nada, él siguió de rodillas sobre el agua que no se sabía si estaba sucia o no, cogiéndose a los muslos, dejándome círculos rojos que desaparecían al cabo de poco, cuando dejaba de apretarme con los dedos redondos, saliendo de vez en cuando a tomar el aire. A mí las palmas de las manos me resbalaban por las paredes del lavabo cuando intentaba no caerme del todo. El agua refrescaba.

Volvimos del lavabo para buscar a su amigo. Sólo recuerdo que era calvo, oscuro de piel pero no lo bastante para parecer de fuera, con ojos saltones que se movían de un lado al otro. Me vi en medio de los dos, bebiendo, mientras el Gallego hablaba con su amigo que, evidentemente, sabía que habíamos ido al lavabo a hacer lo que habíamos hecho. El Gallego, con los pantalones empapados, me metía la lengua hasta el fondo de la boca, de la oreja, mientras miraba a su amigo y yo le seguía la mirada hasta él. Nos explicó que había intentado ligar con una camarera y le había dicho que

no. Sabéis qué, dijo con aire ofendido, he sido yo el que no ha querido, le cantaba el aliento. Está buena, pero cuando me he acercado a ella y ha abierto la boca he tenido que echarme atrás del mareo. A mí sentir aquellos dos cuerpos tan cerca me reconfortaba, como si estuviera dentro de un contenedor capaz de acogerme, dentro de mucha gente a la vez. Cuando el Gallego me sacaba la lengua de la oreja experimentaba una sensación de frío que duraba hasta que su saliva se secaba.

El Gallego me tenía abrazada por detrás y su amigo estaba delante de nosotros cuando hizo aquello y yo pensé por qué no. ¿Por qué no? Qué carajo, si soy yo y este cuerpo es mío, ¿por qué no? Cómo hablaríamos después usted y yo de esta pregunta, ¿verdad? Y lo que tardaría en encontrar la respuesta. Me besaba, me mordía los labios y los sorbía hasta alejarlos de las encías, me recorría el cuello con la lengua mientras me pellizcaba el culo con fuerza. No me di cuenta de que los pellizcos eran tan fuertes hasta el día siguiente, cuando delante del espejo me encontré con los círculos morados. Me magreaba las tetas a conciencia mientras su amigo me miraba en aquella discoteca llena de gente. Hasta que hizo aquello, me acercó más a su amigo, ya éramos tres los que nos tocábamos, las piernas de ambos rodeaban las mías, el aliento de ambos muy cerca, la lengua tibia del Gallego, sus dientes por todo el cuello y las manos sobre mis tetas hasta llevarse la tela, hasta dejármelas expuestas del todo delante de su amigo, que se limitaba a mirar. Quizá fuera un pacto que tenían ellos dos, pero el otro se limitaba a mirar lo que el Gallego le ofrecía. Era a mí lo que ofrecía. ¿Se escandaliza usted, verdad, al oír esto? Por eso se lo cuento, porque esto no se lo podría contar a nadie más. Le aseguro que no hay nada más placentero que la ligereza que te da saber que has depositado tu voluntad en otra persona, no sabe usted qué alivio, qué alivio de la vida misma, de su peso abrumador. Era él, que hacía lo que quería de mí, y no yo la que decidía. Me colgaba de su nuca y sacaba pecho, lo miraba al fondo de los ojos como diciendo mira lo que tengo para ti, pero sabía que no me tocaría por muy cerca que me tuviera. Tragaba un sorbo de cerveza cuando vio que el Gallego me derramaba un poco por encima, con la botella fría sobre la piel, y la espuma me caía rodando desde el cuello hasta uno de los pezones y entre las tetas. La cerveza dibujaba dos caminos.

Más tarde salimos de allí y nos fuimos a otra discoteca con más cuerpos por todas partes, pero apenas lo recuerdo. Sólo sé que dormí en su casa, que subimos en el ascensor los dos solos pero en la otra discoteca también había amigos suyos y yo notaba el olor de todos ellos a mi alrededor, no sé si me tocaron, si me abrazaron, si me acerqué lo bastante. Y no se crea, por mucho que quisiera huir de mí misma, la sensación de no recordar exactamente qué pasó con aquellos hombres aún hoy me inquieta.

En su casa noté que algo me caía de dentro, pero pensé que era de la excitación. Él me había dejado en la cama, una cama de madera muy limpia y con unas sábanas de persona normal. Casi todos los hombres, por extrañas que quieran hacer las cosas, suelen tener sábanas normales que te hacen pensar en su vida cotidiana, en cómo las

sacan y las ponen a lavar, en cómo las tienden y las doblan, en cómo se hacen la cama antes de salir o en cómo no se la hacen cuando tienen prisa. Todos los hombres del mundo guardan esta clase de secretos que da miedo descubrir. Mi Gallego me dejó allí y yo aproveché para pasarme un dedo por el líquido que me había caído en las bragas, por saber cómo era. Saqué una telilla resbaladiza de sangre roja, jugué con ella entre dos dedos durante un rato. Ya sé que a usted no le dará asco saber esto, al fin y al cabo no era más que sangre de mi cuerpo. A menudo me gusta observarla, la sangre, como cuando te haces un corte y esperas que salga de la piel en forma de gota redonda. Con una risa nerviosa le dije que no podíamos seguir, que había dejado de estar operativa, entrecomillando mis palabras con los dedos en el aire. ¿Quieres decir que tienes la regla? Ya lo sé, lo he notado antes cuando te chupé la sangre, riquísima. Se me llenó la cabeza de dudas hechas de ascos, pero estaba demasiado bebida para pensar en él. El ritmo fue decayendo por sí solo, los movimientos ralentizándose cuando lo tenía dentro, tumbados de lado porque ninguno de los dos podía estar encima del otro. Era agradable que todo pasara tan a cámara lenta, que fuera hablando sin prisas, que nos fuéramos meciendo.

Al Gallego no le di ni el número de teléfono. Me resultó extraño, su ternura era extraña. Me quedé dormida mientras estaba dentro de mí y cuando salió toda la sangre me rodó por los muslos hasta las rodillas, muy roja del primer día. Lo recuerdo acomodándome la cabeza encima de la almohada, yendo a buscar una toalla mojada que fui notando por toda la piel blanda del interior de los muslos, recuerdo sus dedos recorriendo mi pelo, como peinándome, la mano plana sobre la mejilla y un beso en el brazo que no era el beso de los amantes provisionales.

EL INGLÉS

El Inglés y yo nos quisimos un poco, si es que alguien sabe qué es eso de quererse y qué condiciones deben darse para poder afirmar abiertamente que quisimos a alguien. En todo lo nuestro tuvo mucho que ver el lugar donde nos conocimos y donde un poco más tarde nos conoceríamos todavía mejor: la sala de fermentación de la fábrica. Allí dentro yo me dedicaba a sacar bolas de masa seca que habían caído de la larga cadena de bandejas con surcos que las contenían antes de que salieran de aquel calor asfixiante y fueran aplastadas para convertirse en *pizzas*. Por eso a nadie le gustaba ir allí, a los fermentadores, por el calor, pero yo lo prefería antes que estar amorrada al horno de piedras que iban dando vueltas. Siempre que había pensado en aquella marca de *pizzas* había imaginado la casa de campo que salía en el envase, no con la abuela ni los niños del anuncio, pero sí la casa. Y sí que era de piedra, el horno, pero una máquina gigante en la que entraban las *pizzas* y salían al cabo de pocos minutos, transportadas en rectángulos de piedra uno al lado del otro, muy juntas. Lo que más odiaba del horno era la entrada en la que la masa se iba acumulando hasta quedarse reseca, mezclada con el tomate, envolviendo los cables verde claro, y la teníamos que sacar a mano, ni con la manguera lográbamos limpiarlo bien. Me gustaba el fermentador por el calor y porque sólo había que sacar las bolas y barrer, allí dentro nunca había agua. Harina sí, la que te caía en la cara cuando te ponías debajo de la cadena con las bolas todas quietas esperando a hacerse grandes.

Siempre se suda, en los fermentadores. Por eso hay que entrar sólo con el mono azul sin nada debajo y las botas verde militar en las que los dedos hacen chof-chof. El día que conocí al Inglés no sabía que estaba allí dentro. Había un silencio que recogía el resto de ruidos de la fábrica pero como de lejos, como si de hecho la masa estuviera allí aislada del mundo, como si hubiesen acolchado las paredes para evitar que se espantaran las bolas. Un encargado de la línea me decía que si no hubiese aquel silencio la base de las *pizzas* se quedaría dura y seca, sin vida, que los ruidos de fuera las asustarían. Pero era mentira, había silencio porque era de los pocos espacios cerrados de la fábrica, como una habitación larga que no se acababa nunca. Caminé hasta el fondo para empezar a sacar masa pegada con las botas blandas que a menudo llevaba sin calcetines porque a última hora los olvidaba encima del sofá, enrollados sobre sí mismos. Por todo ello no es de extrañar que, hasta que llegué al fondo, no viera al Inglés en el suelo con los zapatos de punteras de hierro y los pantalones y camisa azules. Era la diferencia entre un mecánico y una operaria de la limpieza: nosotras llevábamos un mono y ellos dos piezas, pero todo era del mismo color. No sé si el Inglés era mecánico o ingeniero o algo similar, sólo le veía las piernas.

Nadie sabe de qué está hecho el olor a fermento, como a cosa viva, como a rancio

y vivo al mismo tiempo, si lo buscas demasiado te parece que huele a podrido. Y aquel día se mezclaba con la grasa negra de los engranajes de la máquina y con la del Inglés, que estaba allí debajo y cuyo rostro aún no veía. Cualquiera que se encerrara allí dentro con otra persona acabaría sintiéndose excitado, cualquiera. Cuando me senté sobre los talones junto a él aún no me había visto. Hasta que me cansé de disimular mi presencia y me aclaré la voz. A partir de entonces, los recuerdos se me desdibujan. ¿Cómo establecimos el primer contacto? ¿Nos dijimos hola? ¿Nos dimos la mano? ¿Salió él de allá abajo dándose un golpe por la sorpresa como si estuviéramos en un gag de comedia mala? ¿Nos miramos fijamente a los ojos como si fuera un amor a primera vista? No lo recuerdo, pero esto último seguro que no pasó. Sólo tengo *flashes* de aquel primer día: mis tendones bien estirados, en los que apoyaba el peso del cuerpo cuando él aún no había advertido mi presencia, yo tumbada boca abajo en el suelo debajo de las máquinas, afanándome en arrancar la masa reseca que cuando se abría soltaba un tufillo a fermento, a podrido, él pasando por encima de mí en el estrecho pasillo para ir a buscar herramientas, él que tenía que agachar la cabeza de lo alto que era, yo toda salpicada de harina y él que por un momento me pasa la mano por la mejilla sin decir nada, para sacármela. Eso sí que lo recuerdo, la caricia con excusa. Si supiera usted cuántas me han hecho los hombres sin ser conscientes de ello, sin compromiso, sin pretenderlo. Las caricias se te escapan aunque quieras retenerlas, te las piden las manos porque las necesitan.

Luego vino la cena de los viernes con el resto de los trabajadores, sin los que hacían las *pizzas*, sólo el personal externo, mecánicos y limpiadoras. Los viernes en los que hacíamos carreras con los carritos llenos de queso o jamón dulce, en los que compartíamos *pizzas* que el resto de la semana no podíamos comer. Qué manera más deliciosa de vengarse de los encargados que tiraban las *pizzas* recién envasadas si caían al suelo pero a nosotros no nos dejaban comérmolas. O sí que nos dejaban, pero si pedíamos permiso, como los perros que esperan junto a la puerta a que les tiren los restos. Qué humillación tan sutil, invisible. También era uno de aquellos viernes en los que íbamos a un bar que abría pronto y bebíamos como cosacos. Él más que yo, él tan enorme que me rodeaba. Hasta que echamos a andar hacia mi casa y, en medio de una plaza nos miramos intensamente a los ojos en una escena que bien podría haber sido de película. Él tenía los ojos llorosos y rojizos, fingía emoción o la sentía de veras, quién sabe. Estábamos a punto de besarnos cuando me detuvo, con la boca muy cerca de la mía, me hizo levantar la barbilla hacia el cielo para que mirara la luna y me dijo ¡Mira! ¡Mira todo! Sólo hay un primer beso, y quiero que recuerdes todo esto para siempre. Nuestro primer beso fue pastoso y torpe, las piernas se nos iban de un lado al otro cuando el sol ya nos empezaba a hacer conscientes de nuestro propio patetismo. Nos metimos en mi habitación y bajamos las persianas para no ver el día, dejando caer el peso de los dos cuerpos.

El sexo con el Inglés también hubiese sido perfecto si no fuera porque era una estafa, un espejismo, porque él nunca estuvo del todo presente pese a fingir que vivía

una gran historia de amor. Claro está que, como debe de suponer, en aquellos momentos yo no lo veía exactamente así. Entonces no podía hacer más que reírme de sus ataques de romanticismo borracho. *I love you*, repetía, *I love you* todo el rato y seguía hablando sin que yo comprendiera el resto de palabras. Quizá de tanto decirlo nos quisimos un poco. O no, porque a estas alturas está claro que por mucho que se repitan unas palabras en forma de cliché no por ello se hace posible un acontecimiento tan improbable como el amor. Aquella primera noche que se nos había convertido en día me sorprendió que el Inglés aguantara tanto. Como mínimo tendría veinte años más que yo y estaba muy bebido, pero eso no parecía afectarlo. Sabía de ritmo, cosa que lo hacía mejor amante que otros, conocía el ritual y seguía los pasos, pero yo sólo quería dormir después de toda una noche de trabajo y una madrugada de cerveza. Entonces la cama no tenía cabecero y lo eché de menos para poder agarrarme. Dicen que no son buenas las camas sin cabecero y vaya usted a saber si no es por no poder cogerte a él cuando lo necesitas. Me aferraba a la pared de la habitación a sabiendas de que dejaría huellas en ella mientras la cabeza se me iba y sólo tenía ganas de gritar que acabe de una vez, que ya no quería seguir. Pero el Inglés, como tantos otros, también quería imponerme el placer. Usted debe de saberlo, muchos hombres lo hacen. Y es como hacer lo mismo que hacían antes con las mujeres, pero al revés: en lugar de no preocuparse por sus orgasmos resulta que nos los imponen, supongo que en parte para sentirse satisfechos de sí mismos. Aquella noche-día sentí su cuerpo muy cerca del mío, roncando, un cuerpo blanco casi transparente en el que podías ver la sangre bajo la piel.

El Inglés sólo venía de vez en cuando desde otra fábrica en un país que no recuerdo cuál era, vivía en un hotel cuando estaba en mi ciudad y por suerte no era el hotel en el que yo había trabajado, el que tenía una habitación pequeña para los revisores de tren. Era otro, con habitaciones dotadas de una pequeña cocina en la que el Inglés me preparaba comida tailandesa los sábados que me quedaba a dormir. Era triste vivir en un hotel, teniendo que lavar la ropa en la bañera y colgarla de un tendedero pequeño a un lado del cuarto, que tenía aquella especie de cortinas a pie de cama que sirven para separar la sala del espacio donde se duerme. En aquella habitación tuve más de una pesadilla. Del Inglés recuerdo la lengua grande y blanca que se me metía por todas partes, los ojos que de vez en cuando parecían infantiles, los brazos muy largos como los del Ghanés, los dedos también y una curvatura de la espalda de lo más peculiar. ¿Sabía usted que las espaldas se curvan de modos distintos según el país de procedencia?

El Inglés se fue marchando poco a poco, sin hacer ruido. Era como una relación normal, salir de copas juntos, dormir juntos los sábados, incluso bailar, desayunar juntos el domingo, yo que estaba tan acostumbrada a hacerlo sola. Pero tenía aquel punto melodramático que por lo que fui descubriendo le provocaba el alcohol. ¿Tienes miedo de decir *I love you?*, me repetía muy afectado porque yo no se lo había llegado a decir nunca. No, no era miedo, era que no lo quería. Quizá creía lo contrario

por cómo me entregaba a él, por las caricias que se me escapaban por culpa de las manos, por cómo lo miraba cuando se dormía, pero son cosas que he hecho con todos los hombres con los que he estado.

Quizá le parecería cursi si le explicara que las ganas de amar se me escapan por los dedos por mucho que intente contenerlas, quizá le parecería ridículo si le dijera que me las contenía porque en el fondo no creía en todo aquello. No lo sé, lo interpreto así ahora, pero entonces sólo sé que no me apetecía decirle *I love you*, que me daban ganas de reír cuando él lo decía.

Descubrí un bote de pastillitas azules en su cuarto de baño y lo vi desesperado y súbitamente impotente el día que se le acabaron. Que aquí es más difícil de conseguir, que aquí no tenía médico. Es posible que a ustedes, los hombres más mayores, esto de las píldoras azules les haya solucionado la vida, pero le aseguro que yo me sentí estafada. Pero tanto da, a veces las historias no hace falta ni acabarlas; a veces se acaban solas. El Inglés volvió a aquel país europeo que no era ni el suyo ni el mío y no volví a saber de él, ni siquiera por equivocación el día de Nochevieja, cuando envías un mensaje a todos los que figuran en tu lista de contactos. Él de mí tampoco, claro está.

EL CIEGO

Si le explicara que estuve con un ciego quizá se imaginaría una gran historia de amor sobre los sentimientos reales que van más allá de las apariencias, venciendo barreras de toda clase, pero la nuestra sólo fue una noche patética que no llegaba ni a la tristeza, deprimente, que no quería ser tragedia. Nada que ver con el romanticismo, la verdad. Ahora que yo tampoco lo buscaba, el romanticismo, lo que pasa es que si cuento que en cierta ocasión me lié con un hombre ciego puede parecer de entrada que establezco las premisas de un relato mínimamente humano. Pero no se equivoque, no me fui a la cama con él por lástima ni porque viera en mí lo que no veían otros hombres, sino que lo hice precisamente porque era como cualquier otro hombre, y en parte también por cierto sentimiento de culpa y, se lo reconozco, movida por la curiosidad.

Las fiestas en la calle embriagan más que las que se hacen a cubierto. Fue en una fiesta de verano que conocí a mi Ciego. Yo estaba en la barra de un puesto atestado de gente en una plaza con música ensordecedora cuando lo noté a mi lado, allí de pie con un bastón, pidiendo cabreado que le sirvieran una coca-cola. Se volvió hacia mí y me dijo que el ron ya lo traían ellos y yo seguí gritando venga, hombre, venga, que sois muy lentos, que llevamos mucho rato esperando. Nos empujaban de aquí para allá y nos teníamos que esforzar por no dejarnos llevar por el gentío, por seguir teniendo un codo clavado en la barra en la que servían las bebidas. ¿Qué tal, guapa? ¿Te lo pasas bien? Sí, ¿y tú? Mira, aquí muerto de sed y estos cabrones que no nos sirven. Aún no sé cómo siguió la conversación, aún no sé cómo ocurrió que yo acabara diciendo «¿Y ese bastón, te vas a la montaña?». Es algo que nunca habría dicho de no haber estado borracha, créame. De hecho, todavía me sonrojo cuando lo recuerdo. No, es que soy ciego, contestó. Pensé que era broma y me eché a reír, con aquella risa que a medida que se va desgastando te devuelve a la realidad y se te hiela en algún rincón del pensamiento hasta quedarse anquilosada, pinchando como una astilla por mucho que finjas que no ha pasado nada y sigas riendo, ahora con toda la impostura. Mucho es que sigas fingiendo que ríes. No se me ocurrió otra cosa que decirle que no parecía ciego. Después de aquello ya no me separé de él en toda la noche.

Para quitarme el aguijón de la culpa no hacía más que beber cerveza, un trago tras otro mientras hablaba con el Ciego de cualquier cosa, como si no hubiese pasado nada, como si yo no hubiese metido la pata, como si él no fuera ciego. Contaba chistes de ciegos sin la menor gracia y me decía estás muy buena. ¿Y cómo lo sabes?, le replicaba yo, intrigada por si de veras podía atrapar una brizna de misticismo. Lo sé y punto, sé que estás muy buena, y yo imaginaba sugerencias desde el olfato, como me pasaba a mí con los hombres, partículas que entran por los orificios nasales y

hacen que te vuelvas loca, esencias de cuerpos que venían a buscarte antes incluso de que ellos fueran conscientes de estar haciéndolo. Nos sentamos sobre una tarima en la que el amigo del Ciego hacía tonterías como saltar dando gritos mientras él y yo hablábamos. No había barreras porque tal como habían ido las cosas yo ya me daba por desarmada y por que la curiosidad de conocer de cerca la vida de un hombre que no podía ver me empujaba hacia él, la misma curiosidad que sentía hacia los mecánicos, los revisores de tren, los etéreos, los ghaneses o los punyabíes. La curiosidad por todo aquello que pudiera considerar diferente, y cuanto más lejano, mejor. A usted esto quizá le parezca superficial, pero era en parte lo que me movía hacia los que eran diferentes de mí, unas ganas terribles de conocerlos. Mientras hablábamos, él me iba pasando una mano por los hombros, por las mejillas, pero era distinto del gesto tierno que habría imaginado, del gesto que en las películas surge como de conocimiento del otro, de un afán respetuoso por descubrir cómo eres porque no lo puede saber mirándote. No era ni por asomo aquel palpamiento investigador, y no tardé en adivinar otra intención en los dedos gruesos de mi Ciego, también de movimientos poco fluidos y que no sabía qué hacer con las manos, que quería pasar a conocerme desde otras partes de la piel, desde otras carnes. Yo entonces tenía muchas ganas de explorar la piel de alguien que me explorara con la misma avidez, que quisiera conocerme por la piel y sin desgarrarme. Después del Inglés empezaban a dolerme las heridas nada metafóricas y ni siquiera el propio sexo me salvaba ya de un dolor más intenso que el físico. En toda la noche que pasé con el Ciego, incluida la mañana, no me miré al espejo, y cuando iba al lavabo lo hacía con la luz apagada.

Cuando ya no quedaba nadie en la calle y el camión del ayuntamiento pasaba rociando el suelo sembrado de vasos y botellas de plástico, de vómitos, negro de las pisadas frenéticas durante el concierto, el Ciego me preguntó si vivía muy lejos de allí. No demasiado, le dije, pero el camino hace un poco de subida. Tenemos que quedar con él, me dijo moviendo la cabeza en la dirección de su amigo, que canturreaba la última melodía del concierto. Se nos acercó y me miró tratando de adivinarme las intenciones, como si pudiera hacerle daño al Ciego de algún modo. ¿Seguro que no pasa nada?, le preguntó poniéndole una mano en el hombro, y él se apresuró a contestar que seguro, seguro. Yo también insistí y le expliqué que me encargaría de todo, que lo pasara a recoger a la mañana siguiente. Te dejo mi número por si pasa algo, lo tendré encendido toda la noche y mañana, cuando hayáis desayunado, me haces una pérdida. Vale, tío, pásatelo bien. Era como si me lo llevara a la fuerza, como si fuese un niño y yo lo obligara a venirse conmigo y a dormir fuera de casa por primera vez. Echamos a andar cogidos del brazo e hice caso a su amigo, que me había recomendado que lo avisara cuando hubiese un escalón. Escalón, decía yo, y él que ya, ya, que tampoco era ciego del todo.

Pero sí que era ciego del todo en la oscuridad de mi casa. Mientras lo guiaba por el pasillo, mientras no le enseñaba el resto del piso, mientras no necesitábamos

encender las luces. Yo estaba acostumbrada a caminar a oscuras, lo había hecho siempre para evitar la violencia de las bombillas desnudas. Y aquel día, un poco para estar en pie de igualdad con él, no encendí ninguna luz para llegar a mi habitación, quería verlo todo como él, pensando que sería bonito.

No fue bonito el sexo, tampoco aquella vez. En absoluto. El Ciego era tan torpe como los demás desconocidos. Los desconocidos acostumbran a serlo, no suelen andarse con remilgos, quizá porque creen que es lo que quieres, quizá porque tú no te has andado con remilgos a la hora de ligar con ellos y creen que buscas sexo salvaje del que esparce platos rotos por la cocina y papeles por el suelo del despacho para dejar libre el escritorio. Nunca imaginan que si tardas un poco en decir que sí también es posible que quieras el ritmo del buen sexo, la pausa, la cadencia, alternando sacudidas con treguas de caricias, mordiscos violentos con dedos que te flotan por encima de la piel, besos húmedos con otros dulces que te dibujan los contornos. Nadie sabe que es en el contraste donde reside el buen sexo. Pero me doy cuenta de que para ellos debía de ser complicado entender todo esto, porque de hecho ni yo sabía lo que quería. Ahora le digo esto, pero no sé si hubiese tolerado un sexo tranquilo. De hecho, cuando alguien se tomaba la molestia de montar un poco el escenario de los encuentros me inquietaba buscando la explosión breve que me liberase del trance. No quería pausas entre el conocimiento inicial y el sexo, pero luego esperaba que éste tuviera la calidad de los amantes que se conocían de toda la vida. Sí, ya lo sé, era una gran contradicción, pero ya sabe usted que eran tiempos de confusiones absurdas.

Y mi Ciego, seamos claros, no fue ni de lejos un buen compañero de cama. No era intuitivo, ni escuchaba mis latidos, ni tenía el olfato más fino que los hombres que veían. Me manoseaba a destiempo para ir a buscar mis cavidades lo antes posible, los besos eran desacompañados y las palabras se hicieron oscuras de golpe. Al principio sí decía eres preciosa, qué preciosa eres. Palabras de amor, pensé, como si estuviera dentro de la letra de una canción desteñida que rechinaba, debe de ser la sensibilidad que te da la ceguera. ¿Cómo lo sabes si no me puedes ver?, le preguntaba mientras me reía, aún con alguna esperanza lírica. Puedo intuir tu naturaleza, estoy seguro de que eres preciosa. Pero no tardó en empezar a decir zafiedades, seguro que eres una gran folladora, una viciosa, una pervertida, y todo se mezclaba con los chistes de ciegos que no tenían la menor gracia, todo resultaba hiriente y yo no sabía cómo escapar de aquel lenguaje grosero y ordinario, de los insultos que él daba por sentado que me pondrían cachonda. Una puta, ¿a que sí que eres una puta, a que te gusta que te lo diga? Se escuchaba a sí mismo y no quería respuestas, yo no era más que un cuerpo que le servía para descargarse pero no al modo de los dominadores, con los que había una especie de pacto por el que me entregaba a ellos, que me dominaban porque yo se lo había pedido de algún modo y por eso mismo había respeto entre ambos. No, en el caso de mi Ciego los insultos no eran de juguete, eran como un reproche a todas las mujeres. Hacía rato que yo había dejado de ser preciosa. Lo

hubiese echado de la cama, lo hubiese echado de casa a patadas, pero todo el rato recordaba su bastón y a mí misma preguntándole si se iba a la montaña. Recordaba que no podía volver a casa de noche a no ser que llamara a su amigo y no quería tener que esperar con él cabreado que vinieran a recogerlo.

Habría podido intuir que todo iría así en cuanto se quitó los zapatos. El olor a pies que llenó la habitación era insoportable, no me dejaba olerlo a él, no me dejaba excitarme. Y un hombre que no podía ver debería ser más sensible a la hora de escuchar y oler, ¿no? ¿Acaso no veía que el hedor de sus pies era una terrible invasión de los sentidos?

A la mañana siguiente su amigo preguntó qué tal había ido y él le contestó que de puta madre, que de maravilla, y hasta insistió en que lo llamara para volver a quedar otro día. Llegó incluso a llamarme un par de veces hasta que se dio cuenta de que no tenía ganas de repetir la experiencia.

EL MARROQUÍ

El Marroquí fue azul. Sí, ya sé que resulta cómico que recuerde a las personas en colores, pero es tal como le digo. No, no es que se hubiese pintado de azul ni que fuera como esos hombres del desierto, es que siempre que intento recordarlo me viene a la mente ese color. Quizá por las circunstancias en que lo conocí, caminando por la calle entre la muchedumbre un día en que el cielo estaba muy azul, salpicado de nubes blanquísimas que parecían de azúcar. Él apareció entre el gentío, con el que tropezaba a cada paso, con una mirada clara exactamente del mismo color que el cielo. Lo miré y sonreí sólo porque me habían gustado sus ojos, que llamaban la atención en medio de los abrigos oscuros contra los que avanzaba. Sonreí con sinceridad, como si nunca hubiese conocido a ningún hombre, con la seguridad inesperada y súbita de que podía sonreírle sin más consecuencias, que podría contemplar aquellos ojos que me gustaban sin que la cosa fuera a más. Pero fue a más, claro está. Al cabo de un rato, mientras seguía caminando todavía con un regusto a azul, oí una voz que me decía espera. Espera, espera, no corras. Como no me había parecido extranjero, me sorprendió que me siguiera. Muchos hombres de fuera te siguen por la calle, pero los de aquí no, y nunca se me habría ocurrido que él, con una piel parecida a la mía, con unos ojos nada forasteros, un pelo castaño oscuro, fuera diferente. Me sentí desconcertada por no haber reconocido un tipo de hombre que era mi especialidad, de hecho, por no haber visto un diferente entre la multitud.

Seguí caminando como siempre hago, como si me quisieran atrapar y yo huyera, y en realidad así era, en cierto sentido.

Después recuerdo una charla en un café. ¿Cómo fui a parar allí? Me siguió los pasos mientras me preguntaba cómo me llamaba y yo le decía que no era asunto suyo, pero con la risa escapándome por una comisura de los labios. Me halagó que me persiguiera durante tanto rato, y por eso cuando me invitó a tomar un café acepté enseguida. Me recuerdo sonriendo mucho, pero era culpa de aquel cielo como pintado.

Después recuerdo la cucharita dando vueltas dentro de la taza manchada de café con leche que se había acabado, lo recuerdo a él hablando mucho y muy bien, ¡un diferente que sabía hablar bien! Me explicó cosas de su vida, de su familia, de sus viajes. Tenía un aire elegante, pero entonces ya le miraba mucho una frente demasiado prominente. Empecé a perder la sonrisa a causa de aquella frente. Ya no veía los ojos azules, sólo frente por todas partes. ¿Quién nace así? ¿Cómo es que alguien puede nacer así y cómo es que no lo había visto antes? Él, mientras tanto, no paraba de hablar. Me tocaba el dorso de la mano, me la cogía con fuerza y me miraba en silencio. No podía por más que reírme de aquel gesto teatral, como de tantas películas en las que dos enamorados llevan mucho tiempo sin declararse su amor y de

pronto ya no pueden seguir rehuyéndose. Es entonces cuando las miradas se encuentran, envueltas en una música empalagosa y una pátina de luz crepitante que impide que se sigan ocultando los sentimientos. En las pelis esto queda bien porque a lo largo de pocos minutos pasan días, semanas, meses o incluso años. Pero yo acababa de conocer a mi Marroquí y los minutos que habíamos pasado juntos eran reales, por mucho que yo me esforzara por convertirlos en elípticos.

Me invitó a su casa, en no sé qué ciudad o pueblo. Yo le decía no, que tengo que trabajar, trabajo de noche, ¿sabes? Pero tenemos que quedar como sea, necesito volver a verte como sea. A mí tanta insistencia me hace perder todo el interés, me recuerda que el día menos pensado uno de ellos querrá quedarse en mi vida para siempre y me costará lo mío deshacer lo que hayamos hecho juntos hasta entonces. Lo sé porque he trabajado descosiendo ropa, y da mucho más trabajo que coserla. Me acompañó hasta la estación, y mientras esperábamos el tren me cogió de la mano. Reía, saltaba, decía que era muy feliz por haberme encontrado. A mí siempre me había dado repelús que me cogieran de la mano, y más aún si se trataba de un desconocido. Con el olor de hierro sobre hierro de los trenes en las vías se me agarró a la cintura. ¿Cuándo nos veremos? No lo sé, decía yo, y toda la estación se me metía dentro de la nariz y me hacía sentir mareada. ¿Por qué sabía hablar tan bien? Si no lo miraba me daba la impresión de que dejaba de ser diferente. Cariño, tienes que pensar en nosotros. ¿Cariño? ¿Nosotros? Llegados a este punto tendría que haberme marchado corriendo, pero me quedé quieta mientras con los brazos me ahogaba el cuerpo.

Insistió tanto, llamándome a todas horas, que un sábado acabé yendo a su casa. Una relación a distancia, me dijo, dos trenes hasta llegar a una estación con la pintura cayéndose de las paredes y torpes grafitis en la fachada. Esperar que me viniera a recoger porque era una estación alejada del pueblo. Llegó tarde, lo que quiere decir que estuve esperándolo de pie en un lugar apartado de todo mientras otras personas venían a recoger a los demás pasajeros en coche, mientras me iba quedando sola. Era de día pero el cielo no tenía nada que ver con el del día en que lo conocí.

Recuerdo el coche pequeño y gris, y nos recuerdo yendo directamente a su casa. ¿Cómo es que no fuimos a tomar algo antes, a pasear, a hablar? Recuerdo muchas escaleras. Quizá no fueron tantas, pero cuando pienso en él no veo más que casas apiñadas con escaleras que hacían las veces de calles. No sé el nombre del pueblo, sólo que quedaba junto a unas montañas extrañas que nos miraban. El edificio ni antiguo ni nuevo, también con escaleras para llegar a su apartamento, impregnado de un olor que no era ni de comida ni de podredumbre ni de especias ni de perfumes. Desagradable. Me inquietan los olores que no logro identificar. Y el olor del Marroquí, que ya empezaba a notarme en la ropa después de que aparcara y empezara a besarme de pronto, con una lengua que también sabía rara, mientras sus manos se movían sin rumbo por todo mi cuerpo, desordenándolo. Llegué confusa a su piso y ya no supe cuándo me había empezado a molestar aquel olor.

Compartía piso con otros chicos y todavía estaban allí, acabando de almorzar, quizá. Su habitación era una de las primeras del pasillo, a mano derecha nada más entrar. Por eso nos vimos obligados a saludarlos, y nos escabullimos furtivamente hacia el dormitorio. Era una estancia como la de aquel cuadro en el que los muebles parecen moverse, pero más deprimente porque en el cuadro no hay olores de ningún tipo. Y porque todo tenía cierto aire desgastado: una manta gris que yo imaginaba del ejército, la cama arrimada a un rincón con una mesita llena de cosas, ropa sucia por el suelo. Si sabía que yo iba a ir hasta allí, ¿por qué no quitó al menos la ropa sucia? ¿No cree usted que los hombres deberían mostrarse mínimamente considerados aunque se trate de un polvo furtivo? Me hizo acostar en un somier que chirriaba y cedía bajo mi peso. Él seguía con aquellas manos que desordenan, ésa es la palabra exacta, y me desabrochaba la camisa con prisas, con aquellos ojos que habían cambiado a un gris oscuro y que querían salir de su sitio. Se me metió dentro con una piel blanca mientras oía las voces de otros hombres hablando en una lengua que no conocía. ¿Se oiría el ruido herrumbroso del somier desde el comedor? ¿Sabían ellos que su compañero de piso se había metido en la habitación con una chica? ¿Por qué de pronto me preocupaba todo esto? Mi Marroquí me embestía con fuerza, desacompañado, yo no cabía en la cama y de vez en cuando mi cabeza topaba con la pared. Para distraerme iba mirando los calcetines marrón desteñido del rincón, estrujados y con algún agujero, los calzoncillos blancos desgastados y manchados a un lado, los papeles amontonados sobre la ropa doblada, las paredes blancas con trozos en los que la pintura había caído, dejando el cemento a la vista. Me entristeció no estar en mi casa cuando de su grito ahogado cayó una gota de sudor que me fue a parar al ojo. No se imagina usted el asco que pueden llegar a producir algunas gotas de sudor. Otras, muy anheladas, no, las recibes como un regalo, pero no fue ése el caso con mi Marroquí.

No recuerdo el final de aquella historia. Volví una vez más, porque sé que hubo un paseo por un mercado de domingo al pie de las rocas que contemplábamos bajo unas nubes grises amenazadoras. Dije que era tarde y tenía que marcharme, ya sabes, dos trenes. Debió de acabar como tantas otras historias: él llamándome una y otra vez y yo sin contestar, hasta que debió de cansarse.

EL ARGENTINO

Al Argentino lo fui a buscar yo porque lo necesitaba, pese a que las pocas personas a las que he explicado lo que me pasó con él me dicen que se aprovechó de la situación, que por mucho que yo me hubiese prestado a seguirle el juego no estuvo bien que él lo empezara. Como de hecho fui yo la que salió a buscarlo, no lo he culpado nunca, si es que hay que buscar un culpable, pero es verdad que me quedó un regusto extraño de todo aquello. Todavía me pregunto si lo que pasó fue normal o no, ¿pero qué es o deja de ser normal en el sexo?

Lo fui a ver por una mancha en la piel en una época en la que aún no se me había desgarrado demasiado. No, entonces sólo tenía un círculo marronoso justo en el bajo vientre que se iba extendiendo. Una manchita de nada, qué tontería ir a ver a un dermatólogo por algo así, pero ya sabe usted que cuando me obsesionaba con alguna parte concreta de mi cuerpo era capaz de cambiarle el reflejo en el espejo hasta convertirla en grotesca, irreal.

Al sentarme en la camilla crucé los pies para no caerme y mientras me miraba el abdomen el pelo liso le caía sobre el rostro, tapándole los ojos. No olía a nada, como si no existiera, al igual que toda aquella habitación pintada de blanco. Y un marco de madera oscura en un rincón del escritorio, un objeto de aquellos de bolas metálicas que se van meciendo de un lado al otro, como si hicieran tictac en silencio. ¿Para qué se tienen estos cachivaches inútiles? ¿Para distraer a los pacientes con movimientos repetitivos sin ningún objetivo concreto? Miraba las bolas ora brillantes, ora no, mientras con dos dedos plastificados me tocaba la piel de alrededor de la mancha. Ya se estaba sacando el guante cuando me dijo que no era nada, un honguito de nada, con aquella cantinela que sonaba a barcos de meses en el mar, velas y vaivenes. Cuando hablaba era lo único que imaginaba, un barco que se me llevaba tan lejos que ya no sabía ni dónde estaba, por océanos en los que no hay nada ni nadie. Y mientras me bajaba la camiseta y me abrochaba los pantalones oía gritos de gaviotas. ¿Gritos de gaviotas en medio del océano? Seguro que prefieren quedarse bien cerca de la costa.

Cuando levantó los ojos de la receta que acababa de firmar me miró de un modo que a mí siempre me hace dudar, como de señal, pero yo siempre he sido lenta para interpretar las señales. Sólo después, al revisarlos, capto el mensaje. Aquella vez estaba en la calle, con el papel en las manos, cuando me di cuenta de que su mirada había durado unos instantes más de lo necesario y que la pupila le había cambiado de color, de un marrón más bien claro a un marrón oscuro que era casi negro.

Me quedó la desazón que me quedaba siempre que descubría el deseo de un hombre, y sobre todo cuando era diferente. Necesitaba saber más de ellos, hasta qué punto les gustaba. Confirmarlo. Claro que con el Argentino había también la

excitación provocada por la posibilidad de que nos encontráramos en un lugar en el que yo no lo había hecho nunca, de que pasaran cosas distintas. ¿Qué ilusa, verdad, imaginarme que de tanto repetir siempre las mismas escenas acabaría pasando algo distinto? Cambiaba el color de la pintura, los olores, los muebles, la tonalidad de las pieles, pero de hecho no hacía más que repetir lo mismo una y otra vez. No sabía qué hacer con aquella desazón. Para quedarme tranquila habría tenido que volver enseguida, pero ¿con qué excusa? ¿Y la enfermera? Estaría acostumbrada. Seguro que no habría sido la primera paciente a la que se tiraba en la consulta, un médico que se dedica todo el día a tocar pieles de todas las partes del cuerpo, que las cuida, las protege, un hombre que sabe tanto de cuerpos con aquella voz de barco en medio del océano. Me marché con la desazón intacta, maldiciendo mi lentitud de reflejos.

Hasta el día que nos encontramos en una cafetería cerca de su consulta. Una esquina llena de gente que pasaba, recuerdo mucho ruido de motos. Él estaba sentado a solas y cuando lo saludé me sugirió que lo acompañara, que no estaba con nadie, etcétera. Fue hablando mientras yo le reía los chistes malos y aprovechaba para entreabrir los labios, para respirar más profundamente o para detener mi mirada en la suya. Es extraño que se pueda adivinar cómo será un hombre en la cama mucho antes de que pase nada, ¿no le parece? Quien dice cama dice la camilla de su consulta.

Me fastidia no recordar los instantes previos al primer beso. No hay más que un primer beso con cada hombre, luego nunca se repite, tal como me hizo ver el Inglés. Sí que puedo rememorar sus besos de cuando ya hacía rato que me besaba, los mordiscos de unos labios con dientes afilados como la hoja de un cuchillo. ¡Afilados!, habría gritado bien alto. Me gustaban mucho los mordiscos y me sentía decepcionada cuando un hombre no se atrevía a pasar de los que son de ternura a los que se hunden en la piel hasta hacerte perder el mundo de vista, pero los dientes siempre tenían un filo redondeado y suave por mucho que se me clavarán, incluso cuando tenían forma de sierra era como si alguien los hubiese limado para que no resultaran cortantes. Los del Argentino no, los suyos eran delgados y con los extremos más finos aún, cortantes, provocaban un dolor muy real, nada amortiguado. Intenté esquivarlos pero se desplazaron hasta el cuello, eran agujas que me pinchaban.

Sentate acá, dijo con una mano sobre la camilla. Yo ya no llevaba bragas y pensé que estaríamos incómodos encaramados allí arriba, pero obedecí. Me gustaba sentir que me llevaban, que sabían exactamente lo que hacían y yo no tenía que tomar ninguna decisión. Túmbate, abre las piernas. Más, más, y con dos dedos me separaba los labios para mirarme por dentro, como un ginecólogo. Lo hizo durante un buen rato, y yo ya empezaba a impacientarme. ¿Dónde estaba su deseo si de pronto me miraba como médico? ¿Tenía algo allí abajo o es que se preparaba para comerme? No sabía si excitarme por ser observada de un modo tan aséptico, no sabía cómo hacerle saber que lo quería dentro de mí cuando resultaba que me había convertido en objeto de estudio. Quizá me había descubierto una enfermedad de las que se contagian así,

quizá no quería arriesgarse a coger una infección, quizá la mancha de hongos que tenía más arriba había bajado hasta allí. Quería hacerle estas preguntas, pero permanecí callada durante todo el rato que se dedicó a examinarme. Lo miraba, anhelante, cuando me dijo bájate y con un tirón me puso de espaldas a él, amorrada al papel blanco sobre el que me había hecho acostar, ahora ya arrugado y rasgado por todas partes. Recuerdo la excitación de lo imprevisto y la de su mano sobre la nuca que no me dejaba levantar la cabeza, recuerdo la sensación de estar del todo vencida y el alivio de los golpes inesperados en las nalgas y los pellizcos en los pezones aplastados contra la piel sintética y fría. Era un dominador de los buenos, que sabía exactamente lo que yo quería. Cómo lo harán los hombres para saber qué mujeres quieren que las traten así y cuáles no. No se crea que es tan fácil. Quizá se reconozcan mutuamente, los dominadores y las aspirantes a dominadas.

Volví un par de veces a la consulta, y siempre ocurrió más o menos lo mismo. Sólo que era yo la que siempre me arrodillaba y me gustaba mirarlo desde allá abajo y ver cómo le cambiaba la cara mientras el sudor hacía que se le pegara el pelo a las sienes. Me gustaba la sensación de que allí dentro yo no tomaba ninguna decisión, sólo la de ir hasta la consulta, que de lo demás se encargaba él.

Pero un día vino a casa y, aunque en el pasillo ya le desabroché los pantalones para tragármelo entero, no sé por qué insistió en que nos fuéramos a la cama. En la cama sin cabecero, mi Argentino me pareció súbitamente desorientado, tan torpe como el resto de los hombres que habían pasado por ella, otro adolescente inepto. Pensé que en la consulta, que era su territorio, había disimulado muy bien. Aquel día no consiguió la erección habitual, y quizá por eso no le volví a coger el teléfono. O porque por mucho que le olisqueara la cara interna del codo y las axilas, no encontraba ni rastro de olor.

EL LIBANÉS

En el tren siempre pasan cosas, ya lo sabe usted. Y más aún cuando vuelvo a casa y el día se me acaba sin ningún cuerpo, con aquella punzada de soledad que te atenaza la garganta. El día que conocí al Libanés los vagones iban medio vacíos, era tarde ya, un sábado. Me senté y saqué los pies de las sandalias para ponerlos sobre el asiento, con los tobillos entrelazados como si quisieran anudarse entre sí. No sé si en parte me sentía aliviada por no haber añadido ningún hombre más a mi colección en aquel viaje. Cuando estaba sola me dedicaba a recordar a los demás, siempre pasaban por delante de mí uno tras otro, como las olas. Así estaba cuando se sentó junto a mis pies el Libanés, que olía a un perfume que yo desconocía, un perfume empalagoso que no me dejaba olerlo a él. Unos días después, en casa, me enseñaría una pastillita que siempre llevaba en el bolsillo: almizcle, decía, esto lo sacan de los cojones de un animal. Empezó a hablarme del tiempo, del paisaje, de la vida, como si la situación fuera de lo más normal, como si fuéramos dos pasajeros más que comparten espacio, como si mis piernas no estuvieran tan cerca de su cuerpo, como si el deseo no se hubiese escapado como una chispa de algunas de sus palabras casuales. ¿No sería bonito una noche bajo las estrellas con incienso y un laúd, unas velas y buena comida árabe? ¿Unos dulces y un té a la menta? ¿No sería bonito tú y yo sentados sobre cojines de seda y unas bonitas canciones? No me reí. Me agobiaba imaginar tantos olores de golpe, entre otras cosas porque sus vaqueros jamás encajarían en una escena como aquella. ¿Acaso se trataba de una estrategia para seducir a las mujeres de aquí? Quizá había conocido a otras mujeres como yo que se desviven por encontrar un diferente y estaba explotando su diferencia. Abrí los ojos como sorprendida e intenté sonreír. ¿No te gusta el romántico? No. No le dije que el romántico aquél no, porque entonces pensaba que detestaba cualquier demostración de romanticismo. No le dije que las ambientaciones en países lejanos y exóticos prefería imaginármelas yo, y no que me las explicaran mis diferentes, que eso les quitaba toda la gracia.

De pronto empezó a cantar emitiendo sonidos extraños acompañados de expresiones sobreactuadas de sufrimiento o dolor, o placer, o vaya usted a saber qué, porque yo la canción no la entendía. Cuando hice amago de cambiarme de asiento, enfadada, me cogió uno de los pies, el que presionaba sobre el otro desde hacía rato, y empezó a hacerme un masaje en la planta. Yo iba mirando los árboles que pasaban de prisa, las colinas que intuía en la oscuridad porque conocía el trayecto, las fábricas iluminadas, las casas de tejados inclinados, para no mirarlo a él. No lo miré hasta más tarde, cuando llevaba un buen rato deslizando los dedos por mi pie, desde el talón hacia el centro, y yo echaba la cabeza hacia atrás sin recordar dónde estaba ni qué hacía allí.

No le parecerá muy normal que me dejara masajear los pies por un desconocido

en un tren, pero en aquel momento no me pareció extraño en absoluto, sino tan sólo excitante. Sólo levanté la cabeza, sorprendida, cuando noté que me arrancaban algo de dentro, de un tirón inesperado. Fue el momento en que el Libanés se topó con el punto que en su día había descubierto Él y que siempre buscaba porque sabía que nada más presionarlo yo perdía el mundo de vista, como si fuera un detonador. El Libanés lo supo, supo que aquella parte de la planta de mi pie me había sacudido de arriba abajo. Fue entonces que lo miré a los ojos, no sé si espantada o desafiante, y al darse cuenta él me sonrió. No paró hasta que puse cara de vencida, hasta que lo miré sonriente, triunfante. Quiero algo a cambio. ¿Qué? ¿Llevas bragas o tanga? Tanga. Quiero que vayas al baño, te lo quites y me lo des.

No tardé en volver. Las bragas estaban húmedas, y él las iba oliendo. En mi país fui teniente del ejército, mucho tiempo. Que te calles, pensaba yo, que de esta historia no podré hacerme ninguna otra, no podré imaginarme paisajes, ni lunas, ni soles, ni nada de nada. Pero no había manera de que parara de darme detalles del pueblo en el que se había criado, del lugar en el que había estudiado, de la familia, todo impregnado de aquel tufo exótico que no era el que yo ponía cuando estaba con un diferente. Por eso le sugerí que nos fuéramos al lavabo. Por eso dejé que los mordiscos fueran más intensos de lo que eran con los demás, descubriendo así que aún habría aguantado más dolor, que cuando los dientes están a punto de encontrarse bajo la piel el dolor se te escapa directamente hacia el placer más intenso. En el suelo del lavabo había un charco de agua mezclado con orines, papel higiénico que había bajado del dispensador y se había calado hasta media altura, vaivén de trayecto. No era cómodo, ni agradable, ni placentero. Y menos aún con aquel espejo todo manchado en el que me veía poniendo cara de aguantar el dolor sin saber entonces de dónde procedía exactamente y qué consistencia real tenía. Me pellizcó los pezones, me cogió del pelo y me lo estiró hacia atrás hasta que ya no podía moverme si no quería sentir las raíces tirantes, amenazando con despegarse de la piel del cráneo. Era brusco y violento, nada que ver con la historia de las velas y el laúd. ¿Qué es lo que tanto les gusta a los hombres del sexo así, que te coge y no te suelta y te domina? ¿Qué me gustaba a mí del sexo en los lavabos del tren, llenos de meadas, que me rasgaba la piel del cuello clavándome unos dientes que no tenían freno? Me estiró todavía más el pelo hacia atrás y yo quería gritar, pero para que nadie nos oyera me limitaba a abrir la boca. En la tirantez del cuello, con la boca abierta, descubrí el descontrol absoluto del cuerpo, me vi más animal que nunca, ofreciéndome sin reservas a mi depredador, que de haberlo querido habría podido degollarme allí mismo, que si quisiera asfixiarme lo tendría fácil. Era rendirte del todo y quizá fue al verme en el espejo, al ver cómo disfrutaba, que me espanté y me pregunté si a partir de entonces era aquello lo que haría siempre y si tendría bastante con unos mordiscos y unos pellizcos o pediría ir más allá. No sé si se imagina usted el vértigo de llegar a los propios límites y rebasarlos, es como una euforia de abismo.

El Libanés tuvo que detenerse en la estación anterior a la mía y me pidió que nos

viéramos otro día. Sólo uno, vino a casa. Estaba más inquieto que en el tren, agitado, perdía el hilo de mi cuerpo, no sabía por dónde tirar. No se entretuvo demasiado en el cuello y yo no pude evitar sentirme decepcionada. Unos besos, unos mordiscos, pero ni estrangularme un poco ni tirarme de la cabeza hacia atrás hasta tener la sensación de que se me rompería el cuello. Prefería magrearme los pechos y parecía buscar mi boca para meter en ella su miembro, pero a mí ya se me habían pasado las ganas. No supe en qué momento se me había metido dentro. Me enfadé, pero no sé si por su medida o porque yo me había vuelto tan ancha. Entonces todavía creía que de tanto acoger a los hombres me había ensanchado más de la cuenta y nunca volvería a tener las medidas de antes. El Libanés apenas si había orgasmado, y seguía jadeando en un rincón de la cama cuando saqué una tarjeta del bolso. ¿Qué es eso? Los horarios de los autobuses nocturnos. Se enfadó, claro está, pero yo no soportaba estar ni conmigo misma, y menos aún habría soportado tenerlo allí a mi lado toda la noche y despertarme viéndolo dormido.

EL VASCO

A algunos hombres los he conocido de día, con la claridad esparcida sobre la piel. Sí, ya sé que le he hablado de otros encuentros con amantes a pleno sol, pero no cuentan si yo trabajaba de noche, porque en realidad para mí la noche era el día. ¿Verdad que parece complicado de entender? Pues no, es muy sencillo: cuando he pasado la noche en la fábrica, lo que he visto en las horas de luz no es más que un sucedáneo de vida. Usted me ve y le parece que estoy aquí, despierta, pero no es más que un espejismo. Sólo he tenido la sensación de que emergía a la vida real durante el tiempo de las vacaciones. Sí, es evidente que todo el mundo se revitaliza durante las vacaciones, pero a los que trabajamos de noche esas pocas semanas en las que volvemos a dormir cuando toca representan un renacimiento absoluto. Por eso lo que me pasó con el Vasco lo recuerdo distinto a todas las experiencias con los demás hombres. Ya lo sé, ya, que siempre le digo que es distinto, pero le aseguro que en este caso es verdad, y no tan sólo uno de mis enfoques sesgados que se van ajustando y volviéndose nítidos a medida que pasa el tiempo. No, para empezar al Vasco lo conocí en la playa un día que estaba tomando el sol sobre la toalla. Cerca, como comprenderá, de una masa de agua desproporcionada. Ya lo ve, no he conocido a todos mis amantes en el tren. Él estaba a mi lado y yo tardé un buen rato en darme cuenta de que me miraba. Era un día de gritos de escalofrío, de salpicaduras, de gente que levantaba los brazos cuando ya estaba medio sumergida en el agua y de repiqueteos de pala de plástico sobre la arena prensada que había salido de un cubo con un sonido como de ventosa. Oía todo esto cuando me percaté de que me miraba desde su toalla, y créame, nunca será lo mismo que te miren de pie o sentados que con todo el cuerpo tumbado en el suelo. Aquel día estábamos los dos así, acostados boca abajo con el depósito de las voluntades bajo mínimos. La gente no suele dar importancia a estas cosas, qué más da en qué postura conozcas a alguien, pero créame, es importante. Lo que pasa es que estamos acostumbrados a conocernos de pie. A este detalle habría que añadir un calor de los que se te caen encima, pegajoso, y un sol abrasador en la espalda. Vistos desde fuera, tendidos en paralelo sobre las toallas ásperas de otros veranos, nadie habría percibido el menor indicio de excitación, no más de la habitual en las playas. Lo cierto, sin embargo, es que estuvimos bastante rato allí tumbados y mirándonos fijamente a los ojos. ¿Había ido con alguien a la playa? Sí, con unas amigas o unas compañeras de trabajo que quizá tenía al lado, tan estáticas como yo, y por eso no vieron el inicio de aquel chisporroteo separado por unos cuantos centímetros de arena. Chisporroteo, sí, no ignorará usted que a veces la reacción entre los cuerpos es automática, ancestral y biológica. Los cuerpos se relacionan más de lo que hacemos nosotros, alguna partícula invisible los lleva a buscarse. A menudo no hacemos caso de estas descargas animales que nos empujan hacia alguien, pero ya sabe usted que

por entonces yo no las rehuía en absoluto. Tenía que saber por fuerza qué se ocultaba detrás de todas las atracciones, qué quería decirme el universo con una reacción que yo sólo podía entender como química. En cierto sentido, estaba convencida de que si pasaban aquellas cosas era por algún motivo. Como si mi voluntad consciente no tuviera nada que ver con ello. O peor aún, como si aquella excitación repentina y adrenalítica fuera en realidad lo que se ocultaba detrás de mi conciencia censora. Supongo que con una tensión tan condensada debe de ser normal que ahora mismo no logre recordar qué verano era, ni el nombre del Vasco, si es que nos llegamos a presentar. Sí recuerdo que era grande, grande de cuerpo y de cara, que tenía una piel blanca que se le volvía roja en algunas partes y pecas en los hombros. Recuerdo muy bien sus pecas, podría dibujarlas, podría dibujar el espacio de piel blanca enrojecida que las separaba, podría dibujar el mapa que formaban del mismo modo que podría repetir de memoria la misteriosa letanía del Chanés. ¿No le resulta extraña la precisión con la que retengo esta clase de detalles sin importancia? A veces pienso que a lo mejor hay historias que tendrían que quedarse en este punto inicial de saber que somos dos desconocidos y nos miramos como tratando de adivinar el pensamiento del otro. Con aquellos dientes desordenados y grandes que tenía mi Vasco, enseguida le adiviné un carácter sexual de mordiscos salvajes, contundente pero quizá no tanto como el que me encontraría después. Ya hemos hablado, usted y yo, de la posibilidad de adivinar el comportamiento de los hombres en la cama, pero entonces se me antojaba una habilidad fascinante, casi esotérica.

No nos dijimos apenas nada antes de marcharnos hacia su apartamento. Me despedí de la gente con la que estaba, y no recuerdo si me miraron con cara de sorpresa, de triunfo o de desaprobación, ni si me dijeron estás loca o llama enseguida si tienes algún problema. Seguro que veían peligros que yo no vería jamás. Pero entonces creía que en realidad no arriesgaba nada en absoluto, convencida como estaba de que cualquier cosa que pudiera pasarme acabaría resultando excitante de un modo u otro y pasaría a formar parte de mi colección de encuentros exóticos.

No recuerdo ningún beso, ni uno. En este caso no se trata de un fallo de mi memoria, es que no hubo besos. Y me hubiese gustado, no se crea, por los dientes que parecían querer salirle de la boca, por la cara tan grande llena de ángulos, por las gruesas cejas. Pensaba en montañas verdes, en árboles grandes talados a golpe de hacha. Pensaba en las hachas y los bosques en silencio cuando, nada más llegar al piso, me propinó el primer golpe en las nalgas, con la mano abierta. Me sorprendió porque el tono del golpe era muy distinto de los que me habían dado otros hombres, tanto los que lo habían hecho jugando como los que me habían azotado más en serio. Los demás rezumaban cierta inquietud de explorador, como si no acabaran de saber si aquello era realmente lo que yo quería que me hicieran y me interrogaban con la mirada hasta confirmar que tenían vía libre. El Vasco, sin embargo, no pidió permiso para pegarme, parecía absolutamente seguro de lo que hacía. Su golpe fue calculado, definido, de experto. Se me pasó por la cabeza que quizá fuera más hábil que yo a la

hora de adivinar la personalidad sexual de las mujeres y me produjo cierta angustia la idea de ser tan transparente. Todos los golpes que vinieron después se fueron sucediendo con la misma precisión quirúrgica. Levantaba la mano bien arriba antes de estamparla contra la carne, con un dolor de quemadura primero que después dejaba un rastro de picor en la piel, sentía la sangre que acudía veloz y que enseguida me pedía a gritos que la calmara. Intentaba llevar una mano a la zona para calmarme el escozor, pero él me las retenía por las muñecas. Luego recibía otra descarga electrificante exactamente en el mismo sitio. Él no hablaba demasiado, sólo me preguntaba de vez en cuando si quería más. Yo lo miraba desafiante y decía que sí, que más y más fuerte. ¿Segura? ¿Seguro que podrás aguantar? Y levantaba aún más el brazo, esperando que yo dijera que sí con la cabeza.

No recuerdo ningún abrazo de mi Vasco, pero cuando pienso en él no puedo evitar que me invada el afecto con el que se recuerdan las relaciones largas y convencionales de tardes de domingo en el cine, paseos perezosos de sábado y planificación conjunta de viajes. Debe de ser porque me marcó toda de arriba abajo, y aún puedo identificar su rastro en mi cuerpo. De los mordiscos en la espalda mientras me pegaba en el culo, en los que los dientes llegaban a encontrarse, llevando al límite la elasticidad de mi piel y provocándome un dolor intenso que amenazaba con hacerme perder el conocimiento de un momento al otro. Pero justo después del dolor venía una levedad, una agradable sensación de estar flotando, como si hubiese dejado mi masa corporal, deformada y sobada, flácida y vencida, sobre una silla. Un descanso. Cuando el Vasco se cansó del culo me hizo volverme hasta mirarlo de frente y empezó a pegarme en los pechos, cosa que ningún hombre me había hecho jamás, ni fuerte ni suave. Es una parte blanda, la del busto, una carne delicada que no tolera demasiadas manipulaciones ni es cómoda de golpear, no ofrece tanta superficie de apoyo como las nalgas. Pero el Vasco se las sabía todas, levantaba la mano y la dejaba caer como un latigazo, con la habilidad suficiente para golpear sólo la parte de arriba, sin tocar el pezón. Pasé la mirada por el sofá de mimbre y la mesita con tablero de cristal cuando la piel que no había quedado morena se volvía roja y podía adivinar el nacimiento de los cardenales y todas las manchas separadas que luego se dilatarían para formar una sola que se extendería por toda la zona. Con la otra mano empezó a retorcerme el pezón hasta que parecía a punto de arrancarlo de cuajo. ¿Más? Yo siempre pedía más, por ganas y por orgullo. Qué extraño resulta que en la sublimación de todo aquel dolor sintiera la felicidad más absoluta, la máxima expresión de libertad. ¿Enfermizo, verdad? Pues yo no lo veía así entonces, me parecía que si era exactamente aquello lo que había decidido hacer nadie podía decirme que no estaba bien.

Siguió así durante un buen rato. Si quiere saber la verdad, pese al placer que me provocaba, esperaba que aquello fuera un preámbulo y suponía que acabaríamos como se acaba siempre, pero él no lo quiso así. Seguía pegándose cuando empezó a masturbarse delante de mí para acabar salpicándome toda, también de un modo

calculado. Quizá en otro lugar o momento me habría indignado, me habría sentido estafada, pero estaba tan agradecida por el hecho de que al fin alguien me hubiese alejado tanto de mi cuerpo, me notaba la piel tan tirante, gritando por todas partes, que no protesté. Me fui de allí con una satisfacción de lo más extraña. Y con una duda que me inquietaba: ¿y si a partir de entonces no podía vivir sin aquello? ¿Y si para follar a gusto ya no me conformaba con menos que aquello? ¿Qué harían los hombres cuando les pidiera que me pegaran, que me fustigaran, que me pellizcaran?

EL VIRTUAL

Nunca me han interesado los ordenadores, y menos aún conocer a hombres por internet. De hecho, si he de ser sincera, me resistí tanto como pude a todo eso que se ha dado en llamar nuevas tecnologías. Puesto que no las necesitaba para desempeñar mi trabajo, fui esquivando como pude todas las oportunidades que se me ofrecían de usar un ordenador. Cuando iba al instituto aún éramos mayoría los que hacíamos los trabajos a máquina. Pero de pronto empezaron a aparecer por todas partes, los cachivaches esos, y hasta las señoras de la limpieza empezaron a navegar por la red. No sé qué pasó exactamente, pero un día nos despertamos y todo el mundo tenía ordenador. Qué locura. ¡Y cuántas mujeres que conocían a hombres por internet! Alguna se casó y todo. Es algo que aún me cuesta entender, aunque me enseñen a usar la webcam. En la fábrica hay señoras que hace dos días que aprendieron a usar el ratón y se pasan el día hablando con desconocidos. Yo, qué quiere que le diga, si no puedo oler a los hombres de buenas a primeras, no tengo manera de saber si me interesan o no. Pero todo hay que probarlo en esta vida, y si bien con muchas reticencias, acabé manteniendo una conversación con un hombre al que no podía ver. Aprendí a chatear en casa de una amiga. Ella me enseñó los pasos que debía seguir, como inventarme un nombre ridículo que no recuerdo y luego esperar a que pasara algo. Empezaron a aparecer frases de distintos colores que me mareaban un poco. Todo el mundo decía cosas a todo el mundo, ¿acaso se conocían entre ellos? ¿Eran amigos y yo la recién llegada? Todo muy cordial, muy educados, nombres extraños que no sonaban de ningún sitio, de letras mezcladas con números, signos cuyo significado ignoraba. Al principio me agobié, no lograba leer todos los mensajes. Hasta que empezaron a decirme hola a mí, a preguntarme de dónde era y qué hacía. ¿Quiénes eran ellos? Cuánta gente se pasaba el día conectada a internet, gente a la que nunca podría conocer.

Hubo un nombre que me llamó la atención, el nombre de alguien que me dio la impresión de ser de otro modo. Al cabo de poco, me pidió que nos pasáramos a un privado. ¿Un privado, qué es un privado? Seguí sus instrucciones hasta que me encontré manteniendo una conversación a solas con él. Me preguntó cómo era y recordé escenas viscosas de hombres pringosos que salivaban amorrados a un teléfono mientras pedían a la voz perezosa del otro lado que hiciera una descripción precisa de sí misma. Que si el color los ojos, el pelo, que si la estatura, el peso, y si podía hacerme una pregunta sin que me enfadara. No, no me enfadaría, le decía yo, no, no, seguro. ¿Seguro? ¿Qué talla de sujetador usas? Como si la talla dijera algo de mis tetas aparte de la medida, como si hablara del tacto, de si eran blandas o no, de si estaban caídas, de si eran tristes u optimistas, de areola ancha o delgada, de pezón tímido o grueso, marrón o rosado. Para mí la talla del sujetador era un número que

servía para eso, para ir a la tienda a comprarlos y decir quiero tal o cual medida. Pero el hombre empezó a enviar un montón de dibujitos en cuanto le dije la talla. Y signos de exclamación. ¿Y si nos pasamos al Messenger? ¿Me das tu dirección? ¿Me aceptas? Yo me hacía un lío con tantas cosas que se me escapaban de las manos, y quizá por eso mismo se me aceleraba la respiración.

Lo hice esperar para crearme una cuenta, para aprender a usarla, para descubrir cómo funcionaba. Y allí ya decía cosas como qué te gusta que te hagan. Era excitante no verle la cara, no saber quién era, si me juzgaría, si lo juzgaría yo a él, si me daría asco o miedo o yo qué sé. Era excitante no tener de él más que sus palabras, aunque a veces éstas sonaban desgastadas, aprendidas de la tele como aquello de qué llevas puesto. Y, claro está, yo no podía llevar puesto el pijama a rayas que mi amiga me había prestado, ni un turbante en la cabeza para retirarme el pelo de la cara antes de irme a dormir, ni estaba junto a ella, que veía una serie mientras comía cortezas y se hurgaba la oreja con un dedo. No, era mejor estar desnuda y no llevar puesto más que una bata de seda de mangas anchas, aunque no tuviera ni idea de por qué tenían que ser anchas. Entonces empezamos a jugar a decirnos qué queríamos hacer, qué nos haríamos el uno al otro. Yo empezaría por quitarte la bata y luego te mordería toda, te lamería. Previsible, pensé, y esperé a que me preguntara para decirle lo que realmente querría, lo que no diría nunca a un hombre al que pudiera oler porque a los hombres a los que puedo oler lo hago todo sin palabras, ellos saben qué quiero sin que se lo diga. Me gusta que me peguen. Muuuucho. Hasta dejarme toda morada. ¿Lo harías, tú? Por supuesto, y si quieres con un látigo y todo, en las nalgas, donde quieras. Y si quieres te pongo un collar de perrita para pasearte mientras te pego. Y te ato para que no puedas moverte sin que yo te deje, de manos y pies, y te azoto en el culo hasta que te salga sangre. ¿Te da miedo la sangre? Porque por aquí hay mucho mariquita que dice que le gusta pegar y a la que ve un poco de sangre ya se asusta. ¿Te han hecho sangre alguna vez? ¿No te han arrancado nunca un trozo de piel a dentelladas? No, no me lo han hecho nunca. Me encantaría que vinieras a hacérmelo. Y al escribir aquello era como si hubiera emitido un grito ensordecedor de los que se te escapan en el túnel del terror para sacudirte el miedo de encima mucho antes de que te hayan dado el primer susto. Vindrás tú a verme, que para eso serás mi perra. ¿Qué te parece? ¿Lo harás? Vindrás con una falda corta sin bragas y yo te llevaré a todos los bares de mi ciudad, bien atadita, con el culo al aire para que todos te lo puedan ver. ¿Qué más querrás que te haga? ¿Querrás que te parta el culo? ¿Que te embista hasta hacerte sangre? ¿Aguantarás todo esto? Sí, sí. Como una putita, ¿verdad? Si le digo la verdad, por mucho que usara la palabra en diminutivo, en la luz que emitían sus frases intuía un rencor hacia las mujeres más intenso que las palabras de latón que se usan en el juego. Repetía ¿vindrás? Con aquellas intermitencias insistentes. Dime, ¿vindrás a verme? ¿Y qué más querrás que te haga? ¿Querrás hacerlo con otra chica? No, eso no lo quiero. ¿No? ¿Y qué te gusta, entonces? ¿Con otro hombre? Ah, veo que eres una putila de las de verdad. Pues te prometo que si vienes te haré pasear por

todas partes bien mojada y al final de la noche te tendré preparado un chico que nos vendrá bien a los dos, tú sólo tienes que venir. Eso sí, no te soltaré hasta que quedes satisfecha del todo, hasta que tengas el cuerpo todo lleno de morados y te hayamos follado los dos por todas partes y nos supliques que paremos. ¿Y sabes qué haremos, al final de todo? ¿Sabes cómo acabaremos? Cuando estés en el suelo con el collarín de perro, llena de morados, y nos mires diciendo por favor, ya he tenido bastante, cuando ya no puedas más, nos mearemos encima de ti. Te caerá todo en la cara, bien caliente, y te encantará, te encantará.

Allí mismo, como una sacudida inesperada en la carretera, me desperté de la hipnosis de la pantalla, de aquella extraña necesidad, reconozco que incómoda, de averiguar cómo era aquel hombre, de qué material estaban hechas sus fantasías y hasta dónde quería llegar. Miré a mi amiga, sentada medio dormida, como si todo lo que me rodeaba estuviera a miles de kilómetros. Nunca había pensado de verdad que quería hacer todo aquello que había dicho que haría, pero el Virtual insistía en concretar una fecha para que fuera a verlo. Estaba tan al alcance, era tan fácil. Sólo tenía que decirle el día y la hora, y vendría a recogerme a la estación. Me envió una foto: un hombre de cuarenta y tantos años, con el pelo teñido de rubio. Una foto que no decía gran cosa. De pronto, todo aquello se convirtió en un reto, un ¿seré capaz de hacer todo esto? Qué más da, si no conozco ese lugar y no volveré allí nunca más. Si allí no me conoce nadie, ¿por qué no puedo ir medio desnuda y poner cachondos a todos los hombres que tenga cerca? Y estar entre dos cuerpos, que me pegaran los dos hasta perder de vista mi cuerpo por completo, hasta dejar de ser yo. Tuve miedo, pero no de ellos, sino de no saber frenar, de no saber conformarme nunca más con un hombre que no me hiciera todas aquellas cosas. Si algún día me enamoraba de un hombre, ¿querría meárseme encima si finalmente acababa descubriendo que era eso lo que yo deseaba? ¿Qué me fascinaba de una imagen tan denigrante? ¿Se trataba de un castigo? ¿Por qué pecado? En unos segundos, tal como dicen que pasa cuando te mueres, se sucedieron ante mí las imágenes de todos mis amantes, como si estuviera en una carrera sin fin. Lo más angustioso fue descubrir que no podía adivinar el momento preciso en que había dejado de pasear tranquilamente para caminar con paso apresurado justo antes de elevarme y echar a correr. Por primera vez en la vida me pregunté quién me perseguía. Pese a ello, ya lo sabe usted, todavía tardé un poco en echar el freno.

En lo que respecta al Virtual, el miedo me detuvo en la estación de trenes de largo recorrido. Sí, estoy dispuesta a reconocer que en aquel momento sí que tenía miedo, no sé si de lo que podía estar esperándome al final del viaje o de mí misma, de sobrepasar una línea invisible que alejaría definitivamente de mí la posibilidad de aspirar a un sexo de caricias y besos, de ternura. Pero como ya habrá adivinado usted, entonces no lo hubiese podido expresar así, ni mucho menos. Estando de pie en el andén de la estación me vino a la nariz el hedor de los orines de tantos lavabos rotos en los que había follado con desconocidos.

EL CHINO

La historia con el Chino fue una propina. No porque yo hubiese decidido detener el ritmo de cuerpos desconocidos que iban encontrándose con el mío, sino por un cansancio profundo que me llevaba a deambular por los días más maquinal que voluntariamente. Era yo pero me había convertido en una desconocida, como todos ellos. Me parecía a mis amantes más que nunca. Pero no se crea, lo que sucedió con el chino algo de risa sí que da. Lástima también, claro. Al Chino, como era de prever, lo conocí en un restaurante. Me gustaría creer que lo había visto otras veces caminando de acá para allá, con pasos cortos, que me había cruzado con él por el barrio, pero no. Me vino a ver porque le sorprendió que cenara sola. Ya sabe usted que lo hacía a menudo, lo de salir e ir a comer sin compañía a un restaurante por pereza de llamar a nadie. Me explicó que era el dueño, que tenía varios restaurantes y que su hijo estaba aprendiendo a cocinar, que estaba ampliando el negocio y haciendo también cocina japonesa, ahora tan de moda. Me trajo un rollito extraño para que lo probara mojándolo en una salsa verde, tenía que tragarlo entero de una vez. Mucha salsa, le puso. Cuando lo tuve en la boca el sabor me pareció asqueroso, imposible de hacer bajar por la garganta, de un picante completamente desconocido que me provocaba arcadas, pero él ya se había sentado y echaba vino en la copa como si sirviera agua. Disimulé las ganas de vomitar mientras la frente se me llenaba de gotas de sudor y procuraba masticar sin que los sabores me entraran en la piel, imaginando con pánico el instante en que tendría que tragar la bola. ¿No podía irse ni un momento para que pudiera sacarla? No, mi Chino no se iba, sólo me decía que bebiera y yo obedecía procurando que el vino tinto disolviera la salsa verde. Cuando lo tragué de golpe todavía fue peor: el regusto no se iba. Seguí bebiendo. Él se levantó un momento y se puso a mi lado para servirme más vino, rozándome como sin querer una de las tetas. Insistía, hacía el mismo gesto mientras me miraba, creo que intensamente, a los ojos. Digo que creo porque con aquellos ojos tan pequeños me resultaba difícil adivinar de qué estaban hechas sus miradas.

Por eso nunca me habían gustado los chinos, por muy diferentes que fueran. No me gustaba su manera de ir arriba y abajo, de mirar sin mirar, no me gustaba un olor que no me transportaba a ninguna parte. Ni a África ni a Oriente ni a días de mucho sol o mucha lluvia. Con los chinos no sabía qué imaginar. Y ya sé que debe de haber muchas cosas imaginables, paisajes inmensos de nieblas y montañas partidas por murallas, pero a mí no me excitaban la imaginación como los hombres de otras latitudes.

Y con mi Chino tampoco supe qué imaginar cuando subí a su coche y enseguida me puso una mano en el muslo. Era pequeño, era muy pequeño, y me parecía que tenía que ser viscoso, resbaladizo. Pensaba que iríamos a un hotel, su coche era de los

caros con asientos de cuero claro en los que podías reclinarte. Nos detuvimos junto a la orilla del río, justo debajo de un puente por el que pasaban todos los coches a gran velocidad. Un lugar deprimente con preservativos usados por el suelo y otros coches aparcados alrededor, un lugar de adolescentes o de gente sin lugar al que ir. ¿Qué hacía yo allí con un chino desconocido que me hurgaba por dentro con los dedos? ¿Por qué no podía componer ninguna imagen con su olor, ni podía imaginarlo lejos de allí, lejos de mí? No lo miraba, me daba asco, o era yo la que me daba asco al mirarme en el retrovisor, triste. Le cogí los dedos y los dirigí adonde quería. Los hizo rodar de prisa con los míos todavía encima de los suyos guiándolo y no tardé en vaciarme. *Ahola* a mí, me decía, *ahola* a mí, y al decirle que no sentí toda la pena del mundo. Como si hubiera pasado a pertenecer a una especie diferente de la humana, un tipo de seres incapaces de sentir la menor empatía hacia los demás. Era para castigarlo, ya lo sabe, no en tanto que hombre concreto con las características concretas que tenía delante, sino para castigar a todos los hombres del mundo.

Salí del coche para no verlo ni oírle decir *ahola* a mí. Caminé como pude hasta mi casa como si lo hiciera a oscuras. No recuerdo cómo me dormí.

EL DE NINGUNA PARTE

Cuando conocí al de Ninguna Parte no sabía que sería el último hombre de su clase con el que estaría, que sería el último hombre al que me tentaría follar por follar. Bueno, el último del todo no fue, pero fue el último deseado, antes de saber lo que aprendí con usted. Ya sabe que el cambio no se produjo así de repente, no es que un buen día me despertara y comprendiera que no podía seguir llevando aquella vida. Ya lo dicen las compañeras del trabajo, que llega un momento en que te haces mayor y sientas la cabeza, pero no tendrían que contarlos así. Lo cuentan como si fuera algo derivado de la edad, y no es cierto, es algo más relacionado con las ganas o con saber de veras qué quieres y qué no quieres. Usted quizá me diría que en cada momento sabemos lo que queremos, pero no es así, cuesta toda una vida saber qué nos gusta y qué nos disgusta. El de Ninguna Parte era un hombre y una mujer al mismo tiempo. Lo llamo de Ninguna Parte porque nunca me dijo de dónde era, no quería hacerlo, qué importa eso, repetía mientras se cogía un codo con una mano y apoyaba la barbilla sobre la palma de la otra. Es una pregunta que las personas tendrían que aprender a no hacer, quién eres, de dónde eres, dónde naciste, sólo son circunstancias. O el sexo con el que naces, hombre o mujer. ¿No te parece? Pero yo le notaba un acento diferente y por eso le di conversación aquel día que se sentó junto a mí en una estación con mucha gente que iba y venía. Un hombre de pelo no muy largo que no vestía de mujer pero decía que era una mujer. Así había empezado la conversación, con él-ella ofreciéndome un paquete de *kleenex* que vendía. Ay, gracias, de verdad, cariño, muchas gracias. ¿Sabes qué complicado es que la gente te respete un poco? ¿Qué hago yo de malo, eh? Yo sólo ofrezco los pañuelos, si los quieres bien y si no también. Pero muchos hombres se enfadan sólo por que les hable, sólo por que les dirija la palabra. ¿No te parece raro? Fue entonces, con aquella confianza recién estrenada, que se sentó sobre unos bancos de plástico fríos, grises. ¿Sabes? Yo esto lo hago porque no puedo hacer otra cosa, no me queda más remedio. No puedo trabajar en algo normal, me miran el DNI y ven cómo me llamo en realidad y me encuentran rara... Yo no he cambiado tanto, a mí no me gustan los transexuales que en vez de convertirse en mujeres se convierten en putas. ¿No te has fijado? Se ponen tetas enormes y silicona en los labios y acaban pareciendo una caricatura de sí mismos. Yo no, yo prefiero ser yo y que todos vean claro que soy una mujer, pero para conseguirlo no hace falta cambiarme casi nada. Es cuestión de actitud. Eres una mujer si quieres ser una mujer, no hay que darle más vueltas. Y mujeres espectaculares con tetas y culo que no quieren ser mujeres te aseguro que las hay a patadas. Mientras hablaba, la gente pasaba por delante de nosotros y los trenes hacían un ruido que me angustiaba al pasar por las vías. Ahora que yo algo sí que me tendría que quitar, tú ya me entiendes, ¿verdad? Y se miraba los muslos cruzados mientras

me ponía una mano en el hombro. Estoy ahorrando para la operación, no tardaré en hacerlo. Me quitaré este estorbo que tengo aquí en medio. Y reía con una voz como de señora, de comadre. Lo-la tenía muy cerca, se había ido acercando cada vez más, cada vez más, y mientras hablaba me tocaba la rodilla, el brazo, de vez en cuando me cogía un mechón de pelo. Oye, tú pareces muy buena persona, me dijo. ¿Te gusta la ropa interior bonita? Le dije que sí, y él-ella preguntó cómo era la que llevaba puesta aquel día. Le dije que ni me acordaba, quizá morada. Mmm, seguro que llevas un sujetador monísimo, se nota por cómo te quedan. Debe de ser muy bonito. Me lo enseñas. Puesto que no sabía si era un hombre o una mujer, me desconcertó bastante la pregunta. Si hubiese sido una mujer nacida mujer la que se hubiese sentado junto a mí en una estación de tren y me hubiese pedido verme el sujetador, ¿habría accedido? No, seguramente no. Pero con él-ella todo fue diferente y no tardé en enseñarle un tirante. Qué bonito, se nota que es muy bonito. ¿Puedo tocarlo? Y lo estuvo tocando con dos dedos un buen rato hasta que, disimuladamente, dejó resbalar la mano hacia abajo y me acarició uno de los pechos con delicadeza. Creo que debes de tener unos pechos preciosos, parecen firmes y de una carne que nunca se ablanda. Me miraba como miran los hombres cuando te desean mucho. ¿No me los enseñarías? Y seguía teniendo la mano sobre mi teta. Imagínese qué excitación. El hecho de que él fuera ella, que le gustara, que me tocara una teta en medio del gentío y que me propusiera acompañarlo. Hay rincones en esta estación donde podemos estar muy tranquilos, ¿te vienes? Todavía lo miraba desconcertada cuando dije pero si tú eres una mujer en el cuerpo de un hombre, ¿no? Sí, hija, pero soy lesbiana.

Aún lo veo de vez en cuando deteniéndose a hablar con alguien y pienso que no me reconoce, que lo que hizo conmigo debe de hacerlo con otros, hombres y mujeres. Yo le dije que no, que llegaría tarde al trabajo. Ya no quería descubrir su secreto. Ni el de su deseo ni del deseo de ningún otro hombre. Porque a menudo detrás del misterio no hay más que una conmoción, una infelicidad o un defecto. Ahora que, bien mirado, también puede ser que sólo estuviera cansada de hombres con taras, complicados, vulgares, alcohólicos, impotentes o patéticos. Hombres tan defectuosos como yo.

DOS ESPEJISMOS

USTED

Ella está en el suelo de la cocina, a cuatro patas, las rodillas dentro de los pantalones, que la molestan. Al recogerse el pelo apenas sujeto por una pinza ha dejado al descubierto una nuca que ya empieza a desprender ese brillo de la piel barnizada de sudor. Si uno se fija bien, puede llegar a contar las pulsaciones de sus latidos midiendo el paso acelerado de la sangre por las venas del cuello tenso, interrumpido de vez en cuando por el brusco gesto de tragar saliva. Con la boca entreabierta, no se ha dado cuenta de cómo ha ido acelerando la respiración hasta convertirla en un suave jadeo. Un hilo brillante de saliva amenaza con desbordar la cavidad que forma el labio inferior con los dientes y caer sobre las baldosas de gres, pero Ella, siempre a tiempo, la sorbe con avidez para tragarla y, aprovechando el trayecto, morderse la cara interna de la mejilla. Un mechón de pelo se le escapa del resto para ir a tocar la parte alta del hombro, ya húmedo. Al cabo de poco rato, otro más largo desciende hasta superar la clavícula. Todo su cuerpo se mueve de atrás hacia delante con un imperceptible aumento de la presión contra el suelo en cada nueva embestida, y los nudillos de los dedos emblanquecen cada vez al cerrarse los puños con fuerza. La curva de la espalda se ve acentuada por la postura, sobresalen las nalgas que permiten un descenso abrupto hacia las profundidades marcadas por la cintura, de modo que algo más allá emerge una espalda de musculatura firme que se dibuja bajo la piel ligeramente acolchada por una capa de grasa. Las rodillas clavadas en el suelo empiezan a dolerle, amenazando con anestesiarlo temporalmente. Mueve una y después otra para aguantar lo que le queda para acabar. Normalmente no lo habría hecho así, pero ha creído que siendo el primer día tenía que esforzarse más. Las varillas del sujetador le molestan, la parte más blanda de los pechos topa con ellas en cada sacudida, pero no puede sacárselo, ya es demasiado tarde. Lo estira hacia abajo de vez en cuando, no soportaría que le dejara marcas, esos círculos de color marrón oscuro justo donde nace la axila. Pero la incomodidad viene dada más por la amenaza de escape: en aquella postura los pechos parecen tener voluntad propia y no formar parte de su anatomía. Con el movimiento paulatinamente acelerado para acabar de prisa se le han teñido las mejillas de un rojo oscuro y el sudor cae ya en pequeñas gotas al suelo, la respiración también se le acelera y va adquiriendo volumen.

Adelante y atrás, adelante y atrás, entregándose en cuerpo y alma hasta que acaba y se sienta sobre los talones. Con el cepillo en la mano, intenta secarse la frente con el trozo de brazo que no cubre el guante de plástico que le restriega la piel con polvos finos.

Lo ve, yo aquí le puedo asegurar que estaba satisfecha. En ese preciso instante, después de pasarme un buen rato descargando todas las fuerzas contra las baldosas, con las manos, con los brazos, con la espalda entera, después de sentir que cada

músculo de mi cuerpo había participado en la tarea de hacer más limpio aquel trocito de mundo, sentía que me había descargado por completo de un peso inútil.

El escritor se ha levantado de la silla intrigado por los sonidos que provienen de la cocina. Le incomoda de una manera que no acaba de entender el trajín poco ruidoso de la nueva empleada del hogar, él que nunca había querido tener ninguna por la angustia que le genera exponer su intimidad. Pero en los últimos tiempos, llevado por una apatía que parecía dominar no sólo su escritura sino el resto de su existencia, había decidido hacer caso a unos amigos también del mundo del libro y había solicitado los servicios de la mujer que iba a limpiarles a todos. Pero ella tenía todas las horas ocupadas y le había recomendado una amiga, antigua compañera de trabajo, que era de mucha confianza. Hacía un rato ya que había abierto la puerta a una chica muy joven para dedicarse a aquella clase de trabajo. ¿Extranjera, quizá? No, en cuanto la había oído hablar se había dado cuenta de que no era de fuera. Una estudiante que se paga los gastos limpiando casas, quizá, pero ésas suelen trabajar como dependientas o cajeras de supermercado. ¿Y si era una espía? ¿Una periodista disfrazada en busca de un reportaje sobre su modo de trabajar? El escritor no tarda en poner freno a sus pensamientos y recuerda con tristeza que su fama no da para tanto. Su relación con Ella había empezado por el misterio de su edad y procedencia. ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste? Siendo la primera vez que se ven, no ha osado preguntarle cómo es que se dedica a limpiar las casas ajenas cuando podría dedicarse a cualquier otra cosa, la chica se habría asustado y lo habría tomado por un viejo degenerado que la quería sacar de la pobreza al más puro estilo *Pretty Woman*, y sin la fachada de Richard Gere más valía no arriesgarse. Piensa que todo llegará, que las cosas se tienen que decir en el momento adecuado si no se quiere provocar un efecto equivocado en la persona que te escucha. El escritor posee esa habilidad especial que le ha permitido desempeñar su oficio con más facilidad: la de saber esperar el momento exacto para decir lo que se tiene que decir, ni demasiado pronto ni demasiado tarde. En lugar de hacer el comentario, ha arqueado exageradamente las cejas y la ha invitado a entrar. Al decirle Ella su nombre ha pensado que era un nombre bonito para unos ojos negro azabache, pero también se ha abstenido de hacer el comentario. Y una mano de tacto agradable para ser una herramienta de trabajo, pero ha callado. Le ha contado que nunca antes le habían limpiado el piso, que tiene bastante con que le haga las cuatro cosas básicas para ir tirando, quitar el polvo, barrer, fregar el suelo, limpiar los cuartos de baño y, de vez en cuando, los cristales y la cocina. Que no hacía falta planchar ni ocuparse de la ropa, que eso le gusta hacerlo a él. Cuatro horas una vez por semana.

El día que llegué a su casa no sabía exactamente qué iba a hacer. Sí que lo sabía, está claro, a limpiar unas horas extras para sacarme un sobresueldo, pero visto con perspectiva tengo la impresión nítida de que fue otra cosa la que me llevó hasta allí. Si se lo explicara se reiría usted, si le dijera que nada más entrar en su piso ya me pareció que entraba en un sitio distinto a todos los demás. Apenas si recuerdo

aquellos días de mi vida, pero sí la sensación de paz que se respiraba allí dentro. Quizá porque vive usted en ese callejón apartado y sólo se oían los pasos ocasionales de unos zapatos de tacón en la calle. No sabría decírselo. Sólo que ahora, al pensar en ello, y al recordarme a mí misma plantada ante la puerta, me asalta una especie de tristeza por la mujer que era entonces. ¿Verdad que es ridículo llorar por uno mismo? Ahora me diría usted que no, que los sentimientos nunca son ridículos. No sé qué me da tanta lástima de la mujer que estaba ante la puerta de su casa. Quizá que estaba más muerta que viva. Lo ve, ya vuelvo a llorar como una tonta.

Ahora está de pie en el umbral de la puerta de la cocina, mirándola. Espiándola no, observando, que es lo que hace un buen novelista, en silencio. ¿Qué hace fregando el suelo de rodillas como las mujeres de antes? Tiene una fregona nueva que había comprado justo el día anterior y un surtido de productos de limpieza. Uno verde, otro amarillo, otro azul. En lugar de interrumpirla, prefiere seguir sus movimientos durante un rato. Se entrega totalmente, cuando menos con el cuerpo, restriega el cepillo con todas sus fuerzas contra las baldosas con los dedos aferrados a la escasa madera que sujeta las cerdas. ¿Tan sucias están? Podría hacer un simulacro de carraspeo para hacerle notar su presencia, decirle cualquier cosa para anunciarle su nueva situación de mujer observada. Sí, observada porque él es un escritor de reconocida trayectoria que continuamente toma el pulso a la realidad que lo rodea para reflejarla en sus novelas, que serán un documento de gran relevancia para las generaciones futuras que quieran conocer el tiempo pasado. Ríe por dentro al imaginarse diciendo la frase grandilocuente en voz alta. El escritor no la mira sin más ni más, como un capricho o una curiosidad provocada por el hecho de tener una mujer de carnes aún firmes a cuatro patas en la cocina de una casa en la que hace tiempo que no entran las mujeres. Su interés es puramente profesional, de verdad, sin ironías.

«Oye, quizá no haga falta que limpies el suelo de ese modo, puedes usar esto». Ella, con los empeines aplastados bajo el peso de todo su cuerpo y los tendones tensados al máximo, vuelve la cabeza y mira desorientada al escritor, que no había visto hasta entonces. Se aparta un mechón de pelo de la frente con la cara interna del codo y niega con la cabeza. «Es que me cuesta verte arrodillada...». No sufra, sólo lo haré esta vez. La gente cree que esto negro entre las baldosas es así de siempre, que el albañil ya las hizo con este acabado para que se viera bonito, pero fíjese: las juntas son blancas, cuando acaban de colocarlas echan una masa blanca entre las baldosas, la lechada, que luego acabamos de pulir las de la brigada de limpieza. Y si no se limpian, estas líneas se vuelven grises. Grises o blancas, pero nunca negras, y menos aún como las tiene usted, sobresaliendo hacia ambos lados de la baldosa. No me había fijado nunca. No, nadie se fija en estas cosas, pero ¿verdad que el suelo parece más nuevo? El escritor se la queda mirando más bien avergonzando, sin acabar de creer que pueda haber suciedad allí donde él sólo veía una característica más del trazado cuadriculado de su cocina. ¿Haces muchas más casas, aparte de la mía?,

había preguntado casi como para desviar la atención de un tema en el que cobraban demasiado protagonismo él y sus residuos. No, la suya es la primera, yo siempre he trabajado para una empresa, en la fábrica y a veces en la brigada, ya sabe, pisos de obra nueva, oficinas, tiendas, locales, almacenes. Yo prefiero la fábrica, te pagan más por ser turno de noche y siempre trabajas en el mismo sitio, sea cual sea la línea de producción las máquinas son todas iguales. ¿Quieres decir que trabajas de noche? Casi siempre. El escritor guarda silencio, se rasca ligeramente la cabeza y se vuelve a la mesa. Teclea mientras oye el ajeteo de Ella todavía en la cocina, saliendo ya con un cubo repleto de utensilios y líquidos diversos en dirección al cuarto de baño. Teclea pero no escribe nada, deambula por la red como siempre que pierde la concentración. Escribir requiere un aislamiento que es imposible con la chica dando vueltas por la casa, no quiere que oiga sus ruidos ni sus idas y venidas por el piso, es un proceso demasiado íntimo para llevarlo a cabo delante de desconocidos. Vuelve a preguntarse si no será una periodista disfrazada de chacha. A él nadie lo ha visto trabajando, nadie lo ha observado mientras se concentraba en acabar un capítulo o mientras daba vueltas a una idea inicial, pero seguro que no hay cosa más aburrida que un escritor escribiendo, por muy fascinados que estén algunos lectores. No es como un cirujano operando o un cocinero preparando su plato estrella. El escritor no es más que un hombre delante de un ordenador. Ha perdido completamente el hilo de la narración y sale a pasear un rato.

Ella tiene los muslos apretados contra la parte baja de la ventana. Al flexionar las rodillas, la piel le hace un roce húmedo y parcial contra el cristal frío. A cada movimiento el vestido, de un azul oscuro desteñido y con el dobladillo cosido con punto invisible, se le sube hasta permitir, en el descenso, el contacto con la superficie en la que va dejando señales que no tardan en desaparecer. Está descalza. Al doblarse, la tela amenaza con dejar al descubierto las bragas, pero sólo amenaza. Cuando los dedos de los pies se clavan en el suelo para tomar impulso, su cuerpo se tensa en una cuerda que abarca toda la altura del ventanal. Es la tensión del orgasmo, aquella en la que todo el cuerpo se contrae antes de rendirse por completo. Pero Ella repite el gesto a cada momento, asciende y desciende montada sobre la punta de unos pies clavados en un suelo con el que no pierden contacto jamás. Al mover uno de los dos brazos, los omóplatos se acercan entre sí hasta formar un hoyo alargado que ya reluce. En el codo, la piel se engruesa y dibuja una sombra que no acaba de ser ni rosada ni gris. Con una bocanada de aire profunda que le recorre la garganta, la lengua, los labios, se deshace la tensión y da la tarea por concluida.

Me acuerdo muy bien de aquel día en su casa, haciendo los cristales por primera vez. Aunque no se lo crea, la primera vez que limpio una cosa se me queda grabada para siempre. No, no exagero. Usted porque llevará mucho tiempo en esta casa, pero seguro que recuerda muchos más detalles de los primeros tiempos que pasó en ella que si la tuviera que recordar tal como era ayer. Pues bien, aquel día, mientras movía el brazo tan deprisa como podía para evitar dejar ningún tipo de huella, le puedo decir en qué pensaba exactamente, qué imágenes se iban sucediendo en mi mente con cada pasada del paño. Unas imágenes que intentaba borrar tal como borraba los obstinados círculos que se formaban sobre el cristal. Pasándoles el paño una y otra vez.

Pensaba en Él, que siempre venía cuando no tenía que venir. No hacía mucho me había enviado un mensaje de texto, pero yo tenía el móvil en silencio, lo que no evitó que me sacara de unos sueños de mangueras a presión, olor a desinfectante y salpicaduras de trocitos de jamón cocido y queso. Soñaba que alguien llamaba al timbre cuando llamaron al timbre, pero es posible que el sueño no fuera más que el reflejo del sonido real, y que hiciera rato que alguien llamaba y yo no me hubiese despertado hasta que me penetró los sueños. Me aferré a las sábanas y las estiré hasta la barbilla. Las notaba calientes. Dormir de día es tener siempre calor cuando te despiertas, como cuando se está enfermo. Dormir de día no es dormir, siempre he pensado que habría que inventar otro verbo. Cerré los ojos y volví a las salpicaduras de agua con trocitos, ¿de qué, ahora? ¿De aceitunas? ¿De champiñones? Pero quien llamaba insistía y me impedía la concentración necesaria para reproducir las

sensaciones de antes de la interrupción. No tardé en comprender que por fuerza tenía que ser Él, los repartidores de publicidad no tienen tanta paciencia.

Verá, yo había ido hacia la puerta planeando la forma más contundente de expresar mi indignación. Le iba a gritar «te he dicho mil veces que no vengas a estas horas, ¿pero quién demonios te has creído que eres? ¡Anda y vete, a cagar, hombre ya!», pero como puede suponer nada más abrir la puerta me desdije de mi enfado. No sé si por pereza o por aquella, media sonrisa suya, nerviosa y excitada. Se le notaba la excitación por el modo en que movía la mirada de un lado a otro sin rumbo fijo, aunque yo lo he conocido siempre así, no sé si también se comportaba de aquel modo cuando no estaba conmigo. Sólo parecía apaciguarse unos minutos después de orgasmar. Tan previsible era que sería Él que me di la vuelta para volver a la cama con un suspiro de resignación dejando la puerta abierta, pero justo antes de que mi cuerpo se volviera del todo hacia el pasillo Él me cogió por la muñeca. Suéltame, que me haces daño, le grité como si estuviéramos en un culebrón malo de sobremesa. Supongo que formaba parte del juego, para qué engañarse. Pero como entonces aún no sabía muy bien si quería decir que sí o que no, digamos que no puedo quejarme. Grité por segunda vez, pero Él me presionó con su voluminoso abdomen, que se interponía entre ambos. Con una mano me apretó las mejillas hasta obligarme a abrir la boca mientras con la otra me presionaba en el hombro y me obligaba a bajar hasta ponerme de rodillas. Lo sé, sé muy bien que es en ese momento que se me transforma la expresión, volviéndose extraña, y mis ojos adquieren una profundidad que a menudo estremece. No se sabe si es una mirada de lucha o de desafío, si es un grito de guerra. Lo que no es seguro es una mirada de víctima ni de fugitiva. No se sabe que es, pero se me oscurecen las pupilas y una serie de movimientos imperceptibles alrededor de los ojos hacen que se matice el modo en que mi mirada llega a quien tengo delante, y cuando todo esto ocurre tengo la sensación de que me pueden ver el alma. A lo mejor cree usted que es una descripción enrevesada de mí misma, pero le aseguro que así me veo reflejada en la forma en que me perciben mis amantes. Con cada pasada sobre los cristales, sin embargo, también pensaba en las huellas que había dejado en la pared blanca de mi casa y en la puerta todavía abierta.

El escritor no puede trabajar bien con tanto ruido, le dirá que venga a otra hora, un día que él no esté, al anochecer, quizá. No, al anochecer no se puede hacer venir a la empleada del hogar, ni los fines de semana, ni los festivos... Además, Ella parece una mujer con otras cosas que hacer, no es una señora de edad avanzada que lleva alpargatas y batas de boatiné. Si es que queda alguien que tenga batas de boatiné. Repite el gesto compulsivo de clicar sobre el icono del correo (nada), del otro correo (publicidad), vuelve a la portada de un diario extranjero, otro nacional, y acaba por poner en primer plano el documento de Word con el cursor intermitente. Así no hay quien trabaje. Lleva todo el rato oyendo los movimientos de Ella, que limpia los cristales que dan a la calle, su respiración concentrada, lo que le ha hecho recordar lo

poco concentrado que está él. Ha ido aguantando toda la rutina de Ella, que parece hacer caso omiso de su presencia desde que ha entrado. Sabe que está allí y que lo tiene muy cerca, pero no le ha dicho más que un hola. Qué rara es la gente. Dos desconocidos en una casa sin poder decirse más que hola. Es culpa mía, piensa el escritor, quien manda allí, quien decide es él, y quizá por eso Ella no le ha dirigido ni una sola palabra aparte del saludo inicial. ¿Y si se hace pesado? ¿Y si no le gusta que le pregunten cosas de su vida? Porque él no la conoce de nada, y si no la conoce de nada no le puede hablar del tiempo, de las noticias, de las obras de la calle. ¿Hace calor, verdad? No, demasiado previsible. Sea como sea ella, pronto lo sabrá todo de él: al revolverle los cajones, al tocar los objetos, al cambiar las sábanas, al entrar en su cuarto de baño y ver qué productos tiene y cuáles no. Pronto lo sabrá todo del escritor, y él todavía no ha decidido ni definirla, dónde ubicarla. De ella no tiene más que el nombre.

No se lo he confesado nunca, pero las primeras semanas que fui a limpiar su casa iba intrigada. Ya le he explicado que el ambiente era de paz, de calma, lo que me generaba curiosidad era usted. No era como los demás hombres, no era como los que yo estaba acostumbrada a conocer. Cuando me miraba, lo hacía usted de un modo que yo no entendía. Pero no era descifrable como la mirada de los amantes a los que buscaba y cuyos secretos intentaba desvelar, no. Usted me miraba como si me quisiera conocer y al mismo tiempo como si yo le despertara cierta compasión. Y todo esto pasaba cuando aún no sabía nada de mí, cuando aún no le había hablado de nada. ¿Quién habría dicho que acabaríamos hablando tanto, verdad? Y ahora que lo veo todo con la distancia de hallarme instalada en esta nueva vida, pienso que tuve mucha suerte al encontrarlo. ¿Por qué me compadecía entonces? Cómo me cabreaba aquella manera que tenía de observarme como si yo no estuviera presente. Y todavía me cabreaba más tener la sensación de que sabía usted más de mí que yo misma. Entonces me indignaba un poco no haberle visto una sola mirada de deseo. No sé si intenté provocarlo aunque sólo fuera para deshacerme de la molestia de estar obligada a tenerlo cerca pero sin invadirme.

¿Te apetece un café? Ya se le ha acercado con una taza, al modo americano, sin preguntar siquiera si quería leche o azúcar. Se lo ha hecho como el suyo, con leche desnatada y dos terrones. Ella se gira desconcertada, como si hubiese olvidado su presencia durante todo aquel rato que él había estado pensando en lo raro que era que hubiese dos desconocidos en una casa sin decirse nada. Por un momento lo ha invadido cierto regusto a decepción, como si la importancia de la presencia de Ella para él no fuese proporcional a la que tenía la suya para Ella. La chica se cuelga el trapo de algodón en la cinta que le ciñe la cintura y coge la taza. La sostiene con ambas manos en un gesto que le da un aspecto aniñado, más aún cuando sopla y levanta los ojos para dar las gracias. Habría podido parecer tímida con aquella mirada que, saliendo de la nada, asciende en lugar de descender. Las niñas miran de arriba abajo, pero ella lo hace por una flexión anterior del cuerpo hacia la taza humeante. Ha

dicho gracias con un esbozo de sonrisa. Lástima que el otro día sólo pudiese hacerle la cocina y el baño. Es que estaba todo tan sucio... Quiero decir que... No sufras, tu ve haciendo a tu aire. Y el escritor la mira fijamente. ¿Todo bien? Es una pregunta como cualquier otra, pero al mirarla de aquel modo parece ocultar segundas intenciones. Bien, bien, aunque muy cansada. Ah, sí, trabajas de noche, ¿no? Casi siempre. Ella lo vuelve a mirar directamente a los ojos por un instante muy, muy breve. Si tan sólo se pudieran describir con precisión las miles de variantes de la mirada, la intencionalidad de un gesto tan común, tan habitual y sin embargo más rico en matices de los que permite el lenguaje mismo. Ahí es donde el escritor adivina los límites de su oficio: hay lugares a los que no se puede acceder con palabras. Él inventaría un código hecho de miradas, las grabaría y las pasaría una y otra vez para descubrir todos sus significados ocultos. Sería un código tan importante que habría que evitar que cayera en manos peligrosas, una herramienta de un poder inimaginable, el poder de desnudar las almas. Pero no sabría cómo hacerlo, le costaría mucha dedicación y esfuerzos. Se ha percatado de ello nada más ocurrírsele la idea y darse cuenta de que no había ni interpretado los ojos de Ella, que aún esperaban una continuación del guión. ¿Qué viene ahora?, parece preguntar mientras da un trago inexpresivo. Yo no lo sé, ¿no lo sabes tú? Pero no bien la mira ya ha bajado los ojos y sopla la taza.

Ahora sé qué quiere decir usted exactamente cuando me pregunta cómo estoy o cómo va todo. Entonces no. Las frases que empleaba usted suelen usarse, como si tal cosa, te preguntan cómo estás de forma despreocupada, sin tener el menor interés por conocer la respuesta. En cambio, cuando usted me lo decía siempre me daba la sensación de que tenía que contestar la verdad. El primer día me pilló desprevenida, me sentí súbitamente incómoda sólo por el modo que tenía de esperar mi respuesta. Fue entonces cuando no tuve más remedio que ponerme a pensar en cómo estaba realmente. Al hacerlo, para esquivar la incomodidad provocada por el hecho evidente de que, en realidad, no me había detenido a pensar cómo estaba y no lo sabía, hacía rodar la cucharilla lentamente, mirando ora hacia el interior de la taza, ora a ninguna parte, pasando la mirada rápida por el suelo, por las puertas que aún conservaban la huella de trapos limpios. Pensé que quizá creyera que lo hacía por timidez, cuando no era más que una forma de rumiar. Bueno, al principio quizá fuera un modo de evitar tener que contarle la verdad. Sobre todo porque cuando mis ojos volvían a encontrarse con los suyos usted aún seguía allí, paciente, esperando una respuesta, fuese la que fuese.

¿Muchas horas? De las seis a las diez de la mañana. ¿Y dónde? ¿Conoce la fábrica de embutidos y pizzas que queda en las afueras? Pues allí. Yo estoy en la sala de pizzas. Casi siempre.

¿Y no es duro tener que dormir de día?

Cuánto tardé en contestar a esa pregunta, ¿se acuerda? Se compadeció usted de mí, pero sin denigrarme. Ahora puedo verlo.

Si no te despiertan, no. Yo bajo las persianas, tengo unas cortinas gruesas y me pongo tapones para dormir. A menudo se me olvidan: cuando los llevo puestos descanso más, pero a veces me da la sensación de que las orejas no respiran. Si no me molesta nadie puedo dormir todas las horas, como me meto en la cama a las siete, cuando todavía no hay tanta luz ni tanto ruido... Lo peor es cuando alguien llama al timbre. Muchas veces es alguien que se equivoca, o ese chico que dice correo comercial, o el cartero, o los de la compañía del gas que vienen a mirar los contadores. Yo me levanto y arrastro los pies para gritar ¿qué?, a todo pulmón. Pensarán que soy una perezosa, una persona que duerme hasta las tantas, y ellos me contestan con una voz que me parece la más aguda del mundo. No saben lo que es... volver a dormir habiendo visto que hace buen día y que la luz se cuele en tu piso por algún resquicio que ha dejado la persiana porque no la has bajado del todo. Pero a veces son amigos que no recuerdan que trabajas por la noche.

¿No has pensado en dedicarte a otra cosa? Eres joven. Sí, ya lo sé, todo el mundo me lo pregunta, pero qué quiere que le diga, a mí limpiar me gusta. Habría podido hacer otras cosas, claro está, acabé el instituto, ¿sabe? Pero cuando llegó el momento de elegir una carrera se me hizo tan difícil decantarme por una que decidí buscar trabajo mientras me lo pensaba. Y una se acostumbra enseguida a tener su propio dinero. O quizá lo que pasa es que nunca he acabado de decidir lo que quiero ser de mayor. Ahora empiezo a creer que esto de limpiar también puede ser un trabajo para toda la vida. ¿Sabe qué me pasa mientras limpio? Que me olvido mucho de mí misma, y en todo lo que hago hay una utilidad concreta, sé cuáles son los resultados de mi trabajo. Se lo digo porque nadie se cree que me guste limpiar, pero he probado otras cosas y ninguna me ha gustado tanto. Eso sí, no volvería a estudiar.

EL PRIMER DESCONOCIDO

Vista desde el ángulo de la puerta, su inclinación es la perfecta: de pie, las piernas ligeramente flexionadas, los codos sobre los muslos, donde se clavan sin tregua. La encontramos empapada de sudor, que esta vez le perfila las sienes, el nacimiento del pelo ya hace rato que se ha adherido a la piel. Las aletas de la nariz se inflan y desinflan rítmicamente, relucientes. Las mejillas parecen haber adquirido cuerpo con los movimientos, de los ojos sólo se ve el párpado húmedo por cuya comisura parece manar un líquido tiznado. Se inclina hacia delante, dejando entrever el comienzo de los senos, que suben y bajan con la respiración cadenciosa. Absorta, se seca de vez en cuando alguna salpicadura que le llega a la cara, y que no parece sorprenderle, no parece molestarle. Ahora ya se coge a la superficie blanca, ahora ya acelera el movimiento, ahora ya se endereza de golpe, satisfecha.

Si le dijera que las primeras veces que venía a verlo aún tenía mis dudas. Me inquietaba saber cosas de usted, qué quiere que le diga. Verlo a los pies de la cama, el pijama sobre la almohada, la cama mal hecha por un lado. Me angustiaba ver su peine en el lavabo de la entrada, un peine que podría definirse como de toda la vida. Lo veía todo repeinado y me preguntaba si se habría pasado el peine justo antes de que yo llegara a su casa. Intentaba limpiar como pasando por encima de sus cosas, como si no recogiera de cada rincón información sobre usted, pero al mismo tiempo grababa cada detalle con una curiosidad de cosquillas en las puntas de los dedos, una curiosidad que se parece mucho a esas caricias que quieren escaparse.

El escritor hace rato que se siente nervioso por el terreno tan íntimo que Ella ha invadido, no puede evitar ir hasta el cuarto de baño y observarla de lejos, desde el pasillo. No decide si lamenta o no que le esté limpiando la taza del váter. Le molesta, eso sí. Es su trabajo, se dice mientras ve cómo gira rápidamente la escobilla del baño. ¿No habrá dejado nada antes de que Ella entrara, no habrá encontrado ningún rastro de su intimidad? ¿Qué puede ser más íntimo que eso? Había pensado encargarse él de la limpieza de aquella habitación, pero enseguida había dudado: ¿y si se molestaba, pensando que no confiaba lo bastante en Ella? También había pensado en limpiarlo y no decir nada, pero limpiar lo mismo dos veces habría sido malgastar recursos. Además, seguro que Ella lo habría notado. Limpieza sobre limpieza, eso habría sido, limpieza sobre limpieza. Intrusismo profesional, incluso. Como si su editor le escribiera las novelas para ahorrarle trabajo. Pero al escritor le gusta escribir y a Ella... Ella dice que le gusta limpiar, pero quizá no sepa que no le gusta. O quizá sí, hay mujeres que parecen experimentar cierta clase de placer haciendo cosas que el resto del mundo encuentra detestables. Algunos hombres también, pero sobre todo mujeres. Ahora mismo, por ejemplo, parece haberse dejado llevar por el proceso, parece entregarse en cuerpo y alma, como cuando... Sí, como en el sexo, y más con

aquellas salpicaduras del agua de la taza que le llegan de vez en cuando a la cara y de las que parece disfrutar. Debería preguntárselo: ¿te gusta limpiar váteres? Pero no tarda en percatarse de que es una pregunta poco respetuosa y más útil para satisfacer su curiosidad de novelista que para radiografiar el estado de ánimo de Ella. Las personas, cuando se las observa, parecen convertirse en objetos, pero el escritor sabe que incluso cuando son ficticias se te escurren entre los dedos para convertirse en ellas mismas. Ella es de carne y hueso. Tan de carne y hueso que de pronto ha advertido su presencia y ha soltado el trapo con el que secaba la tapa.

Antes de que yo lo viera venir estaba pasando delante de mí, como si fuera una película, la primera vez que me liaba con un desconocido, a las pocas semanas de haber empezado a trabajar en la fábrica. Se sentó al fondo del comedor, solo, justo allí, al lado de las máquinas de café que no paran de hacer ruido toda la noche, con una fiambarrera de plástico en la que hundía el tenedor. Tenía la espalda encorvada, quizá por la incertidumbre que uno experimenta la primera vez que trabaja de noche. A la gente le cuesta acostumbrarse, les entra una especie de melancolía por no estar en casa a unas horas en las que todo el mundo está en casa. Por no ver el programa chorra de la noche, por no dejarse vencer por el sueño en el sofá, por no despertarse sobresaltados con un anuncio que sube el volumen de pronto y darse cuenta de que se habían quedado dormidos, por el reguero de saliva que moja el cojín. Echan de menos irse a la cama como un acto natural, arrojarse y apagar la luz mientras aún es de noche. Este es el hecho básico, la principal diferencia entre quienes trabajan de noche y quienes lo hacen de día: que cuando se van a dormir no es de noche. La noche hace que estés dentro de algo, y estar dentro de una enorme nave es como no estar en ninguna parte.

Por todo ello, siempre me compadecía de los que empezaban. Quizá porque recordaba cuando había empezado yo y se me formaba aquel nudo en la garganta o en el estómago o donde quiera que fuese y tenía que respirar muy hondo muchas veces hasta dejar de estar encogida. Se me encogía la parte que queda por debajo de los pulmones y por eso caminaba como un jorobado. Exactamente la misma postura que aquel desconocido cuyo nombre no tardaría en conocer, aunque no por ello dejó de ser un desconocido, no crea.

Entonces no me daba cuenta de que siempre hacía lo mismo con los nuevos. Los buscaba y trataba de coincidir con ellos a la hora de la cena. Por lo general prefería irme a los vestuarios que había por fuera de la nave, los de la empresa, donde no nos miraba nadie. No era cómodo sentarse en el comedor de la fábrica, con máquinas de café y trabajadores vestidos de blanco o verde claro que entraban y se comían una pizza recién sacada del horno a sabiendas de que nosotros no podíamos hacerlo a menos que pidiéramos permiso, sólo porque íbamos vestidos de azul. Por eso siempre comía en los vestuarios de fuera, aunque hiciera frío y fuesen pequeños. No quería que pasaran los blancos y los verdes claro y me miraran, quién sabe si controlándome el tiempo.

Pero aquel día hice una excepción al ver que el nuevo se sentaba arrimado a las máquinas y le dije hola, ¿puedo sentarme? Asintió, claro está, y así dejamos de ser desconocidos de nombre.

Parecía tímido, aquel chico, por eso lo miré con ternura, para reconfortarlo. Pero pronto descubrí que él me miraba de otro modo. Los ojos le empezaron a hacer aguas pese a ser muy oscuros. No tardé en darme cuenta de sus intenciones. Sobre todo cuando, mientras hablábamos del tiempo que llevaba en la empresa y de si había trabajado de noche o no, y él decía que había hecho más cristales de grandes edificios que limpieza industrial, aprovechó el hecho de que la presión de la pared de debajo de los pulmones lo mantuviera más abajo que yo para entreverme la piel bajo el mono azul cuya cremallera no había acabado de cerrar. Una parte de la pechera se había quedado doblada, formando una solapa interior. Entonces supe que él había adivinado que no llevaba nada bajo el mono azul, con la piel tirante a causa del calor. Me llevé una mano a la cremallera y solté un ¡uf qué calor hace en los fermentadores! He estado más de dos horas sacando las bolas de masa de debajo de la cadena y se me ha quedado el olor a levadura en las manos, mira, y él no dudó en cogermela muñeca con fuerza para olerme.

Los servicios de la planta de arriba eran los que menos se usaban. Pero estaban igual de sucios, y con el ruido de toda la fábrica ahogando mi respiración no creo que los encargados me oyeran chillar dentro de aquellos lavabos llenos de papel por el suelo y lavamanos de acero inoxidable opaco. Si le digo la verdad, no tuve demasiado tiempo de acercarme al desconocido ni de olerlo porque nada más decirme vamos y entrar en los lavabos ya lo tenía encima. De decir vamos a meterme los dedos dentro no había pasado prácticamente nada. Me hacía daño. Intenté deshacerme de su mano besándolo, pero no tardé en descubrir que su sabor no me gustaba. No tuve tiempo de volver a intentarlo, porque él ya había bajado lo bastante para estar besándome en otra parte. No, de hecho no me besaba, sino que me comía con una urgencia incómoda. Entonces pensé, qué cosas, ¿no?, que se te coman el coño enseguida. ¿Y si después quería que lo compensara? Si no me había gustado el sabor de su boca, ¿cómo iba a gustarme el de su pene? Por eso le dije que no, que no siguiera, pero ya era demasiado tarde porque yo tenía las palmas de las manos contra las paredes de contrachapado de los lavabos y la cabeza echada hacia atrás, tocando la superficie áspera, sin enyesar.

Me he asustado, no lo he oído entrar. Él le dice que está descansando un poco de la escritura, que a veces se enfada consigo mismo por no saber cómo sigue la historia. De paso observa que Ella tiene cara de no haber dormido demasiado.

No, es que hemos tenido una noche movidita en la fábrica y me ha costado dormirme. Es que, ¿sabe qué pasa? Que con un trabajo de día, aunque tengas mucha tensión, cuando acabas llegas a casa, haces cosas, la cena, quizá, sales a comprar, te aires y ves la tele, y cuando llega la hora de dormir ya no te acuerdas, pero al trabajar de noche todo es distinto. Si llego a las seis y media y me pongo a hacer

cosas para relajarme enseguida me dan las ocho o las nueve, y claro, para entonces ya se ha hecho de día, ya no puedo engañarme pensando que me *he* ido a dormir por la noche como las demás personas, por eso hoy no he podido dormir demasiado. Es una cuestión de conciencia, si eres consciente de que es de día no puedes engañarte diciendo que es de noche. ¿Y no te gustaría cambiarlo por un trabajo diurno? No lo sé, ahora llevo mucho tiempo trabajando en la fábrica y me he acostumbrado. A lo mejor sí, a lo mejor volver a dormir de noche sería estupendo, pero perdería el plus de nocturnidad. ¿Y no resulta complicado, por la vida familiar y todo eso? No se crea, no es que haga demasiada vida en familia, me agobia bastante. Y los amigos que tengo son de ahora, del trabajo de noche. Quizá por eso he ido perdiendo a los del instituto, porque cuando estoy despierta ellos duermen y cuando yo duermo ellos están trabajando. Aunque también podría ser por la edad. ¿Y qué hace para conocer a gente nueva? Ella baja la tapa del váter y se sienta encima, dándole vueltas a un trapo húmedo entre las manos. Pues mire, como nadie quiere dedicarse a esto, resulta que pasa mucha gente por nuestro equipo. Cada dos por tres llega gente nueva. También están los trabajadores de la fábrica, pero con éstos no nos juntamos demasiado, siempre nos miran por encima del hombro, como si fuéramos de otro planeta y ellos mejores que nosotros.

PIEL EN LA ALFOMBRA

Ella está acostada en el suelo, tiene toda la espalda en contacto con la superficie fría y las piernas dobladas y abiertas dentro de unos vaqueros ya desgastados. El movimiento que hace con los brazos le deja al descubierto un trozo de abdomen, pero sólo de vez en cuando. Desde aquí podría parecer decapitada, podría parecer que no es más que un cuerpo sobre una superficie fría hecha de cuadrados perfectos unidos con masilla blanca. Lo parecería, si no fuera porque también se divisa la parte de abajo del mentón, tirante, y la piel fina del cuello que dibuja los relieves de la garganta. Que sube y baja pese a estar Ella sobre una superficie dura, que reluce por el ligero sudor de una parte del cuerpo poco poblada de glándulas. Pero un poco más abajo, allí donde termina el escote en forma de triángulo de una camiseta desteñida, allí sí que se acumula una cantidad considerable de líquido. Todo esto porque ella se encuentra sobre una superficie completamente plana y los pechos le forman un hoyo al subir y bajar los brazos, y el movimiento los ha ido barnizando con aquella pátina que todo lo refleja. El sudor de Ella refleja los objetos, la luz y la mirada del escritor, que ahora ya está de pie y la ve boca arriba, con las piernas flexionadas, abiertas.

Cuando le limpié la parte de abajo de los armarios no pude evitar la sensación de estar entrando en un terreno pantanoso del que quizá no sabría salir. Cada vez que limpiaba su casa, mis pensamientos cogían otro ritmo. Los recuerdos se iban posando lentamente, como en esas bolas de cristal de nieve falsa. Bueno, es verdad, esto es una interpretación que hago muy fácilmente ahora que ha pasado cierto tiempo. Pero era extraordinario el modo que tenía de poner orden en las imágenes de mi vida desbarajustada. Estando debajo de aquel armario, por ejemplo, me veía a mí misma la víspera, subiendo y bajando con frenesí, tratando de acelerarlo, evitando pensar que la alfombra del comedor de mi casa era rugosa y a cada movimiento me iba raspando las rodillas. Intentaba no pensar en el daño que me harían después porque, sabe qué, a veces mi piel tarda un poco en hacer llegar la señal de dolor al cerebro. Por eso no notaba que cada vez que apretaba mi pelvis contra la de Él una capa minúscula de piel se iba quedando adherida a la alfombra, unas partículas que ni siquiera yo, especialista en suciedades imperceptibles, habría podido descubrir jamás entre las fibras anudadas. Él no paraba de hablar, soltaba una frase tras otra sin detenerse a escucharlas. Nunca me atreví a decirle que el sexo perfecto es todo silencio, sin más sonido que los jadeos, los gritos y la respiración acelerada que hacen que suene como lo que es, un acto primario sin revestimiento adicional, una entrega a una energía diferente de la que lleva a hacer el resto de cosas, diferente de la limpieza. ¡Cállate!, le hubiese gritado para oír mis propios susurros y para oír el orgasmo de El cuando llegaba después del mío. Me veo dejando caer la cabeza hacia atrás y Él ya sólo divisando mis aletas nasales, que se abrían y cerraban, la boca

entreabierta, como si me mordiera a mí misma. Fue justo entonces que deseé desesperadamente que no pronunciara una sola palabra. Que me mirara y punto. Así me habría podido escuchar a mí misma, a los dos juntos y no sus palabras, que interrumpían mi propio relato. Si por lo menos hubiese sido un poco original, pero sus frases parecían sacadas de una película porno. No es por vanidad, pero que yo por mí misma no pudiera arrancarle más que expresiones previsibles me hacía sentir terriblemente vulgar. Como si en mi lugar pudiera haber cualquier otra mujer que le dijera sí, sí, sí, un así, así, así, sigue, no pares, y poco más. No tardé demasiado en doblarme hacia delante hasta aferrarme del todo a su cuerpo mientras seguía bruscamente el contorno de sus labios con los dedos, que Él se metió en la boca al instante. Así sí que callaba. Sólo callaba así o con su propio orgasmo. Peor era cuando nuestros cuerpos ya se habían alejado y seguía hablando como si no fuera a callar jamás. Decía que me había traído el almuerzo porque había pensado en mí, porque a lo mejor no me apetecía salir sino seguir durmiendo. Aquel día me lo quedé mirando con ganas de que se marchara, ¿por qué no se iba de una vez? Tenía sueño y no demasiado apetito, y le dije que me volvía a la cama. Él estaba sacando los envases de plástico de la bolsa y los dejó sobre la encimera para venir a buscarme. No, no, no, almuerzo conmigo, no quiero comer solo, y luego podré quedarme a hacer la siesta. Pero yo ya tenía una mejilla sobre la almohada y los brazos estirados a ambos lados del cuerpo, los hombros completamente vencidos. Me acarició el centro de la espalda, la oreja que me había quedado al descubierto. ¿Quieres que juguemos a inventar caricias? Me gusta descubrir caricias nuevas contigo. Medio dormida, le dije que ya estaban todas descubiertas. Venga... Me dormí notando unos besos breves que me recorrían el brazo, y cuando me llegaban a la mejilla noté su aliento pesado, denso, que generaba inquietud en lugar de placidez.

¿Has perdido algo?, le pregunta, aunque salta a la vista que está limpiando la parte de abajo del armario con los brazos y hace rato que la observa. ¿Qué? Que si has perdido algo, repite el escritor con una punzada de inquietud cuyo origen no acierta a identificar. No, no, es que los bajos de los armarios también se tienen que limpiar. La gente no lo sabe, creen que basta con sacar el polvo que se acumula encima de los muebles, pero los bajos son importantes. Hace días que pienso en este armario que tiene usted aquí, y hoy no he podido resistirme. No dormiría pensando que aquí debajo se amontona el polvo, o peor aún, telarañas. ¿Lo ve? Y le enseña un trapo ennegrecido con cierta satisfacción. Se coge al armario con las dos manos y se impulsa haciendo que todo su cuerpo se deslice por el suelo, y con otro impulso de los dedos de las manos en el suelo se pone en pie. Suelta un suspiro y vuelve a colgarse el trapo de la cintura. ¿Ya ha acabado con lo suyo, usted? No, bueno, yo nunca acabo con lo mío, yo siempre estoy trabajando. A los escritores nos pasa eso, que siempre estamos trabajando y parece que no trabajamos nunca. A veces trabajo incluso estando dormido. Vaya rollo, no lo envidio. En la fábrica cuando hemos fichado, hemos fichado, ni un minuto de más a la empresa. El escritor la mira, más

que escucharla, en eso consiste su trabajo, en observar cómo son las personas, en verlas por dentro cuando ellas no se dan cuenta e intentar establecer una relación entre lo que dicen y lo que quieren decir en realidad. Lo que se esconde tras las palabras. Escruta sus ojos, las manos que hablan solas, la lordosis de la columna, la mira como suele mirar él mientras Ella le va hablando del trabajo, y en un momento dado tiene la sensación de que también Ella lo mira a él como él la mira a Ella, como intentando verle el fondo. Podría darle miedo que lo radiografiara como hace él con las personas que luego se convierten en personajes, sobre todo ahora que ha huido despavorido del ordenador y el cursor hace un clic-clic silencioso. ¿No se cansa de escribir? Ella observa que se pasa una mano por el pelo, como peinándose, y aparta los ojos de los suyos, mira a un lado, a la pared que le queda detrás. O no mira a ninguna parte y sólo aleja la mirada de Ella para poder pensar. Si piensa mientras la mira fijamente quizá la ponga nerviosa. No, es algo que me gusta hacer. Es mi trabajo, vaya. Pero todo el día aquí encerrado, solo. No sufras por mí, no estoy tan solo como parece. El escritor sonríe con afán de complicidad, pero Ella no lo acaba de entender y, resoplando para apartarse un mechón de la cara, dice que sí, que ya lo entiende, que lo acompañan sus personajes.

Esto no se lo diría nunca, pero creo que es la verdad: a las pocas semanas de haber empezado a ir a su casa me di cuenta de que aquellas horas me hacían tanta falta a mí como a usted. Bueno, miento un poco, quizá no me di cuenta tan pronto y fue mucho más tarde que lo comprendí, pero así era: usted me necesitaba tanto como yo a usted. Sólo que de un modo muy distinto.

El escritor sabe lo que le pasa porque hace tiempo que es un profesional y conoce perfectamente sus propios procesos. Pero de vez en cuando tropieza con el síndrome de la arpía y se hacen compañía unos cuantos días, a veces meses. Si no fuera porque ha publicado muchos libros y mucha gente se los ha leído, creería que toda su vida de escritor es un largo camino acompañado de la arpía que le dice que lo que hace no tiene la menor trascendencia o importancia, y que sólo se engaña a sí mismo si cree que con esta mierda llegará a algún sitio.

Por eso charla ahora con Ella. Deja de mirarla fijamente y aprovecha una pausa para preguntarle si vive sola. Sola, sola, por eso necesito hacer horas extra. Los sábados las hago en la propia fábrica, si hay trabajo, están bien pagadas. Y no se crea que mi casa es muy grande, pero estando yo sola... Al escritor le sale el cotilla que todos los escritores llevan dentro y se muere de ganas de saber si tiene pareja, pero no se atreve a preguntarlo, es demasiado pronto para entrar en ese terreno y le dice, o sea, que no tienes hijos. No, antes tendría que encontrar con quien tenerlos, ¿no cree? Ella dice que no mientras cambia de postura, se apoya en la otra pierna con la mano en la cintura, de la que sigue colgando el trapo. Bueno, es usted joven, ya encontrará a alguien. No es que esté del todo sola, tengo una especie de... ¿cómo lo llaman? Una relación, nada serio. Pero ya se sabe que hoy en día esto de los hombres es un tema complicado. ¿No le parece que es muy difícil? Bueno, no lo sé, yo no estoy buscando

a ningún hombre. Pues yo podría contarle unas cuantas historias que demuestran que no hay hombres ahora mismo, no sé dónde se han metido. Y las mujeres con las que trabajo también podrían contarle unas cuantas historias. Todas con hijos de padres distintos o novios que les pegan o que son unos inútiles. Ellas me lo dicen a menudo, que los hombres buenos no existen, y yo empiezo a creérmelo. No se ofenda, pero es que a usted no lo conozco. No, no te preocupes, si ellas lo dicen por algo será. Mire, no lo sé, entre maricones y cabrones al final hay muy poquito donde elegir. Ella detiene la vista en un haz de luz que incide en uno de los cuadrados del suelo y ve pasar, solitaria, una hormiga. El escritor vuelve a mirarla con ojos escrutadores y Ella se siente atrapada, obligada a seguir el hilo de lo que acaba de decir. Yo no tengo la culpa, ¿sabe? ¿La culpa de qué? La culpa de que no queden hombres buenos. Ella no entiende por qué no le contesta que no está de acuerdo, por qué no se hace el ofendido y se marcha, por qué no deja de mirarla intentando averiguar qué le ha pasado para que le diga algo así a las pocas semanas de conocerlo. Ella esperaba que el escritor dijera que no, que él es distinto, pero se limita a contemplarla. Yo no he dicho que tenga usted la culpa. Y sonrío.

Siempre me ha gustado su sonrisa. Y los chistes malos que repetía una y otra vez. Pero muy al principio y hasta no hace mucho, me producía una vergüenza terrible que me gustara su sonrisa, y su modo de ponerse serio súbitamente para soltar una observación que me pillaba desprevenida. Ahora empiezo a comprender aquella vergüenza, pero entonces no. De hecho, me daba vergüenza que me diera vergüenza que todo usted me resultara tan reconfortante, que estar a su lado me aliviara. Sufría por si llegaba usted a descubrir que me hacía sentir así.

SÁBADO

El escritor ya se ha acostumbrado a la presencia semanal de Ella. Ahora la echaría de menos si no viniera, aunque pueda parecer exagerado. *¿No se lo he dicho ya, que nos necesitábamos mutuamente? Sí, usted habría podido seguir con su vida tranquilamente si de pronto yo hubiese dejado de limpiarle el piso, pero dudo que yo me hubiese salvado de mí misma si no hubiese seguido visitándolo. De todas formas, por algún extraño motivo, cuando me acercaba a su casa me entraba un miedo terrible y por dentro gritaba no a todo pulmón, no quiero ir.* El escritor soporta los silencios y el ruido de Ella en la cocina, su respiración, ya forma parte de su vida cotidiana. Hoy llega toda ajetreada y dice siento llegar tarde y cuelga el bolso y la chaqueta en el recibidor y se recoge el pelo mientras sostiene la pinza con la boca y dice que se ha quedado dormida. El escritor le dice que no pasa nada, mujer, pero Ella ya está en la galería buscando los utensilios, ya la oye, ya lo conforta.

Va pasando un trapo de microfibra sobre las puertas de la cocina que en un primer momento parece dejar círculos pero enseguida desaparecen. Porque la microfibra es lo mejor que hay y porque Ella sabe la velocidad exacta a la que debe pasar el trapo, el secreto es no entretenerse más de la cuenta. El escritor le deja una taza de café todavía humeante sobre el mármol y Ella dice gracias. De verdad que lo siento mucho, no volverá a ocurrir, se lo prometo. Que no pasa nada, pero si sólo han sido diez minutos. Ya, pero a mí no me gusta hacer el tonto en el trabajo, estas cosas son sagradas, no quiero que vuelva a pasar, a mí no. Se lo prometo, de verdad. ¿Qué quieres decir con a ti no? Pues que yo nunca llego tarde, no me quedo dormida. Eso es sagrado. Pero llevo días durmiendo fatal. No durmiendo, vaya. Mujer, tampoco hace falta ser tan estrictos, ¿no? Con esto sí. ¿Y eres así de estricta con todo el mundo? Ella se vuelve con el trapo húmedo que querría escurrirse entre sus dedos y constata que vuelve a analizarla. ¿Es usted muy listo, no? ¿Qué quiere hacer, de psicólogo? Pues no, con el resto de la gente no soy así, pero conmigo misma es distinto. ¿Qué quieres decir que es distinto? ¿Eres tan perfecta que nunca llegas tarde? ¿No te equivocas nunca? Oiga... no se lo tome a mal, pero está usted meando fuera del tiesto. Piense que yo sólo me tengo a mí misma, si la cago, la cago, y no hay nadie más que pueda ayudarme a levantar cabeza. ¿Lo entiende, ahora? Y usted, ¿ha acabado su libro? Él niega con la cabeza pero Ella ya conocía la respuesta porque siempre le hace la misma pregunta. No acaba de entender que se pase todo el día encerrado en casa y nunca acabe nada. Algún día me gustaría que eligieras uno de mis libros, le había dicho en cierta ocasión, y te lo regalo, pero ella había dicho no, gracias. Lo que sí me gusta son las guías de viaje, si alguna vez le sobra una guía de viaje, del país que sea, no dude usted en dármele, estaré encantada. El escritor trata de pasar de puntillas por su propia decepción, pensando que hay que ser muy tarugo para

pretender hacer leer a una mujer de la limpieza. ¿Y su libro de qué va, si se puede saber? No sufra, que no me lo voy a leer, pero como veo que tarda tanto... ¿Que tardo? ¡Pero si no hace más de dos meses que vienes a limpiar! Llevo dos años escribiendo este libro. Uf, madre día, qué trabajo. ¿Cuánto tiempo hace que limpias en la fábrica? No compare, por favor. Yo repito una y otra vez las mismas tareas. Hay seis líneas de producción de *pizzas*, no, siete, que ahora han puesto una nueva para hacer las *pizzas* pequeñas, pero yo siempre hago lo mismo. Manguerazo a todas para limpiar lo más gordo y arrastrar los trozos de comida hasta el desagüe, enjabonar todas las máquinas y luego enjuagarlas con el agua a presión. Ésa es la parte que más me gusta. No sabe usted lo que es coger la manguera cuando el agua sale con tanta potencia que la boquilla alargada parece tener vida propia. Y somos nosotras, las mujeres que limpiamos, las que la cogemos con las dos manos y dirigimos su fuerza hacia los rincones más escondidos de los dispensadores de queso, de jamón, o de las cintas transportadoras que nunca paran de funcionar. A mí me gusta hacer las máquinas altas, tener que aguantar la manguera con los brazos levantados, y más aún cuando tengo que subirme a lo alto de la escalera. Me duele todo, pero es un buen modo de sentir que estoy viva. Debe de creer que estoy medio loca, ¿no?

¿Estás bien así? Ella está de rodillas sobre el mármol, limpiando la parte más alta de los armarios, y se vuelve sobresaltada hacia el escritor, y lo mira de aquel modo que a él lo desconcierta, para decir sí y encogerse de hombros. Me tiene usted que contar de qué va su libro, no me ha contestado. Alarga el brazo hasta alcanzar la parte superior de los armarios y pasa el trapo sin mirar. Es la historia de una mujer de la limpieza. Ella se lo queda mirando y sonrío, venga ya, eso no se lo cree ni usted. ¿Por qué no? Pues porque eso, señor mío, no interesa a nadie. ¿Si nadie quiere limpiar cómo espera que haya gente interesada en leer lo que hace alguien que se dedica a la limpieza? Todas las vidas tienen su interés, las mujeres de la limpieza también tenéis vuestros secretos, ¿no? Ella sigue dibujando círculos con los brazos y hablando con los movimientos que la obligan a hacer pausas en medio de las frases. Hombre, secretos no sé, ¡pero en la fábrica hay cada vida! Eso sí, son para echarse a llorar. Yo escribo la historia de una mujer y sus relaciones con los hombres. Ella se detiene en seco y lo mira. ¿Y conoce usted lo bastante a las mujeres como para inventárselas? No, conozco a los hombres. Ella lo mira incrédula, de hito en hito, y se le hace raro que no pestañee siquiera mientras Ella le sostiene la mirada fijamente. La pone nerviosa que haga aquello, como si Ella fuese un objeto que alguien estudia atentamente en una tienda. Entonces quizá puedas ayudarme. Quizá, quizá, añade en tono misterioso. ¿Lo dices por tu novio? Ella ya vuelve a moverse y deja que el escritor la siga observando mientras trabaja y habla a la vez.

Yo no tengo novio, ya se lo he dicho, es un capullo y no es mi novio. Baja de un salto amortiguado y huele el café como si temiera que alguien más pudiera aprovecharlo. ¿Sabe que esta casa tiene algo? Se está muy bien aquí, es como si estuviera usted protegido de todo. Es un poco como un refugio, ¿no? Me alegro de

que te encuentres a gusto, pero ¿qué le pasa a tu novio? ¿Qué te ha hecho? No me ha hecho nada, molestarte todo el día. Molestarte mientras duermo, y no sabe usted lo que cabrea que te molesten cuando duermes de día. Y claro, a él le da igual, le importa un pepino si descanso o no. Ya sabe cómo son los hombres. Con sólo decirlo, Ella nota un rubor subiéndole hasta las mejillas y dice bueno... quiero decir que... Aquí no quedan hombres, sabe usted, no es como antes, que había hombres hombres, ahora no sé qué les pasa, o son gais o algo peor aún. Peor para nosotras, quiero decir, las mujeres. La cosa está fatal. Y él se aprovecha de eso, de que no queden hombres. O se van a buscarlas fuera, que así se lo hacen todo como sus madres, o son unos perversos. El escritor sonrío ligeramente y calla mientras ella sigue hablando. ¿Tampoco debe de ser fácil quedar con él si trabaja de día, no? No, eso no, él puede entrar y salir del trabajo cuando quiere. No como usted, que está aquí en su casa, pero puede salir de la oficina y decir que tiene una visita, no necesita dar explicaciones. Pero ya me cansa un poco esto de que me despierte cuando estoy durmiendo, a veces pienso que más vale estar sola y tranquila. ¿No cree? Supongo, eso dicen, que antes solo que mal acompañado. El escritor abre la boca para seguir hablando, pero Ella, que se ha quedado un momento absorta en sus propios pensamientos, con la mirada perdida, lo interrumpe en un tono súbitamente enérgico.

¿Sabe cuál es el problema? Que me da mucho la lata y no tendría que ser así. Si yo hubiese querido alguien que me complicara la vida y me diera la lata ya me habría buscado un compañero con el que vivir juntos y felices, que suele decirse, pero no quiero problemas y por eso lo tengo a él, que es un amante. Pero los amantes, si repiten mucho, dejan de ser amantes para convertirse en algo que aún no tiene nombre. Usted que conoce tantas palabras quizá sabría decirme qué se le puede llamar a una persona así. Yo lo llamaría novio. No, novio ya le digo yo que no puede ser, de ninguna manera.

Por entonces Él venía a menudo. Lo tenía más presente, y quizá después de la conversación con usted me entraron ganas de saber qué había entre nosotros. Me entraron ganas de volver a verlo para averiguar si empezaba a gustarme demasiado, si lo que me gustaba era que le gustara o si sólo buscaba el peso de su cuerpo encima del mío. Ya ve, fue culpa suya que de repente me embutiera dentro de aquel vestido de amante típica. Estaba en el sofá, mirando el televisor apagado y tenía el móvil en las manos. Sabía que no eran ni el día ni la hora adecuados, pero escribí el mensaje: ¿te vienes? Estaba a un paso de apretar el botón de enviar, ya tenía el contacto seleccionado pero dudaba pensando en dos posibles respuestas: 1) que dijera que sí, cosa poco probable, y 2) que dijera que no y en qué estado me dejaría, pensando qué tonta eres por creer que lo vuestro es una relación, me habría flagelado gritando para mis adentros ¿no ves que sólo decide él? Aún quedaba una tercera posibilidad que no había sopesado: que se mostrara del todo indiferente y no dijera ni sí ni no, dejando claro que aquel día no tocaba porque no era ni el día ni la hora, y que su vida estaba en otra parte. Puse los dos pies encima de la mesa

pensando en las manchas que dejaría mientras miraba la pantallita. 1 o 2, o peor aún, la que no había sopesado. Si hubiese sido 1, algo totalmente impensable, habría significado que nuestra relación era algo más que un encuentro ocasional de cuerpos. ¿Me pediría algo más que un encuentro ocasional de cuerpos? ¿Estaría preparada para semejante imprevisto? Saqué los pies de la mesa y la limpié con la palma de la mano. Tomé impulso respirando hondo y apreté el botón de enviar cogiendo el móvil a distancia y cerrando los ojos, como si me fuera a explotar entre las manos. Cuando vi «mensaje enviado» se me subió toda la sangre a la cabeza y creí marearme, se me nubló la visión de pronto y mi corazón empezó a latir con fuerza.

Luego vino aquel terrible impasse después de dejar el aparato sobre la mesita, dispuesta a olvidarlo, a fingir que no existía, tumbada en el sofá con los ojos tapados por un brazo. Me lo iba oliendo, el brazo, en un intento inútil de hallar su rastro. Repasé cada centímetro de mi piel, pero fue en vano. Me decía que estaba tranquila pero iba dando golpecitos con los dedos en el respaldo del sofá, estiraba las piernas, las flexionaba hasta quedarme en posición fetal, hasta que, cogiendo impulso, me levanté para ir directamente al lavabo. Me miré en el espejo, sobre todo los ojos y la piel de alrededor, aquel día no tenía ojeras. Me bajé el párpado inferior como hacen los médicos, pero no habría podido descifrar nada. Si estaba sana o enferma. Y eso que tenía la manía de hacer aquello siempre que estaba delante de un espejo. Maldito cabronazo, pensé, no dirá nada, ya lo verás. Humillación. Es el orgullo el que te hace pensar estas cosas. No le gustaba tanto, pues tendría que contestar enseguida. Pero debía de andar liado con algo, o tendría el móvil en silencio, o estaría sentado al lado de Ella, o jugando con la niña, o paseando al perro, o sacando la basura, o viendo la tele, o en el cine, o en el teatro, o paseaban los dos felices en bicicleta con la sillita detrás. Se me pasó por la cabeza la idea de que quizá me gustaría tener una foto de aquella mujer para poder ponerle cara cuando me la imaginaba, saber si era gorda o flaca, rubia o morena, si era guapa o tenía cara de mala. Con los nervios me había ido estirando la piel de debajo de los ojos hasta parecer grotesca, una caricatura en el espejo. Fea.

Aún no había acabado de recibir el aviso de mensaje cuando me abalancé sobre el sofá. ¡Cuánto tardaban en abrirse los eseemeeses ,cuánto tardaba aquél! Hoy no puedo, ya lo sabes, es sábado. Lo siento. Cabronazo de mierda, la madre que te parió, cabronazo. Pero, claro está, no le contesté nada de todo esto. Que no pensara nada de mí, ni que lo quería para nada más que follar. Me fui de nuevo hasta el espejo y no tardé ni dos segundos en volver sobre mis pasos. Con el pulgar escribí no sufras, no pasa nada, me buscaré a otro.

Y lo hice. Envié un mensaje a uno de los desconocidos de la fábrica y le pregunté si le apetecía que nos viéramos. Tardó en contestar, y cuando lo hizo ya me había quedado dormida con las luces encendidas. Dónde vives, decía la respuesta del desconocido.

Pero a ti te gusta, ¿no? Hombre, no sabría decírselo... Supongo que sí, porque de lo contrario no lo dejaría entrar, pero tiene cosas que me gustan y otras que no, como todo el mundo. El escritor la mira fijamente, y por un momento, ella tiene la impresión de que la ha visto por dentro, que ha visto una parte de sí misma que ni ella conoce. ¿Qué? Nada, nada. ¿Está seguro de que no quiere que le doble toda esa ropa que tiene ahí amontonada? No, no te preocupes, cuando tenga un momento ya lo haré yo mismo. Ella vuelve a encaramarse a la encimera y él enfila el pasillo para reencontrarse con el cursor.

CUCHILLAS DE AFEITAR

Hoy limpia con más energía que nunca. Va de una punta a otra del piso, frenética, y no parece seguir el mismo orden de siempre. Solía hacer la cocina, primero los armarios, los fogones de la placa, la nevera, luego barría. Hacía los lavabos, limpiaba el polvo de todas las habitaciones y los cristales, sacaba las alfombras para que se airearan y acababa fregando el suelo de toda la casa. Pero hoy va y viene, se sienta en la taza del váter, resopla y de pronto se detiene embobada a medio hacer los cristales. Hasta que el escritor sale de su estudio y le pregunta si va todo bien. ¿Todo bien? Es lo que le dice siempre que sale del estudio, para no pasar por su lado sin llenar el silencio. ¿De qué le podría hablar, si no? ¿Del tiempo? ¿De la actualidad política? ¿De su novela? Ella lo mira a los ojos y le dice que sí, pero enseguida le rehuye la mirada. Sí, sí, sólo un poco cansada.

¿De qué me avergonzaba aquel día, cuando le decía que no me pasaba nada? Quizá de no decir la verdad. No a usted, sino a mí misma. ¿Cómo se las arreglaba para no dejarme escapar de mis propios pensamientos? No, no es que le atribuyera poderes especiales de ninguna clase, pero cuando usted me hacía una pregunta, por banal que pareciera, sus palabras se me colaban por alguna parte y se convertían en el centro de todo. Como si sus frases fuesen aquella escobilla de baño que hacemos rodar para sacar la mierda pegada a las paredes del váter. Perdone si esto le parece insultante, en realidad es un gran cumplido. La última vez que Él había venido yo estaba descansada, había dormido toda la noche. Me había metido en la cama nada más llegar a casa, no antes de que saliera el sol, pero había unas nubes muy oscuras que me daban la sensación de que seguía siendo de noche. Parecía que había llovido, pero yo no había oído absolutamente nada. Hacía tiempo que no dormía de un tirón sin que nadie me molestara. El cuerpo descansado me devolvía a la vida, me había levantado con alegría, notaba los músculos de la espalda como si se hubiesen estirado de repente y los pudiera ir repasando mentalmente. Músculos que había ignorado todos aquellos días y cuyos contornos podía ahora definir sin tocarlos, los pequeños y bien tejidos de debajo de los omóplatos, los de detrás de la cintura que recorren los huesos de la columna. Me los miraba por dentro como si fuera una lección de anatomía. Sólo me pasa de vez en cuando, no crea, ser consciente de todas las partes de mi cuerpo. Sólo cuando tenía aquella clase de treguas podía volver a sentirlo como mío. Sentía hasta los pequeños músculos que se trenzan en torno a la columna. Eran éstos los que se me convertían más a menudo en fósiles, en piedras duras que cuesta mover. Es curioso, pero cuando los músculos se me convertían en piedras, en lugar de hacerme más daño dejaba de sentirlos de golpe.

Pero aquel día fue distinto, ya le digo. Al levantarme y estirar brazos y espalda tuve la sensación de estar toda yo, entera, y eso, aunque pueda resultarle extraño, me

hizo sentir un poco menos sola. Como si me hubiese peleado con alguien que me quería mucho y de pronto hubiésemos hecho las paces. Por eso cuando me metí en la ducha el agua estaba un poco menos caliente que los demás días, en que iba rodando el mango del grifo hasta ver que la piel se me volvía roja. Aquel día no, aquel día dejé el agua a una temperatura agradable. Se estaba tan bien debajo del chorro de agua que decidí hacer una excepción y poner el tapón en la bañera. Para mis adentros repetía mi cuerpo, mi cuerpo. Con el albornoz puesto, sin haber acabado de secarme, quise ir hasta la cocina para prepararme el primer café de la tarde-noche mientras oía cómo el agua llenaba la bañera con un ruido que sonaba a limpio. Me esperé en la cocina a que el café subiera abrazándome a mi propia cintura. Como si se tratara de un tic profesional, no puede evitar pasar los dedos por el mármol limpio de la cocina, por una de las puertas azul brillante sin rastro de suciedad. Unas puertas difíciles de limpiar, al principio nunca conseguía que el trapo no dejara marcas, una cocina demasiado nueva.

Cuando estaba a punto de meterme en el agua Él me envió un mensaje. ¿Puedo ir a cambiarme a tu casa? Tengo una reunión por la noche. A tu casa. Pensé que, en realidad, Él nunca había usado aquellas palabras, como si las hubiese ido esquivando desde que nos habíamos conocido. Ven, le dije justo antes de sumergirme, primero la punta del pie, luego toda yo de golpe.

Cuando le abrí la puerta Él se precipitó hacia dentro con prisa, dándome un beso de hola en los labios, un beso de rutina, y colgó en medio del pasillo la ropa que llevaba envuelta en plástico. ¿Te importa que me duche un momento? Es que esta mañana he ido de cabeza y ahora creo que apesto. Adelante, adelante, le dije mientras estudiaba su expresión, que no era de deseo. Él se desvistió, apresurado, dejando los zapatos en el pasillo. Unos zapatos dados de sí que quedaban grotescos sin sus pies, con una forma que decía cómo era El sin que estuviera presente. ¿Quieres poner esto? Creo que te gustará. Me tendió un cede y, al ponerlo, empezó a sonar la voz de un hombre que cantaba con un acento extraño. Canciones tranquilas, ¿de amor, no? Un hombre que hacía algún gallo de vez en cuando y parecía saber qué es amar. ¿Lo sienten de verdad, los cantantes que hablan del amor, o no es más que un invento para vender discos? A mí me gustó la primera canción, una que dice así: yo no tengo canciones, me tienen ellas a mí. ¿La conoce? La escuché entera, aquella canción, allí sentada en el sofá con el ruido de la ducha de fondo. Él cantaba, ¿sabe usted? Cantaba en mi ducha y podría decir sin temor a equivocarme que era feliz. Él, quiero decir. Él era feliz.

Luego se puso mi albornoz. ¿No le molestaría ponérselo así, empapado por mí? Se miraba en el espejo mientras se secaba el pelo con la toalla, y cuando la apartó lo tenía todo alborotado. Divertido. Yo lo iba mirando desde la puerta del comedor y Él me veía a través del espejo y sonreía. Y yo, qué quiere que le diga, también le sonreía. No tenía ganas de pelea. Luego sonó una canción triste que decía lejos de la tierra y del agua, alargando mucho la te de tierra, más de lo que podría hacer yo

ahora. Me apoyé en el marco de la puerta mientras Él se embadurnaba la cara de espuma y preparaba la cuchilla de afeitar. Cada vez que la aclaraba bajo el chorro de agua me miraba y soltaba un ¿qué? Un qué que no esperaba respuesta. Ahora que lo pienso, me parece que yo los observo mucho, a los hombres, como si fuesen un misterio que intento descifrar. No había caído en ello, pero así me ha mirado usted a veces, como leyéndome. Yo, por supuesto, contestaba nada. No pasa nada. Cuando acabó de secarse los pequeños regueros de espuma que había dejado la cuchilla entre pasada y pasada, y la que quedaba cerca de las orejas y por debajo de barbilla, se me acercó y me dio un beso en la mejilla. Sin prisas, con calma. Me abrazó con ternura, algo que no sabes muy bien qué es hasta que lo tienes tan cerca que ya no lo puedes esquivar, me pasó las manos por la cintura, luego por los hombros, me dio un beso ligerísimo en los labios que pareció durar una eternidad. Sin saliva, sin excitación. No sé si fue por su corpulencia, pero en aquel momento pensé que aquello era lo más parecido a estar dentro de algo.

¿Por qué no paras un ratito? El escritor se sienta en la butaca y cruza una pierna sobre la otra. Su trabajo consiste en observar, piensa. Así pues, la observa. ¿Hoy tampoco te han dejado dormir? No, sí que he dormido, pero ya sabe usted que de día... No le quiero soltar el mismo rollo de siempre, trabajo de noche porque quiero y hago horas extras porque quiero. Podría compartir piso y tener menos gastos, o buscar un piso que no sea tan nuevo. Con una mano se pasa el pelo por detrás de la oreja. Los ojos le van de un lado al otro. Sonríe forzada. Va dándole vueltas a un trozo de hilo que tiene entre los dedos, sin parar. A veces te pasa algo y no sabes qué es, como un desasosiego, ¿a usted no le pasa? A mí siempre, para escribir siempre tienes que sentir esa especie de inquietud. Yo no escribo, pero de vez en cuando me pasa y toda la limpieza se vuelve un caos. La limpieza nunca tendría que ser desordenada, tendría que hacerse de principio a fin, no puedes pasar la aspiradora antes de quitar el polvo ni fregar el suelo de la cocina antes de limpiar los armarios o la nevera, ni... Bueno, todo esto a usted no le interesa. Trabajar de noche está bien porque ganas más, y con lo que cobro puedo permitirme vivir sola, pero de hecho trabajar de noche es como ser un zombi. No se ría, no, ¿acaso no me ha visto las ojeras? Es como no vivir, o vivir la vida al revés. Cuando duermes todo el mundo está despierto, y cuando estás trabajando todo el mundo duerme. No puedes llamar a un amigo cuando sales de trabajar, no puedes aprovechar la pausa para... Se lleva un brazo hasta el hombro y lo presiona con fuerza. Pero no puedo quejarme, tengo buenos compañeros de trabajo con los que compartir mis cosas, las mujeres con las que trabajo me hacen reír mucho. Son más mayores que yo y les han pasado tantas cosas en la vida que me hacen sentir afortunada por no estar como ellas. Ya sabe, hombres que les daban palizas y cosas por el estilo. Para ellas, encontrar a un hombre que no te pegue ya es mucho. Sigue haciendo rodar el hilo entre dos dedos, lo enrosca alrededor de uno de los índices y se lo queda mirando. Abre la boca como si fuera a decir algo, aparta los ojos del hilo, mira al escritor y vuelve a enmudecer. Se

concentra en la tarea de intentar hacer las vueltas alrededor del dedo cada vez más perfectas. ¿Usted sabe qué quieren los hombres de las mujeres? Y perdone que le haga esta pregunta, pero los hombres a los que conozco me tomarían por tonta si se la hiciera, y las mujeres se reirían de mí y me dirían ¡Menuda pregunta! ¿No sabes que los hombres sólo tienen una cosa en la cabeza? Todos los que he conocido son así, pero a veces me pregunto si ésta es toda la verdad o si es una verdad sin excepciones. No soy ningún experto en la materia, pero a lo mejor buscan quererlas y que ellas los quieran. Ella alza los ojos al cielo y sonríe mientras meneaba la cabeza, se nota que usted pasa mucho tiempo aquí encerrado y no sabe qué pasa ahí fuera. El escritor se encoge de hombros. Creo que acabaré muriéndome sin ver ninguna excepción a la gran norma, la que dice que, de hecho, por mucho que nos cueste admitirlo, lo único que los hombres quieren de las mujeres es sexo.

POLILLA DE LOS CEREALES

Ella ha abierto el armario de la cocina en el que el escritor guarda parte de la comida. Ya ha limpiado aquellos armarios otras veces, los ha vaciado del todo y ha vuelto a colocar los paquetes de arroz, pasta seca y atún en la balda superior, y llenado los botes de plástico con los paquetes medio vacíos. Había muchos paquetes a medio acabar. Macarrones, dos o tres bolsas. ¿Por qué empieza una sin haber vaciado la otra? Había encontrado cuatro o cinco macarrones en el fondo de una bolsita toda estrujada que parecía para tirar. Un paquete casi lleno pero ya empezado, un par más sin apenas nada. Y con el arroz pasaba lo mismo. Y con las lentejas. Y con diferentes tipos de pasta y harina. ¿Qué hace este hombre con la harina? ¿Pasteles? Pan rallado, harina de fuerza, maicena. Sobres de flan, frutos secos. Al abrir el armario no se veían más que montañas y montañas de bolsitas arrugadas y otros paquetes sin abrir. Por eso compró un lote de *tuppers* de los baratos, de los que se venden encajados unos dentro de otros, y los fue llenando con los restos de comida. Fue poniendo los macarrones con los macarrones, la pasta diferente con la pasta diferente, el arroz con el arroz. Al final consiguió un armario repleto de botecitos bien colocados y un sinfín de bolsas arrugadas esparcidas por el suelo. El proceso le había proporcionado una sensación grata, como de victoria. Al terminar lo había mirado todo y se le había escapado un suspiro de orgullo.

Pero hoy, al abrir las puertas del armario, se ha sobresaltado al ver un insecto que salía volando de su interior. Pequeño y gris. No, no es gris. ¿Qué es? Sigue con la mirada al que ha huido volando y ve que se posa en el techo, en uno de los ángulos que éste forma con la pared. Hay un rastro como de telaraña casi imperceptible. No es una telaraña, es una película mucho más fina que no llega a telaraña. El insecto permanece inmóvil mientras ella lo observa tan de cerca como puede, con el cuello totalmente estirado y vuelto hacia arriba. Se da cuenta de que el rastro de película fina se extiende en otros ángulos de la cocina, intermitente, aquí y allá. En los rincones, sobre todo. Observa las alas del insecto, son tirando a brillantes. No es gris, es de un marrón poco definido que desprende cierto brillo. De lejos parece opaco, pero si te acercas se ve una capa que reluce. O bien no es una capa, sino todo el animal el que centellea de un modo sutil. Hay que fijarse para verlo. Es dorado, de hecho. Es hermoso, de hecho, pero Ella sólo piensa en el asco que le da. ¿Un insecto hermoso? Como no sea una mariposa... No se mueve, permanece quieto en la zona donde el blanco de la pared es menos blanco a causa del aire de todos los días, que lo ha ido ensuciando. Vuelve al armario. ¿De dónde habrá salido, si estaba todo limpio y ordenado? Lo mira fijamente, sumida en el desconcierto, cuando se asusta al oír la voz del escritor a su espalda. No es que se le haya acercado mucho, pero estaba tan concentrada buscando a las polillas que no ha oído sus pasos y cuando ha empezado a

hablar ha sido como si la hubiese invadido de pronto. ¿Estás más descansada? Le ha preguntado esto o si estaba mejor, o si estaba bien. Bien, bien, le dice, y piensa que le molesta un poco que no la deje acabar de descubrir qué está pasando en aquel armario. El escritor nunca cambia de aspecto, siempre lleva la misma ropa, el mismo peinado, el mismo afeitado. Debe de ser por el día de la semana en que va a limpiarle. ¿Cómo será fuera de aquel día y de aquel rato en aquel piso? ¿Cómo será cuando hace otras cosas que no sean estar allí? Ella observa la piel de su cuello. Flácida, se dice, pero ésa no es la palabra. Dada de sí, una piel que ha vivido más años que Ella y se relaja un poco. Los hombres mayores se parecen todos. Y le sorprende que él la mire como lo mira Ella a él, y se ruboriza.

Él había llamado muy nervioso mientras me miraba en el espejo las delgadas líneas que se me formaban debajo de los ojos. Tenía unas cuantas, y me habían salido de golpe. No recuerdo cuándo. Quizá de tantos días sin dormir. Necesito verte, necesito hablar contigo. Yo, incrédula, me limité a contestar con un venga ya. Ya lo sabe, cuando Él decía aquello de necesito verte como si estuviera en un culebrón venezolano lo que en realidad quería decir era que quería follar. Yo, qué quiere que le diga, por entonces empezaba a estar un poco cansada de tanto sexo apasionado. Cuando es así cada día, apasionado, digamos que pierde la gracia. Le dije que no podía, que tenía la regla. No, no hablo de eso, necesito verte de verdad. Vamos a dar una vuelta en coche, a la montaña, salgamos de aquí.

Salí a la calle con la extraña sensación de estar escapando de un secuestrador. ¿Verdad que suena raro? Pues fíjese, cerré la puerta tratando de no hacer ruido y pendiente de si alguno de los vecinos me veía salir. Y la deslumbrante luz del día me obligó a cerrar los ojos, allí plantada en la acera abrazándome con fuerza el abrigo. Estaba convencida de que no vendría, nunca habíamos caminado juntos por la calle, no habíamos ido a ningún restaurante, no habíamos hecho nada de lo que hacen las parejas a medida que se van conociendo. Pero, claro está, yo no era ni sería nunca su pareja. Y no vaya usted a creer que tenía la menor intención de serlo.

Me subí al coche pero no nos dimos un beso. Me tendió la mano, sonriente, como si aquello fuera una reunión de trabajo. Por un momento pensé en provocarlo hasta obligarlo a hacer algo allí en medio, en la calle. Cogerlo por la nuca y besarle aunque no quisiera. O peor aún, mirarlo de aquella manera, apretándole la mano con fuerza, y que tuviera que resistirse a besarme sólo porque su situación no se lo permitía. Si lo hubiese hecho, habría demostrado lo que era una evidencia no explicitada por ninguno de los dos: que pese a la repetición de nuestros encuentros, aquello no dejaba de ser un simulacro, una farsa. ¿A qué venía aquello de salir juntos como dos enamorados? Le pregunté a qué venía aquello y me contestó que quería estar conmigo, que no era tan raro. Por supuesto que es raro, nunca hemos salido de casa. Tengo ganas de hacer otras cosas contigo, de pasearme contigo por los lugares que me gustan. Tengo que llevarte al pueblo, donde tenemos una casita... Me gustaría salir de viaje contigo, ¿qué te parece? Me invento alguna excusa y nos

vamos a un país que quieras visitar. Uno de los que salen en las guías de viaje que tienes. Dónde te apetezca a ti. ¿Y qué más? ¿Qué le explicarás a tu mujer? Cualquier cosa, un congreso lejos de aquí, no lo sé. Me da lo mismo, en realidad. Yo lo que quiero es pasar una noche entera contigo. Mientras él decía todo esto yo me reía para mis adentros de puro bochorno, ¿un congreso? Qué previsible, que historia más vulgar, pensé de pronto. Él excitado, la mirada entre la carretera y mi rostro. ¿Qué me dices?

No me quedó más remedio que volver la vista hacia el paisaje. Al llegar a la montaña, con tanto olor a humedad y a verde, me sentí cuando menos desconcertada.

No le pregunto si ya ha terminado el libro. No, mejor que no. Es que debe de ser muy complicado, ¿no? Tan complicado como la vida misma, no me puedo quejar. Usted que es un hombre, ¿sabe qué les pasa a los hombres? Es que a mí el trabajo me parece de lo más fácil, pero los hombres... ¡imposible! ¿Por qué lo dices? Porque hace unos cuantos años que los trato y todavía no he logrado entenderlos. No sé qué quieren de mí, no sé qué buscan. Parece que busquen una cosa y luego resulta que quieren otra. Y todos intentan enredarte, hacerte creer que lo que quieren es que estés a gusto, que te lo pases bien, pero creo que no es más que una pose. Las mujeres de la fábrica dicen que todos los hombres, todos, quieren lo mismo de las mujeres, que aunque te cases y tengas hijos y todo eso, lo único que quieren los hombres es follar. ¡Ay, perdone! Muchas de mis compañeras de trabajo se pelean con los maridos y luego ves que ellos intentan reconciliarse con ellas cuando les entran las ganas. ¿Y no te parece normal que los hombres busquen a las mujeres? ¿Crees de veras que todos son iguales? ¡Pues sí! Si no, no se entenderían algunas de las cosas que hacen. ¡Es que a veces te sacan de quicio! Te los encuentras por todas partes y parece que quieran pedirte algo, algo que necesitan de ti y que sólo tú les puedes dar. No sé si me sigue. Empiezo a estar harta de todo eso, de los deseos de los hombres. No entiendo por qué vienen a buscarme. ¿No entiendes por qué puedes gustarle a un hombre? ¿Acaso no te consideras deseable?

Ella lo mira fijamente y el silencio se hace largo. Este hombre ni siquiera parpadea, piensa, sigue mirando y Ella debería dejar de mirarlo así, pero lo hace para pensar en lo que ha dicho. Se lleva un dedo a la oreja y se la quiere hurgar con fuerza, dar vueltas con la uña en su interior hasta sentir que la piel se va desgarrando, hasta sentir el placer del alivio. Pero sigue delante del escritor, que la mira esperando una respuesta, por lo que se limita a rascarse la parte externa, muy cerca del orificio, pero sin llegar a entrar.

Los hombres son diferentes, a los hombres les gustan todas las mujeres. Yo no he visto nunca a un hombre hacerle ascos a una mujer ante la posibilidad de un polvo gratis, ya lo sabe. A las feas las tapanían y punto, o no las mirarían a la cara. El escritor no dice nada. Se limita a asentir, escéptico. ¿Sabe usted de dónde salen estos bichitos? Señala con el dedo el techo de la cocina. Creo que son polillas.

PULPO DE TIERRA

Ella vuelve a abrir el armario despensero para ver si queda algún insecto. Nada. Ni rastro. Los ha vencido, les ha ganado la partida, no pueden con ella. Sonríe y está a punto de cerrar las puertas cuando se fija en uno de los botes, justo por debajo de la tapa verde claro. Una película finísima apenas visible. Coge el bote y lo abre: las polillas han dejado su rastro por toda la tapa. Qué asco, qué asco. Lo mira muy de cerca, volviéndose hacia la luz del día que entra por la ventana. ¿Cómo han entrado allí dentro? Si no se ven, si no salen volando, si no aparecen por ninguna parte. Pero sabe que están allí, la seda que se va adhiriendo a los bordes de la tapa es la prueba de ello. ¿Dónde estarán? Coge el bote lleno de arroz y lo agita. Se echa atrás, sobresaltada, ante la cantidad de insectos alados que salen volando, ahuyentados por el movimiento. Suben hacia el techo pasándole a ras del rostro, todos juntos, rozándole la piel. ¿Pero cómo se han formado? ¿Cómo han ido a parar allí dentro? Luego registra otro bote y agita su contenido, haciendo salir a todos los insectos de golpe. Luego otro, y otro más, y todos los botes del armario resultan estar llenos de insectos. Toda la comida se ha echado a perder por culpa de aquella asquerosa capa de seda. Malditos, malditos insectos. Todos, absolutamente todos los botes están igual. Qué grima, qué asco. Se nota la respiración acelerada. Espantada.

Él había vuelto a venir mientras yo dormía. Estaba en la cama, entre la noche y el día, cuando intuí la luz intermitente del móvil en silencio. En silencio de verdad estaría si no hiciera nada, si no avisara de ningún modo que alguien estaba llamando. Pero no. Cerré los ojos, intentando retener el calor de la habitación a oscuras y de las sábanas tibias que me envolvían como a una momia. Habría dormido toda la vida, noche y día.

Me dijo que quería hacer algo especial conmigo. ¿Otra vez? Ya fuimos a pasear por la montaña el otro día. Ahora quiero dormir. No, no cuelgues, tengo que decirte algo muy importante. ¿Importante?, repetí, haciendo un ruido socarrón con la nariz. Que sí, tonta, venga, en dos minutos estoy ahí.

Su coche estaba lleno de una voz desgarrada, no habría sabido decir si masculina o femenina. Tengo una fantasía que me gustaría hacer realidad. ¿Hacemos un intercambio de fantasías? Yo hago lo que tú quieras y tú haces la que yo te pida. Vaya, así que era ésa la sorpresa, pero esto sólo lo pensé, no llegué a decirlo en voz alta, no quería que pensara que esperaba otra cosa, una continuación del paseo por el bosque del otro día. ¿Estás seguro? Creo que este juego te puede salir peor a ti que a mí. Tiene que ser algo que no hayamos hecho nunca. Me cogí tan fuerte como pude al tirador de la puerta del coche y le dije que estaba loco. Mientras, recordaba cómo me había cogido la mano, cómo sus dedos no cabían en los intersticios de los míos. No pienso montármelo con ninguna tía delante de ti, si es

eso lo que quieres. Todos tenéis la misma fantasía de perversos. No me van las tías. No, no, la mía es más sencilla. ¿Ves aquel barranco de allá arriba, donde está aquella iglesia pequeña? Es un lugar que me gusta mucho, voy allí a menudo, los mediodías que tú no me quieres ver, y miro toda la ciudad desde allí. No está muy arriba, pero tiene muy buenas vistas. Es un lugar que siempre me ha gustado, cuando hace calor, cuando hace sol y puedo ver claramente si la persiana de tu ventana está subida o no, la gente que va por las calles. Pero también me gusta ir hasta allí cuando hay niebla o está nublado. Con la niebla no se ve nada, pero con las nubes justo encima parece que las tengas más cerca, que las puedas tocar. Y de tan cerca que las tienes parece que estés en un lugar cerrado en lugar de estar a la intemperie.

¿Y por qué me cuentas todo esto, quieres hacer un trío en la iglesia? No, tonta, no quiero hacer ningún trío. Quiero follarte mirando la ciudad, quiero follarte desde mi rincón. Ah, ¿ésta es tu fantasía? Creo que es demasiado fuerte para mí. Rompí a reír con ganas y lo miré, desafiante, con la imagen de ambos sentados en la cumbre de la montaña todavía pegada a mí. Con el verde que tenía a los pies pegado a mí, y de pronto me entró una especie de tristeza que no sabía de dónde había salido. Como todas las tristezas, ¿no? Él volvió a mirarme, serio, y me dijo que la idea lo excitaba mucho, se lo crea o no, que siempre había pensado en ello pero nunca había encontrado a la mujer que quisiera hacer algo así con él. Lo decía abriendo la boca hacia un lado, como si se le fuera a escapar la saliva por allí. Lo más lógico, dadas las circunstancias, habría sido preguntar ¿y tu mujer? ¿No le gustaría que te la follaras en la cima de un barranco, mirando toda la ciudad? Pero me cogí todavía más fuerte, notando el sudor, y callé. No, claro, las mujeres no están por la labor de hacer según qué. O al menos la suya. ¿Y bien? ¿Aceptas? Lo miraba, intentando adivinar qué había detrás de un deseo tan poco convencional y a la vez tan banal, tratando de adivinar dónde estaba la trampa. Pero ¿sabe qué? No siempre hay trampa. A veces lo único que pasa es que queremos hacer algo y punto, sin que haya ninguna explicación profunda que justifique nuestros deseos. Qué fantasía más rara. No es un trío, ni es hacerlo en público (a menos que haya alguien allá arriba), ni invitar a otra pareja ni nada parecido. Por un momento me sentí vencedora, pensando pobre infeliz, no sabe que podría pedir cualquier otra cosa. ¿Y si vamos a follar a la montaña luego harás lo que a mí me apetezca? Sí. ¿Sea lo que sea? Sí, sí, lo que sea. ¿Qué quieres? ¿Qué querrías hacer que no hayas hecho nunca? No, eso sería hacer trampa. Yo cumplo y luego te lo cuento. Pero recuerda que no puedes negarte a nada. De acuerdo, de acuerdo, me dejaré atar sin decir ni mu.

Casi me caigo por una pendiente al pisar en falso una piedra que cayó rodando y rodando entre los árboles. Sí que se veía toda la ciudad desde allá arriba. ¡Hasta la fábrica, veía! Oía el ruido de la piedra, que ya había llegado abajo del todo. Él extendió un mantel a cuadros sobre un pequeño claro. Qué angustia me dio verme rodeada de tanta tierra a punto de precipitarse al vacío. ¿Por qué no caen las montañas, arrastradas por su propio peso? ¿Por qué se mantienen rectas como si

nada? Él se sentó y con una mano sacudió enseguida la que había apoyado en el suelo. La tierra era oscura. Olía a campo, a bosque, a hierbas. Apestaba, más bien. Todo apestaba igual, como a vivo. Se me empezó a hacer raro el entorno, no podía quitarme de la cabeza que aquella era la primera vez que lo haríamos fuera de mi casa. Es una tontería, ya lo sé... Lo miraba y me parecía verle más que nunca la grasa de la papada, los ojos grandes y aquella boca que nunca cerraba. Hasta cuando guardaba silencio parecía a punto de abrirse. Por un momento tuve la impresión de que aquella boca no encajaba del todo en su rostro, que alguien se debió de equivocar al asignar aquellos dientes y aquellos labios a un rostro que se les quedaba demasiado corto. Los ojos también sobran, empecé a pensar mientras Él seguía hablando sin parar, alisando el mantel y preguntándome si quería comer antes o después. Antes o después de qué, habría preguntado. Pero antes de que pudiera contestar Él ya se me había metido en la oreja, dejando aquella sensación de frío que siempre queda tras el rastro de saliva. Sólo dejé de notarla cuando el calor de la excitación me llegó a la oreja. Mientras me la hurgaba, yo miraba el humo que salía de una de las chimeneas de la fábrica, muy lejos. Una fábrica en la que de día trabajaban personas que dormían por la noche y tenían vidas normales. Personas que por la noche cenaban con alguien, que pedían una pizza o comida china o se hacían una tortilla y luego se ponían el pijama para dejar que el sueño los fuera venciendo poco a poco, como la cosa más normal del mundo. Qué envidia me dieron, quienes trabajaban entonces. Pensé en las pocas ocasiones que podía pedir comida china para cenar y no para desayunar. De hecho, ninguna de mis comidas se correspondía con las que hacían los demás. Desayunaba a mediodía, la cena me la llevaba al trabajo. ¿Y el almuerzo? No almorzaba jamás. Veía el toro de lejos e imaginaba el ruido que hacía al cargar y descargar palés de pizzas cuando Él empezó a recorrerme la piel, torpe como siempre, y ya se precipitaba hacia abajo, hacia mi sexo. Le gustaba mucho hacer aquello, y no supe decirle que a lo mejor, allí delante de toda la ciudad, no era lo que más me apetecía. De hecho, me estaba poniendo nerviosa, pero cedí y era como si un pulpo pegajoso me estuviera chupando hasta el tuétano, cogiéndose a mí con todos los tentáculos. Me dejé arrastrar mientras imaginaba que en realidad aquel pulpo gigante que se aferraba a mi cuerpo como una ventosa había salido de debajo de la tierra. Su boca era como otro coño que se me follaba, un coño con tentáculos. Me sequé los restos blancos de la comisura de los labios, de las mejillas. Restos que se habían secado. Me mojé los dedos con saliva y me los pasé por la piel para reblandecerlos. Me molestaba haberme quedado con el gusto de Él en la boca, pero más me molestaba notar mi propio gusto llevado por su boca hasta la mía. No me ha gustado nunca que los hombres hagan estas cosas, que se me coman el coño y luego me besen, me parece de lo más grosero. Quizá haya mujeres a las que les guste su propio sabor, pero a mí no. Y los olores. Me pareció que desprendía más olores allí, entre tanta tierra, que cuando estaba en casa. Tragué un sorbo de cerveza amarga que me resbaló por la

garganta hasta caer en el estómago vacío. Cerveza para desayunar. Él acabó de limpiarme la mejilla, sonriendo. Te quiero, dijo. Así, de improviso. Después de aquello, lo suyo hubiese sido que yo guardara un silencio incómodo, o que pusiera cara de sorpresa, o que le hubiese contestado con un yo también te quiero y quiero estar siempre contigo, deja a tu mujer y vente a vivir conmigo. Habría podido ser así, pero lo que yo hice fue escupir un chorro de cerveza al oír sus palabras, y no podía parar de reír. Venga ya, no jodas, me tomas el pelo. Él se volvió para contemplar la ciudad, desconcertado. Eres una mala puta, ¿cómo puedes reírte de algo así? Yo aún me reía y le decía que dejara de bromear, que aquello no se lo creía ni él. Me miró indignado. ¿Pero tú y yo no somos amantes? ¿No estás casado con una persona con la que tienes una hija? ¿Cómo puedes decirme que me quieres? Pues mira, es lo que siento, ¿qué quieres? No creo que sea lo que sientes, es lo que crees que sientes porque no estás bien con tu mujer y buscas a alguien en quien refugiarte, pero créeme, tú no me quieres. Estás muy confundido. Él no decía nada, sólo miraba hacia la ciudad. Déjalo ya, ¿quieres? No pienso decirte nada más, ya veo que no sientes nada por mí. ¿Pero qué dices? ¿Qué quieres, que ahora te diga que yo también te quiero y que seremos muy felices juntos? ¿Es eso? Aquí no estamos en igualdad de condiciones, o sea que no juegues conmigo. No tienes ningún derecho a exigirme nada, no tienes derecho a pedirme nada. De acuerdo, de acuerdo, déjalo estar. Tú y yo somos amantes y punto, ha quedado claro. Ahora dime cuál es tu fantasía. Fue entonces que otra piedra cayó rodando barranco abajo.

Mira uno de los paquetes de pasta fina sin abrir que hay en la balda de más arriba: también hay polillas en su interior. En uno de los extremos del paquete, allí donde alguien lo ha plegado haciendo un triángulo que va hacia dentro, hay unos agujeros tan pequeños que sólo se ven si te acercas mucho. Abre un paquete de harina blanquísima, la escruta y no tarda en descubrir una colonia de polillas que la mancillan.

Ella se lo vuelve a mirar todo con un gesto que parecería una sonrisa si no fuera porque es de asco y tiene los dedos de las manos bien separados, todavía suspensos en el aire. El escritor entra en la cocina y Ella sin saber cómo explicarle lo que ha pasado. ¿Lo que ha hecho? No, Ella no lo ha hecho, no es culpa suya. Mire, todo esto habrá que tirarlo. ¡Todo! No se puede aprovechar nada. Mire, yo no lo entiendo, no sé cómo ha pasado. La semana pasada intenté dejarlo todo limpio y pensaba que ya no quedaba ningún bicho de estos, pero hoy... Iré a por unos papeles que se pegan dentro de los armarios, se quedarán todos atrapados en el papel, pero con la comida que tiene usted aquí ya no se puede hacer nada. Vaya, no sé si le hará daño, pero yo de usted no la aprovecharía. El escritor le dice que no se preocupe, que ya lo puede tirar todo. Ella se sienta en uno de los taburetes de la cocina, abatida. Esto es una mierda. Pero no lo dice ni enfadada, lo dice derrotada. De verdad, no se preocupe, no pasa nada. Mire, yo creo que estoy demasiado cansada de todo, que algo habré hecho

mal. ¿Tú? ¿Por qué? Esto pasa en las mejores casas. Ella no despega los ojos del suelo, siente un dolor intenso que no le deja tragar saliva.

EL IMPOTENTE

Nota un olor extraño en casa del escritor. ¿No lo nota él? Es desagradable, como a podredumbre, como los trapos cuando los dejas sin enjuagar después de haberlos usado y el moho se les va acumulando hasta que se vuelven viscosos. El mismo olor pero multiplicado, esparciéndose por toda la casa, llenándole las fosas nasales. ¿Sabe usted de dónde viene este olor? Qué olor, le había contestado el escritor desde el estudio. Haz lo que te parezca, yo estoy trabajando muy bien y no puedo parar. ¿Con esta peste, trabaja? Pero Ella no le dice nada y empieza a olfatear cada una de las habitaciones para descubrir de dónde proviene el hedor. Ni del comedor, ni de la cocina, ni del cuarto de baño, ni de la habitación en la que duerme el escritor. Desde el pasillo tampoco parece que venga del estudio. Finalmente, abre la puerta que da a la galería y la pestilencia se hace todavía más intensa. ¡La lavadora! La mira y ve que está llena de ropa. La abre y un hedor horroroso sale de su interior al tiempo que derrama un agua teñida de gris blancuzco. Un agua viscosa. Toca un momento la ropa que hay dentro de la lavadora y la encuentra toda cubierta por aquella capa indefinida.

Aquel tacto escurridizo me hizo venir a la mente imágenes del último encuentro con Él. Me cogía a uno y otro lado de la mesa mientras me embestía desde atrás. Con cada golpe, la mesa se empotraba contra la pared y veía cómo iba haciendo pequeñas muescas en el yeso. Él me clavaba los dedos redondos en el ángulo que, forman las nalgas con los muslos, en la carne blanda. Nervioso, como siempre, de vez en cuando tenía que parar porque salía de mí sin previo aviso. Ya le he dicho otras veces que era más bien torpe. Yo giraba la cabeza y lo miraba, ahora ya no sé si más resignada que desafiante. De pronto me sentí cansada de tanta lucha. ¿Por qué siempre tenía que batallar en el sexo? ¿Podía ser de otra manera? Entonces ya no era sólo la mesa la que topaba con la pared, era también mi carne la que se clavaba en el canto a medida que él se me aferraba, todavía pringoso. Al acabar tuve la impresión de que me abrazaba toda la espalda, dejándose caer encima de mí, y por un momento noté el agradable peso de su tripa sobre los pequeños músculos que me ciñen la columna.

Me volví para buscar la camiseta que había dejado tirada en el suelo. No lo miraba, ni me miraba a mí misma, ni me recorría por dentro mentalmente para saber si estaba como antes de que viniera o para rastrear el latido del orgasmo, que a menudo se ramifica con latigazos cada vez más espaciados entre sí. Aquella vez no tenía que buscar nada porque la única sensación que me había quedado era de escozor por haber frotado mi piel demasiado seca con la suya, porque Él no había querido esperar, tenía prisa. Y a mí, cuando me imponen las prisas, sin querer me seco tanto que ya no hay manera de que las cosas fluyan fácilmente. O quizá lo que

pasaba era que estaba cansada de verlo tan a menudo.

Hizo amago de acariciarme, acercando la mano a mi mentón, pero le esquivé el gesto y enseguida se puso a hablar por los codos, yendo y viniendo de la cocina en busca de algo para almorzar.

Esto ya dura demasiado. Estoy cansada.

Él me dijo que ya sabía que no lo quería, que sólo nos veíamos para follar, que le había quedado claro que no quería nada más de él, que no me preocupara.

Claro está, era un reproche. Imagínese qué escena más típica, un hombre que le pone los cuernos a su mujer y le reprocha a la amante que no lo quiera. Por supuesto, habría sido muy fácil dejarme llevar por su fantasía, que se viniera a vivir a casa y ser felices. Sí, así de ridículo. Pero usted ya debe de saber cómo acaban estos desenlaces. Yo me jugaba mucho más que Él.

Como un escupitajo, las palabras de reproche se me fueron agolpando en la concavidad que forman los dientes, por debajo de la lengua. Palabras como por ejemplo que Él ya tenía la vida resuelta, que no se jugaba nada. Palabras como cabronazo e hijo de puta, como para qué quería que me implicara en lo nuestro a sabiendas de que no tenía ningún futuro. Por primera vez también me vino a la lengua la gran pregunta, que me subió por la garganta como un buche de bilis: ¿por qué le hacía todo aquello a su mujer? ¿Por qué no era capaz de solucionar los problemas que tenía con ella, por qué enseguida buscaba a otras mujeres? ¿No la quería después de tanto tiempo? ¿Después de haber tenido una hija con ella, después de pasar con ella cada noche de su vida? Le habría dicho todo esto, pero me había prometido a mí misma que nunca me metería en su vida. ¿Qué explicación me habría podido dar? ¿Clichés trasnochados sobre la necesidad de buscar fuera lo que no encontraba en casa? ¿Que hacía tiempo que no se entendían, su mujer y Él? ¿Que tenían problemas? Siempre que he estado con un hombre casado he pensado lo mismo, que las explicaciones se las tienen que guardar para ellos. Sin embargo, por alguna extraña razón, a menudo se sienten obligados a explicarte por qué les ponen los cuernos, y es entonces cuando se vuelven patéticos. Señores, no hace falta, eso es cosa suya, su responsabilidad. Yo sé qué pactos tengo conmigo misma, pero ¿qué necesidad tenía de hacerme responsable también de los pactos que ellos tuvieran con sus mujeres? Entonces estaba muy segura de todo esto, y por ese motivo no le escupía los insultos ni las preguntas que se me iban depositando bajo la lengua. Además ya lo sabe usted, las mujeres siempre culpamos a las amantes de la infidelidad de nuestros maridos. Si le contara la de veces que he oído la expresión «aquella zorra lo enredó»... Como si ellos no pudieran controlar de ningún modo dónde la meten.

Retuve toda la saliva sobrante entre los dientes y le dije que teníamos que dejarlo, haciendo esfuerzos para que no empezara a escapárseme, traidora, por las comisuras que cerraba con tanta fuerza como podía mientras articulaba las palabras. ¿Sabe lo que es hablar limitando al máximo los movimientos de los labios,

la lengua, la garganta? Por toda respuesta, Él empezó a hacer aquello tan característico suyo de mover los ojos a uno y otro lado. Como quieras, dijo, pero como si no se lo acabara de creer. Puede que fuera de los que creen que cuando las mujeres dicen que no titubeando es que en realidad quieren decir que sí, y sabía que antes o después podría intentar colarse por uno de los resquicios de mis dudas. Habría sido normal, ¿sabe? ¿Cuántas veces le había dicho que no y luego era que sí? Es que he conocido a alguien y me gustaría concentrarme en él, me parece que podría funcionar. No sé si se lo expliqué para darle celos o para convencerlo de que esta vez iba en serio, que era que no de verdad.

No paraba de moverse por el comedor, riendo, haciendo bromas, decía qué bien, me alegro por ti. Eso sería perfecto, así estaríamos en la misma situación, así nadie saldría perdiendo.

No, no me has entendido, yo lo que quiero es que tú y yo lo dejemos. Creo que con este hombre las cosas pueden salir bien. Con él puedo caminar tranquila por la calle, puedo irme a cenar, se puede quedar a dormir los sábados. Contigo no puedo hacer nada de eso. No, no, si ya sé que no quieres nada serio conmigo, eso ya lo dejaste claro el otro día.

Yo no te dije eso, lo que te digo es que en tu situación no puedes ni plantearte algo semejante. ¿Por qué no vuelves a casa y dedicas un poco más de tiempo a tu matrimonio? A lo mejor el problema es ése, que no quieres darte una segunda oportunidad, no quieres hacer el esfuerzo que requiere una relación larga. Vamos, yo no sé nada de todo eso, pero no creo sea bueno para ti que nos sigamos viendo. Imagínese qué ridícula, dándole consejos para salvar su matrimonio con cuatro frases aprendidas de un mal culebrón. ¿Segunda oportunidad? Cuánta ingenuidad, ¿no cree? Quizá al verlo así, inquieto, sentí la necesidad de hacerle el trance un poco más llevadero. No sabría decírselo.

¿Y quién es ese hombre al que has conocido? Uno. ¿Folla bien? Por supuesto. ¿Sabe una cosa? Estoy segura de que la sonrisa que hice en aquel momento era calcada a la que hacía cuando empezaba a relatarle los encuentros con otros hombres que Él celebraba pidiéndome toda clase de detalles.

Pero no se crea, esta vez no tenía la menor intención de explicarle nada de lo que pasaba entre el Impotente y yo. De hecho, aún no me había ido a la cama con él. Lo había conocido una mañana de domingo que había dormido toda la noche. No sólo toda la noche, había dormido prácticamente veinticuatro horas, desde que había llegado del trabajo el sábado por la mañana. Recuerdo haberme levantado para engullir, medio dormida, galletas de un paquete que luego encontré entre las sábanas. Y aquella mañana, sentada en una terraza, me tomaba un café sin acabar de creer que pudiera ver el día de aquel modo, con ojos de persona despierta, con ojos de persona viva. Una mañana de sol, además.

El Impotente estaba sentado en la mesa de al lado, solo, leyendo el diario. Un hombre mayor que yo, alto, delgado, cuya piel empezaba a ceder en torno al cuello.

Es en el cuello donde las personas tienen la edad. Yo miraba a toda la gente que había en la plazoleta con una sonrisa en los labios, por la espalda descansada, por el sol, por el domingo. Y al encontrarme con la mirada del Impotente, él también sonrió. Al cabo de un rato volvimos a coincidir. Y otra vez, y otra más, hasta que en la última rompimos a reír al unísono. La distancia entre las mesas era escasa. Ahora no sabría decirle exactamente cómo empezó la conversación, si por el sol que hacía, la plaza o el diario. Es igual, porque yo entonces ya lo miraba muy atentamente a los ojos e intentaba que no se me escapara ninguno de los movimientos que dibujaban sus labios. De pronto, empecé a notar un gusanillo que no era el de siempre. La agitación que estaba acostumbrada a sentir era como un hormigueo interno que empieza en la entrepierna y se te va metiendo dentro, hasta bien arriba, un latido de los músculos que piden con urgencia llenar el vacío que forman. Pero el gusanillo de aquella mañana de domingo empezaba más arriba, en la boca del estómago, y hacía el recorrido inverso. Salía de dentro y parecía esparcirse, ramificado, por el resto del vientre, el tronco, por todo el cuerpo. Un gusanillo de los que te hacen sentir ganas de levantarte de un brinco. Daba risa.

Va hasta la puerta del estudio del escritor. Oiga, ¿sabe que tiene ropa en la lavadora? Sí, sí, ya lo sé, pero ya te dije el primer día que de la ropa me encargo yo. Pero ¿cuándo puso la ropa a lavar? No lo sé, no lo sé, ya lo miraré, tú no te preocupes y déjalo estar. Ya hablaremos.

Sí, claro, déjalo estar, con esta peste por toda la casa.

USTED NO ESTABA

Hoy el escritor no está en casa. Ha tenido que salir de viaje, o da una entrevista en la radio, o ha tenido que ir a una biblioteca. Se lo había dicho la semana pasada, cuando le había dado una copia de las llaves de casa y le había dicho ten, la semana que viene no estaré. Ella llega a casa del escritor sudando a mares, agitando las bolsas de un lado al otro, nerviosa. Al principio le cuesta abrir la puerta, no sabe hacia dónde tiene que girar la llave y le entra un pánico terrible sólo de pensar que no podrá entrar, que no podrá hacer su trabajo y el escritor acabará pensando que en cuanto se da la vuelta Ella hace lo que le viene en gana, se convierte en una irresponsable. Se le ha disparado el pulso y ha sentido un mareo extraño, ha llegado a creer que estaba a punto de caer por la escalera sin barandilla. Al final, sin embargo, ha oído con alivio el ruido de la llave dentro de la cerradura, que ha cedido. Nada más entrar, ha dejado las bolsas en el suelo y se ha quedado allí en medio, como un pasmarote, contemplando el pasillo. No sabe si esto de limpiarle la casa al escritor sin que él esté resultará más liberador o incómodo. Mientras lo piensa, va recorriendo con la mirada todos los rincones de la casa, oye el sonido cada vez más lejano de unos tacones femeninos sobre los adoquines de la calle.

Decide que hará suyo el espacio, que limpiará con la libertad de movimientos que suele tener cuando lo hace en su casa, sin que nadie la vea. Se va hacia el equipo de música del escritor y aprieta el on. Ha puesto un disco de música clásica. Qué previsible, un escritor que escucha música clásica. Repasa la colección de cedés que tiene junto al equipo y descubre que no hay nada que conozca. Todo muy raro. Podría poner la tele. Podría poner el programa de la tarde que suele ver cuando no va a casa del escritor, pero piensa que si hace eso es posible que tarde más en acabar y llegue tarde a la fábrica. No, decide buscar una emisora con canciones actuales, de las que suenan en todas partes y que puede cantar mientras limpia. Tiene que acordarse de volver a dejar la emisora que estaba antes. Lo apunta en un papel para no olvidarse. Sube un poco el volumen, sólo un poco. Luego mira hacia el estudio y recuerda que el escritor no está. La sube más todavía, hasta que le cuesta oír sus propios pensamientos.

Qué quiere que le diga, si usted no estaba podía hacer que el trabajo me resultara más agradable, ¿no? Además, aquel día estaba especialmente contenta. Mientras limpiaba bailando, recordaba haber abierto los ojos en una habitación oscura, oscura. No se ría, pero envuelta en aquella oscuridad tan densa y tibia pensé, yo misma, sí, estoy dentro de mí misma. Le parecerá extraño, ¿a que sí? Es que había dormido toda la noche, y tan a gusto. Era una habitación sin rendijas en las persianas ni ruido de tráfico de fondo, ni móviles que avisaran en silencio. Estaba en casa del Impotente, en una cama que olía a espliego. Querría conservar toda la vida

aquella manera de despertarme, pensé. Querría ser así de feliz toda la vida, e intenté retener todos los detalles, por si acaso. Si aquello no era la felicidad, por lo menos me reconfortaba saberme dentro de una cama, notarme la piel bien arropada por las sábanas y por su cuerpo, que olía bien. Era un cuerpo parecido al del Etéreo, todavía más ligero, largo y con la piel fina, blanca. Una piel suave con mucho vello por todas partes. Alargué el brazo y lo cogí por la cintura, envolviéndolo por completo con las sábanas que ahora, a oscuras, recordaba que eran de un blanco de algodón de calidad. Pensé que en el futuro, cuando quisiera recordar los primeros días con el Impotente, no tendría más que buscar un poco de espliego. Era por el cojín. Un cojín para el dolor de espalda que se calienta en el microondas y te lo pones en la nuca. La noche anterior había llegado tan dolorida de toda la semana que no bien me había llevado la mano a un músculo, quejosa, él había ido corriendo a buscar aquel cojín pesado. Me había dormido abrazándolo con fuerza, sin soltarlo. Qué tregua, el Impotente, como si lo hubiese buscado toda la vida. Debo ser justa con él, ¿sabe? A pesar de todo, aquello fue una tregua. Cuando me besó por primera vez bajo la luz dominical me entraron unas ganas inmensas de llorar. De hecho no estoy segura, pero me parece que sí lloré un poco. Por la ternura, por la poca invasión, por la calma con la que me sujetaba la barbilla antes de poner sus labios sobre los míos. Imagínese, qué tonta. Eres preciosa, me había dicho, y no parecía decirlo para llevarme corriendo a la cama ni para convencerme de nada. Lo decía porque lo pensaba y yo no hacía más que reírme, apartar los ojos para evitar su mirada y reírme de nuevo como si fuera muy pequeña y me lo estuvieran diciendo por primera vez. El día del que le hablo, el que recordaba mientras usted no estaba, él me abrazaba y me pasaba el dedo por el vientre blando, como aquellas bolas de masa de la fábrica que crecían en los fermentadores. Buenos días, amor, oí que decía al volverse, y enseguida pensé que qué limpio, qué aliento más limpio nada más despertarse. Recordé la cena con velas de la víspera, como una postal, él con un delantal en la cocina, friendo trozos de carne, las copas de vino ribeteadas como de oro. Me había fijado en las cortinas rematadas con un bordado floral, una orquídea blanquísima sobre el mueble del comedor. Una casa limpia y cuidada. Me sentí en paz.

Nos habíamos metido en la cama después de lavarnos los dientes y ponernos el pijama. Yo le había dicho que no llevaba pijama y él se había ofrecido para prestarme una camiseta suya. Me sentí un poco desconcertada, no se lo negaré. Era la primera vez que estaba con un hombre que sólo me besaba en los labios, en las mejillas, que me acariciaba detrás de las orejas, todo con mucha calma y sin parar de sonreír. Preciosa. Yo esperaba que aquello fuese la fase inicial, el comienzo pacífico de una relación diferente de las que había tenido hasta entonces. Ternura antes del sexo, había pensado, ¡qué bien! Me imaginaba qué vendría después, me lo imaginaba recorriendo mi piel con aquella misma cadencia, acariciándome lentamente, volviéndose hacia mí muy despacio. Me lo imaginaba metiéndoseme

dentro con calma, y sólo cuando yo estuviera lo bastante excitada, sin gestos bruscos ni sobresaltos de ninguna clase. Me imaginaba un sexo de terciopelo que no me invadía, que me llenaba sin hacerme daño. Todo eso imaginaba mientras él me recorría la boca con uno de los dedos y me miraba sonriente. ¡Qué feliz soy! Quizá dudé un momento, preguntándome si no me aburriría con un sexo tan pacífico, si no echaría de menos la sacudida intensa de los otros hombres, los mordiscos, los azotes en las nalgas.

Pero habíamos lavado juntos los platos, habíamos puesto música suave, habíamos comido un poco de chocolate y no habíamos tardado en ir a lavarnos los dientes. Por iniciativa suya. Lo tenía cerca todo el rato, con un cuerpo que se dejaba abrazar, que podía abarcar, y ahora el gusanillo ya no era sólo en el estómago, era también en la, entrepierna que lo quería. Pero él había dicho de cepillarnos los dientes y ponernos el pijama. ¿Nos vamos a dormir? Nos habíamos metido en la cama tal cual, vestidos, él con pantalones y camisa de manga larga, y yo había pensado que qué suerte tenía de estar con un hombre que no se te echaba encima a las primeras de cambio, que te respetaba. Seguro que el sexo sería muy especial con él. Lo fui abrazando y dándole besos que pretendían ser cada vez más húmedos bajo las sábanas, pero él me dio las buenas noches colocándome la cabeza justo por debajo de su barbilla, como si quisiera detener mis movimientos. Estoy convencida de que mientras se dormía podía intuir mis ojos como platos en la oscuridad, mis pestañas rozándole la piel del cuello cada vez que las abría y cerraba. Buenas noches, amor, había repetido, y yo había pensado que quizá fuera mejor así, que me quisieran de verdad y no desde el cuerpo... Así que me había abrazado con fuerza al cojín de espliego.

Hoy que el escritor no está decidirá qué hace primero y qué dejará para después. Siempre lo ha hecho, pero él la molesta tanto cuando está limpiando... Hoy le hará la colada, quiera o no quiera. Va hasta la galería y se da cuenta de que vuelve a haber ropa en la lavadora desde hace días. Abre la puerta redonda, que hace un ruido seco antes de vaciarse de agua. La ropa que había quedado por encima está seca y arrugada, la de abajo viscosa y gris. Vuelve a cerrar la portezuela, echa detergente en el cajoncillo hasta llenarlo, luego el suavizante, y sube hasta cuarenta grados la temperatura de lavado. Con prelavado y todo, que la ropa se pase un buen ralo allí dentro. Si fuera una mujer de las de antes, herviría agua y sumergiría en ella toda aquella ropa asquerosa. Qué hombre tan extraño, qué manía más rara. Sabe que al escritor no le gustará aquello, que se quejará de que ya le había avisado que no le tocara la ropa, pero no puede evitarlo. Si protesta le dirá que no puede trabajar en una casa en la que siempre hay aquel olor, que de nada sirve que limpie la casa si siempre huele a podrido. Está segura de que cuando entre y note el olor a limpio le gustará y ya no se enfadará con Ella. Mientras la lavadora da vueltas sin cesar, Ella hace la cocina, los baños, barre y friega el suelo. Friega el suelo como siempre le ha gustado hacerlo, descalza y bailando al ritmo de la música. Piensa que hoy podría hacer el

estudio, que siempre está ocupado por el escritor. Él no quiere que lo limpie, ha dejado la puerta cerrada, pero por quitarle el polvo y limpiar con la fregona no le pasará nada. Se lo piensa y al final decide abrir la puerta. Una habitación oscura, con una mesa al fondo repleta de papeles, una habitación pequeña repleta de estanterías, libros, papeles estrujados en el suelo. Una silla de espaldas a la puerta, vuelta hacia la mesa bajo una ventana con la persiana bajada. Podría leer algo suyo, si lo ha dejado allí encima. Por eso siempre ha intentado evitar las casas particulares, no sabe si será capaz de no fisgonear, de no averiguar cosas de las personas que viven en ellas. Y averiguar cosas de los desconocidos hace que te impliques en su vida de algún modo, hace que formen parte de ti. Decide que no, que no leerá nada suyo, y se va hasta el dormitorio del escritor. Se acuesta en la cama un rato para descansar. No tardará en quedarse dormida.

UNA NOCHE, UNA CENA

Ella le dice hola al escritor con una voz que intenta disimularse. Ha estado a punto de no ir, primero le daba pereza, luego se ha equivocado de camino y por poco llega tarde. Espero que no le moleste que haya lavado la ropa, es que olía tan mal... El escritor se frota las sienes un momento y dice no pasa nada. Verá, es que la gente no acaba de entender que limpiar no es sólo limpiar, que no es hacer cualquier cosa. Yo limpio de una forma u otra dependiendo de mi estado de ánimo, de cómo me siento cada día, y cuando usted no estaba me entraron muchas ganas de hacer una limpieza a fondo. Ya lo habrá notado, ¿no?

Ella se ha remangado la camiseta, pero sigue hablando. Se hace una cola con el pelo que le caía sobre los hombros y sigue hablando incluso mientras sujeta la goma entre los dientes. ¿Qué tal su viaje, bien? ¿Era un viaje, verdad? Sí, sí, muy bien. Te he traído esto: una guía del lugar que seguro que no tendrás. Yo ya la he usado, de modo que te la puedes quedar. Ella se la queda mirando con una sonrisa que le ilumina todo el rostro y que el escritor nunca le había visto. ¡Muchas gracias! Lo dice mientras sostiene el libro entre los dedos, le da la vuelta, lo hojea. Ésta es de las caras, ¿sabe? Es de las bonitas, fíjese qué fotos. Y abraza el libro. Mira al escritor con ganas de abrazarlo o de besarlo, pero lo que hace es sonreír aún más. Muchas gracias, de verdad. ¿Entonces no está enfadado? ¿Enfadado, por qué? Porque he lavado la ropa y he entrado en el estudio para limpiar el polvo y barrer el suelo. Como no sabía si podía tirar todos los papeles arrugados que había por el suelo, lo que hice fue ponerlos en la papelera. No, has hecho bien, gracias. De acuerdo, pero las gracias se las doy yo por haberme alegrado el día, ha sido una semana de aquellas que más vale olvidar. ¿De veras, por qué? Ella aún aprieta el libro contra el pecho y se mece ligeramente sin darse cuenta. Nada, que tenía una especie de novio y acabo de romper con él. ¿Aquel que era un amante? No, no, a ése hace tiempo que no lo veo, bueno, el par de meses que llevaba con este otro. ¿Meses, ya? No puedo creer que el tiempo pase tan de prisa. Claro que como sólo lo veía los sábados por la noche, tengo la impresión de que llevábamos menos tiempo. Éste era un novio, novio. ¿Y no ha funcionado? Es que no lo sé, lo hemos dejado sin ni siquiera decir que lo dejábamos, pero cuando nos despedimos el domingo creo que quedó bastante claro que lo nuestro no va a ninguna parte. ¿No le parece raro despedirse así, sin romper platos, sin discusiones ni nada de nada? ¿No le parece triste que nos hayamos despedido como si nos fuéramos a ver mañana pero sabiendo que ya no nos volveremos a ver? Yo siempre le digo que nunca entiendo nada, pero es que ahora, después de esto, menos aún. ¿Y qué ha fallado? Pues no lo sé, todo era perfecto, él era tan afectuoso, tan agradable, muy limpio, muy atento. La clase de hombre que las mujeres siempre quieren en las pelis y las series, de los que cuidan los detalles, de los que te regalan

flores y te dicen que estás muy guapa con esa nueva sombra de ojos o que se fijan cuando cambias algo de la decoración de la casa. Es de éstos, este hombre. ¿Y qué pasa, que no te gustaba lo suficiente? No, no es eso... Ella calla y aparta los ojos del escritor para posarlos en el marco de la puerta en la que éste se apoya sin poder reprimir una sonrisa. Es que me da corte contárselo. El escritor la observa sin decir nada. Es que tenía un problema muy grave... funcional, usted ya me entiende. Ah, dice el escritor. No ha habido manera, ¡en dos meses! Por eso le digo que yo creía que hacía menos tiempo que estábamos juntos. ¿Usted cree que no le gustaba lo bastante? No lo sé, ¿no crees que debe de haber un problema más complicado que eso? Es que me he sentido tan inútil sábado tras sábado, intentando que pasara algo. Sólo le diré que un poco más y se me desencaja la mandíbula. Lo dice antes de romper a reír y luego taparse la boca. No sé qué le pasa, no lo sé. ¿Qué edad tiene? Cuarenta y ocho años. Ah, olvídese, será mejor que se busque a alguien más joven, éste se le habría muerto demasiado pronto.

Quiero invitarte a cenar. Eso decía el mensaje que me había dejado. ¿Cómo sabía Él que ya no estaba con el Impotente? ¿Acaso huelen los hombres cuando estás dispuesta? Me tomará usted por una exagerada, pero empecé a creer que quizá segregaba un flujo distinto cuando no tenía a ningún hombre concreto en la cabeza, cuando podía irme con cualquiera. ¿Los llamaba yo, entonces? Tú y yo solos y por la noche, en la calle, decía el siguiente mensaje. Te llevaré a un restaurante que te encantará. Pero si es sábado. Ya lo sé. De acuerdo, pero no follaremos. Es lo que me apresuré a contestar. Delante del espejo descubrí que las líneas de alrededor de los ojos se veían cada vez más marcadas. O era el vapor del baño que me había reblandecido la piel, o era de dormir poco, o de cansancio, o todo junto. Me pasé un dedo por encima del brazo, recorriendo la piel. Me había quedado muy suave después de frotarla un buen rato con el guante de crin. Me miré las tetas, que parecían tristes. ¿Empezaban a caérseme? ¿Todo se me empezaba a caer o era demasiado pronto para obsesionarme con estas cosas? Los cambios de peso, quizá. Desde que había empezado a verme con Él había engordado, me daba un apetito voraz. Después, en los meses que pasé con el Impotente, había adelgazado de golpe, como si me hubiese exprimido de arriba abajo.

Aquella noche me llevó al pueblo de al lado y mientras caminábamos por la calle me cogía la mano de vez en cuando. Pero no me la cogía como cuando los dedos se entrelazan y las palmas se aprietan entre sí. No era como cuando notas los latidos de las venitas en la palma de la mano del otro al cogerla con fuerza. Tampoco era como cuando recorres de vez en cuando la uña del pulgar del otro con la de tu propio pulgar. No, lo que hizo fue cogerme el dedo medio entre dos dedos suyos, como desde fuera, como para no agobiarme demasiado.

En el restaurante me presentó como una amiga, se ve que iba allí a menudo. Seguro que pensarían que era algo más que una amiga. ¿Quién lleva a cenar a una amiga un sábado por la noche, una amiga con un buen escote, y poniéndose tan

nervioso como lo estaba Él? Bebimos, bebimos mucho, y no tardé en empezar a sentirme mareada. Me pareció simpático, más guapo incluso, interesante. Podría ser mío. ¿Querría quedármelo sólo para mí? ¿Día tras día, afeitándose en el baño? ¿Cómo me vería Él si me tuviera siempre? Tal vez me hiciera lo mismo que a su mujer, buscándose a otra que lo emocionara entre semana. La duda que siempre había tenido era cómo se lo debía montar para que su mujer no notara nada. Seguro que lo notaba, por los olores, cuando menos. Yo siempre sabía si había follado con su mujer antes de estar conmigo. Y no pasaba demasiado a menudo. Tonta, pensé mientras lo oía hablar como si lo hiciera para sus adentros. Mira si es tonta que no se folla a su marido. ¿Acaso no sabe que las parejas se mantienen unidas si folian todos los días? Vas dejando un rastro en el otro y las demás mujeres lo huelen. Por eso, cuando un hombre tiene pareja pero no lo hacen a menudo tiene más posibilidades de acabar poniéndole los cuernos a su mujer. ¿No me cree? Pues mire, ahora mismo le podría dar un listado de hombres con los que he estado y que se encontraban exactamente en esa situación.

En el coche estaba contenta, subí el volumen de la voz desgarrada de la cantante. Qué canciones más tristes. Pero me puse a bailar a otro ritmo, como si en realidad escuchara una música frenética en una discoteca. Cuando estábamos delante de la puerta Él dijo buenas noches. No, no te vayas, por favor. Lo miré sin sarcasmo, sin ironía, queriendo decir exactamente lo que decía, quizá por primera vez... ¿No quieres quedarte un rato?

Dentro de casa nos dejamos caer sobre la alfombra rugosa del comedor. Pensé en lo mucho que echaba de menos aquel cuerpo acostumbrado, no es lo mismo un cuerpo que ha pasado tanto tiempo con el tuyo que otro con el que has pasado veinte minutos en el interior de un tren o en una consulta de dermatólogo. Ya era un poco mío también, ¿sabe? Era agradable sentir su calor. Aquel día hicimos el amor, o por lo menos yo lo recuerdo así. Recuerdo, entre brumas de alcohol, haber detenido un instante los pensamientos y haberme dicho: ahora mismo estarnos haciendo el amor.

Al acabar, Él me había rodeado con las piernas y yo había apoyado la cabeza en su hombro. Pasamos unos minutos así hasta que Él se aclaró la garganta y dijo que tenía que marcharse. ¿Qué? Tengo que irme. En cualquier otro momento le habría soltado un como quieras, tú verás, y me habría metido en la cama sin despedirme. Pero aquella noche había bebido mucho... Creía que podrías quedarte... a dormir. Las rodillas me escocían, echaba de menos la piel que había ido perdiendo capas sobre la alfombra cuando le pedí quédate, por favor. Una noche para mí, sólo una. Dormir juntos una noche. ¿No dices siempre que te gustaría dormir conmigo una noche? Lo siento, no puedo. Y aquí me tiene, representando el papel más viejo de la historia, llorando como hacía tiempo que no lo hacía, como no había llorado nunca delante de Él, quizá recordando la voz desgarrada de la radio del coche. Hoy, sólo hoy, por favor, hoy no quiero dormir sola. Me lo has dicho antes, me has dicho que podías. No, te he dicho que podía cenar contigo. Le he dicho a mi mujer que tenía

una cena con los de la empresa, pero ahora ya empieza a ser demasiado tarde. ¿Y por qué has hecho todo esto? ¿Por qué? Pues para que pudiéramos estar juntos un sábado por la noche, ¿no era eso lo que querías? No, yo no quiero nada de ti. ¿Sabes por qué? ¿Sabes por qué? Porque eres un cabronazo, un hijo de puta y un cerdo que trata mal a las mujeres a las que quiere. Porque sólo te quieres a ti mismo y a nadie más. Porque cuando me decías que me querías sólo lo hacías para asegurarte los polvos que me echas, porque eres un cobarde incapaz de afrontar los problemas. ¿Sabes qué? Que puedes salir de mi vida para siempre, no quiero volver a verte nunca más. ¿Te enteras? Nunca más.

Al decir todo aquello empecé a sentir náuseas que intentaban subir arriba, arriba. Hasta que Él se marchó, cerrando la punta sin pronunciar una sola palabra que desmintiera mis acusaciones, fue justo entonces cuando salí corriendo hacia el lavabo y me puse a vomitar. Una y otra vez, como si sacara la comida de varias semanas. Cada vez que pensaba que ya no podía vomitar más, me volvían las arcadas. Hasta que acabé exhausta, abrazada a la taza del váter, con la sensación de haberme vomitado a mí misma.

ESTO ES UNA TERAPIA

Usted no sabe lo que se le puede llegar a pasar por la cabeza a una persona cuando sale a la calle en busca de alguien con quien follar. Muchas, muchísimas cosas en muy poco tiempo. El cuerpo te lo pide a gritos, toda la piel parece agitarse en grandes oleadas, las aletas nasales se te abren para olfatear la presa. Cuando salgo a la calle estando así me da la sensación de que nada más salir por la puerta me convierto en un animal, un lobo que corre en busca de alimento. Pero es más que eso, mucho más. Salgo a buscar un cuerpo y me da igual uno que otro. Un hombre mayor que uno joven, un niño o un animal. Hay días en los que pienso que me conformaría con un animal, un perro, un gato cuyo latido notara entre las manos, que notara vivo. Una rata que se me removiera en la palma de la mano. Esos días que tengo la sensación de ser más animal que persona, tendría bastante con un trozo de carne hecha de sangre que latiera. ¿Y sabe qué pasa? Que es el cuerpo el que se rebela contra mí. Es el cuerpo el que me dice basta de esta especie de agujero en el que estoy metida, basta de estar dentro de la nada. El cuerpo aguantaría menos cosas si yo no lo obligara. Cuando está cansado de trabajar noche y día, de no dormir, de comer hasta el hartazgo vomitivo, de no comer hasta quedarse en un recipiente fantasma, entonces me dice «basta» y sale él solo a la calle. Créame, cuando llego aquí ya no soy yo, ya no es él, ya no somos uno. Por eso puedo hacerlo, esto de buscar cuerpos vivos para engullirlos. Por eso puedo ser otra y hacer lo que no haría si me detuviera a pensar un poco en ello. Y todo por buscar el grito, un grito que te sale siempre de muy adentro, que pregunta bien alto «¿hay alguien ahí?». Y luego se desvanece y me deja a mí con un cuerpo al que remendar.

Tiene usted que ayudarme, le aseguro que sólo usted puede ayudarme. Desde que me miró el primer hombre no he podido hacer otra cosa que reaccionar ante su deseo. Parecen pistolas que me apuntan, los hombres. No se les puede dejar con el deseo así como así. Pero ahora ya nada funciona, ahora ya no puedo ponerme bien en los lavabos de un bar, ya no puedo dejar que me toquen en un vagón de tren ni hacerle una mamada a un tío al que acabo de conocer. No sé por qué no puedo hacer lo mismo que he hecho siempre, no sé qué tengo que hacer para quitarme de encima la tensión. ¿Ve usted cómo está mi espalda? ¿No se da cuenta de que esto es inhumano? No me juzgue, no, no es justo. Lo necesito, necesito follar como sea. Hoy es uno de esos días del mes en los que el cuerpo me reclama contacto con otro cuerpo como sea, ¡como sea! ¿No se da cuenta de que lo necesito? Cuando una mujer está así, salir a buscar un cuerpo es como un impulso que no sabe de dónde ha salido, como si todos los músculos saltaran. Antes funcionábamos así, ¿verdad? Antes eran los hombres los que salían a buscar a sus presas. Pero ¿sabe qué? Yo no quiero hacer de presa, yo no quiero ser víctima de nadie. ¿Por qué pueden hacerlo ellos y yo no? ¿Por

qué se asustan a veces cuando ven que tomo la iniciativa, que me avanzo a sus deseos? Porque otra cosa no, pero yo siempre sé cuando un hombre me desea. Desde un día, aún no había hecho el cambio, en que me quedé mirándome al espejo con un jersey blanco que me quedaba ceñido. Me di cuenta de que se me notaban un poco las tetas, porque el jersey era como de cachemira, y salí contenta de que me quedara tan bien. Pero arriba, asomado a la ventana, estaba nuestro vecino, mucho mayor que yo, uniformado para ir a hacer la mili, y vi que me miraba de un modo muy distinto. Le podía leer en los ojos que adivinaba que ya me había hecho un poco mujer. Me dio asco y me estropeó la imagen que me había hecho de mí misma con un jersey tan blanco. Desde aquel día sé identificar las miradas de este tipo, ¿cree que soy una engreída? No, no lo crea, sé lo que me digo. Se puede saber si un hombre te desea y de qué manera te lo hará. Ahora hace demasiado tiempo que mi cuerpo no recibe ningún estirón, ninguna sacudida de las que te hacen olvidarlo todo. Hace semanas. No, meses. Que con el Impotente no hice nada, sólo nos acariciamos. ¿Qué le pasaba? ¿Qué? Un hombre al que no he provocado ni una triste erección. Sólo una, no se lo he contado nunca, pero eso fue los últimos días. Estábamos cenando y me miró muy fijamente. ¿Sabía que los hombres también adivinan qué clase de amante eres? Saben perfectamente qué es lo que pides. Yo creo que al Impotente no se le levantaba porque sabía muy bien que a mí me gustan los amantes contundentes. Lo sé porque mientras cenábamos hizo algo de lo más extraño. Me dio un bocado de comida con su tenedor y se me quedó mirando mientras sostenía el tenedor sobre mis labios, contra el labio de arriba, así, y era una sensación agradable, tener una cosa dura y fría sobre una carne del cuerpo que es tan tierna, y al cabo de poco empezó a presionar. Muy poco a poco, como tanteando el terreno. A mí me encantó, y entreabrí la boca para dejar que siguiera haciéndolo todo el tiempo que quisiera. Fue aumentando la presión cada vez más, sin apartar los ojos de mi boca, sin mirarme a la cara, como si a partir de entonces él y mis labios estuvieran a solas en aquella habitación. Siguió apretando, y yo cerraba los ojos, esperando que de un momento al otro me rasgara la piel y empezara a manar la sangre. ¿Sabe usted que la sangre de los labios es más roja que la del resto del cuerpo, verdad? Pero no llegó a hacerme sangre, y me quedé con las ganas. Se despertó de golpe cuando eché la cabeza hacia atrás de lo mucho que disfrutaba. Justo entonces estoy segura de que se le levantó, pero hizo como si nada, no continuó. Y el otro día con Él todo fue tan suave que no conseguí olvidarme de mí, no lo hice, todo lo contrario. Por eso ahora necesito a alguien que me domine de verdad, que me azote si hace falta, que me ate, que me haga bailar al son de sus deseos. Hasta que ya no pueda tomar ninguna decisión y ya no me sienta el cuerpo. No sabe usted cuánto me estorba el cuerpo cuando está así de tenso, cuánto me molesta. Mire, ahora mismo tengo la sensación de que me salen rojeces por todas partes, de que la piel se me cae a tiras. Sí, ya sé que no me está pasando, pero me duele la piel. He intentado hacérmelo yo sola. Hacerme pequeños cortes, por ejemplo. He cogido un cuchillo y he intentado cortarme un trozo de

muslo, esta parte interna que se oscurece justo antes de llegar al sexo. Tengo la sensación de que es una mancha que se va haciendo cada vez más grande y me la sacaría. A veces me han pellizcado en esta zona, y le puedo asegurar que no hay nada más placentero que eso, más incluso que los pellizcos en el coño. Por favor, ayúdeme, no puedo más. No puedo salir a buscar un hombre porque ya no sé engañarme hasta el punto de que no me den asco y no quiero llamar a otros amantes porque los aborrezco. Por favor, sólo usted puede ayudarme. Claro, me dice que pare, que me olvide de los hombres durante una temporada. ¿Es ésa la única solución que se le ocurre?

Esto es desasosiego. A ver si puede usted entenderme y así ayudarme a entenderme a mí misma. Ya sé que a primera vista puede parecer incomprendible, pero ahora que hace tiempo que no estoy con ningún hombre me observo. Voy caminando por una calle y de pronto un hombre me mira. O estoy en la fábrica, con el agua resbalándome por encima del mono de plástico, el sudor mezclándose con las salpicaduras de desinfectante y la cara tapada por el bozal. Con los orificios nasales atrapados dentro del papel verde. Y aparece un hombre cuyo deseo conozco, porque ahora ya sé cuando un hombre me desea, ya se lo dije, no es un secreto que tenga que ir a confirmar, y resulta que poseer esta información no me hace dar ningún paso, no me hace ir hacia él. Sus ganas me resbalan por encima del cuerpo. Quizá porque ya sé el secreto. Antes tenía que desvelarlo de algún modo porque no creía que pudiera gustarles, pero ahora ya lo sé. Puesto que desde aquella inacabable vomitona de la noche del sábado no he vuelto a tener ningún cuerpo cerca del mío y he decidido, siguiendo su consejo, renunciar al sexo durante una temporada, ahora no tengo más remedio que quedarme a solas con mi cuerpo.

¿Qué debo hacer con él? ¿Qué se supone que debo hacer con este trozo de carne viva que siento mía pero no me pertenece, que tan a menudo me resulta ajena, al que odio con todas mis fuerzas? ¿No se lo cree usted, verdad, que se pueda odiar al propio cuerpo? Pues es verdad, no lo soporto, me molesta hasta tal punto que sólo tengo ganas de marcharme. No, no es por estética, es otra cosa. Me tira de todos lados, de los hombros, de la parte central de la espalda, de esta pared extraña hecha de grumos que me aguanta los pulmones. ¿Se ha tocado alguna vez esta parte del cuerpo? Para hacerlo no tiene más que coger dos dedos y presionar por debajo de las costillas, puede incluso hurgar entre dos de las costillas de delante y verá que de hecho es una pared escurridiza que posee vida propia, como el cuerpo. No me la puedo controlar, esta parte, se vuelve temblorosa cuando siento cosas, cuando me enfado, cuando me emociono. Es una carne jodida, ¿sabe?, hecha de filamentos llenos de nudos, como un diario de todas las cosas que siento y no digo, no pronuncio. El otro día, después de insultarlo a Él con todas mis fuerzas, tuve la sensación de que este trozo de carne perpendicular me reventaba, imaginé que de

repente estallaba en todas las direcciones y salpicaba mi casa con todas las cosas sin decir que se me acumulaban en la boca del estómago. Quizá por eso, por no tener que ensuciar todo lo que me rodea, fui corriendo hasta el baño y vomité hasta vaciarme por completo. Luego, como las botellas sin llenar, me pareció que mi tronco hacía un ruido de viento y ya no tuve más remedio que echarme a llorar. ¿No le parece raro que a veces cueste tanto llorar? ¿Por qué no podemos hacerlo en cualquier momento, a cualquier hora del día? Era sábado y dormí tranquila.

Pero ahora han pasado unos cuantos días y usted no me quiere ayudar, me dijo que parara, que dejara a los hombres durante una temporada y no parece entender que no tengo otro placer en esta vida. Querría ser como antes y pensar que tengo que aprovechar la vida, no sea que al salir a la calle me atropelle un coche y ya no pueda experimentar ningún orgasmo más, ¿pero sabe qué me pasa ahora? Pues que aquello ya no lo puedo hacer, y es como si estuviera dentro de la rueda de un hámster y no hiciera más que dar vueltas. No están los hombres, ya no tengo ninguno, pero cuantos más días pasan sin que regale mi cuerpo a uno de ellos, más culpable me siento. Como si tuviera una obligación con ellos y no la cumpliera. ¿No se da cuenta de que este cuerpo mío no sirve para nada más? Sí, claro, me contesta que no, ¿pero qué sabrá usted, aquí encerrado noche y día? ¿Qué sabe usted de la vida, eh? Y yo no sé por qué le hago caso y dejo de salir con hombres. Hago caso a un hombre que se pasa todo el día encerrado entre cuatro paredes y no hace más que teclear historias inventadas en un ordenador. No sabe usted nada de los hombres, no sabe que me necesitan. Pero ahora su deseo ya no enciende el mío, ¿y sabe qué? Que ya no sé en qué consiste mi deseo.

También hay otras cosas que le tengo que contar, por extraño que le pueda parecer, mi cuerpo es un estorbo, ocupa demasiado espacio en este mundo. Por eso busco maneras de controlarlo, de hacer que no se desborde como si fuera líquido y no cupiera en un envase. Si quiere le puedo contar todas las maneras de hacer que el cuerpo no me moleste tanto, de amonestarlo hasta que ha expiado lo bastante la culpa de ser así, tan él, en medio de este mundo.

Comiendo. Hay la comida del placer, que es la degustación sensual de los sabores dentro de la boca, pero si le digo la verdad, hace tiempo que ni me acuerdo de lo que es eso. Lo que más me pasa con la comida es que me sirve para calmar el desasosiego de estos filamentos que hay debajo de los pulmones. Pero no se crea, no basta con comer un poco más de la cuenta. Para que sea realmente esto que le digo, un acto con el que olvidar el cuerpo, debo atiborrarme hasta que no me siento, hasta que estoy tan llena que tengo la sensación de que la comida me llega hasta la garganta, hasta que me cuesta tanto digerir que ya no me siento aquella desazón en ninguna parte del abdomen. ¿Y si le digo que no me sirve comer cualquier cosa? Pues no, mire, cuando me coge este arrebato que me pide ser azotada cuanto antes, ser atada, ser sometida a la voluntad de otro para deshacerme de la mía, el único modo de sustituirlo es engullendo, sin apenas notarles el gusto, cosas que normalmente no comería, que

considero malas. Grasientas, llenas de azúcares, si puede ser comida barata e incluso mal hecha, mal cocinada. Le pongo un ejemplo: un día fui al supermercado de al lado de casa y compré una bandeja entera de hamburguesas. Recordará que trabajé en un supermercado empaquetando carne y sé perfectamente que las hamburguesas son carne reciclada, caducada y reciclada. Pues compré dos paquetes enteros de cuatro, mahonesa, kétchup, pan del blando, que está lleno de azúcar, ¿y sabe qué hice? Pues imagínese: primero cuatro hamburguesas enteras, con montones de patatas fritas que metí dentro del panecillo, todo regado con mucha salsa, y me las fui zampando a toda prisa sentada en la alfombra que tengo en el comedor, sentada sobre mis propias piernas. Luego cuatro más. Qué placer, me decía, pero le puedo asegurar que aquello no era exactamente el placer de comer, de disfrutar de un buen manjar, cada bocado que daba como si alguien me estuviera persiguiendo era un latigazo, un azote que me llegaba a la entrepierna. Con la mezcla de carne que yo sabía putrefacta y la salsa dulzona penetrándome primero la boca, luego la garganta, luego el estómago, como invadiéndome, tan grueso era el bocado, así con los muslos desnudos sobre la tela áspera y echando la cabeza hacia atrás, con un reguero de kétchup y mahonesa chorreándome por la barbilla y el cuello hasta llegarme a las tetas, así me sentía por fin en paz. Ya habrá adivinado usted que luego venía lo peor, cuando me lo había acabado todo o no podía seguir y era como si todo el mundo se me hubiese acumulado en medio del vientre, a punto de reventar y destrozarlo todo. Ya le he hablado en alguna ocasión del efecto séptima planta, pues comiendo así también se produce, exactamente igual. La misma resaca que viene después del sexo compulsivo. Y no sabe usted lo difícil que es deshacerse de aquella sensación de hartazgo. Yo, por mucho que me gustase intentarlo, nunca he podido provocarme el vómito. Y eso tiene sus consecuencias, ¿sabe? Siempre he admirado a las bulímicas: se hacen daño engullendo toneladas de comida que las perjudica pero luego saben sacársela del cuerpo y que deje de formar parte de ellas. Yo no, yo me lo quedo todo y me voy inflando. Con los hombres me pasa lo mismo, es como si me los hubiese ido quedando muy adentro. ¿Cómo se vomitan los amantes?

A veces me he enfadado tanto después de uno de estos ataques a la nevera que he ido corriendo a echar toda la comida, que no me quedara un solo alimento que en mi cabeza pudiera considerar perjudicial. ¿Pero sabe qué? Que es igual, siempre encuentro el modo de buscar porquerías para meterme en el cuerpo. No se creería usted lo que soy capaz de hacer cuando me coge aquella desesperación que me acelera. Un día que era festivo, todo cerrado, y yo había limpiado la cocina, me levanté de la cama con ganas de comer lo que fuera. Registré todos los armarios y no encontré nada, nada de nada. Nerviosa, excitada, impaciente por aliviarme el gusanillo del estómago, cogí la única cosa comestible que había en la cocina, un paquete de harina. No sabía qué hacer con ella, no tenía huevos, ni levadura, ni azúcar. Desesperada, temblando, volqué la harina en un bol y le añadí agua. La removí todo lo que pude y la freí en una sartén, una pasta pegajosa, blanca. Cuando

tuve el plato lleno, allí de pie, me lo tragué todo, sin gusto a nada, a muerte más que a vida, escaldándome la lengua a cada bocado.

¿Cree usted que tendría que cambiar de trabajo? Claro, no me contesta, como siempre, me mira de ese modo, sin expresar absolutamente nada, a la espera de que yo le dé una respuesta. Pues mire, qué quiere que le diga, no es usted de mucha ayuda. Por cierto, ¿sabe que tiene hormigas en la cocina? A las polillas las tengo más o menos controladas, veo alguna de vez en cuando pero enseguida queda atrapada en aquel papelito asqueroso que le puse en la parte de dentro de las puertas de los armarios. Si queda alguna, le aseguro que no se me escapa. Pero las hormigas han hecho un caminito que sale de detrás de una grieta del mármol y va hasta el fregadero. Hágame un favor y no deje caer migajas de comida, porque si lo hace no se irán y luego hay que quitarlas con un trapo y me dan repelús.

Pues mire, yo pienso a menudo que a lo mejor esto de limpiar no sirve para nada. Vengo aquí, barro, friego, paso la aspiradora, limpio el polvo, le hago los cristales, ¿pero de qué sirve si luego todo vuelve a estar sucio al cabo de poco tiempo? Y no crea que lo digo porque ensucie usted mucho, pero el mundo es sucio de por sí: caen fragmentos de las paredes, del techo, de su piel, de su pelo, todos nosotros nos vamos esparciendo poco a poco por todas partes sin darnos cuenta, nos vamos desgastando, al igual que todo lo que nos rodea. Fíjese, esa pared que a usted le parece la misma nunca más volverá a ser la misma.

Pero si le comento esto de cambiar de trabajo es porque ya empiezo a estar harta de limpiar. Y sobre todo de limpiar por las noches, que no sirve de absolutamente nada. ¿Cree usted que alguien puede ver en la oscuridad si una línea de producción de pizzas está más o menos limpia? Claro, sí que se ve, y más aún cuando pasa el biólogo con los trocitos de papel para hacer los test, y luego nos dice si ya está bien o no, si tenemos que repararlo un poco más. Mire, no lo sé, cuanto más limpio menos entiendo de todo esto. Me enfado, ¿sabe? Me enfado mucho cuando la limpieza se me enreda y no sé por dónde empezar ni por dónde acabar. Le parecerá raro, teniendo en cuenta que hace media vida que me dedico a esto, pero créame que hay días que lo mandaría todo a hacer puñetas, como si en todo este tiempo no hubiese aprendido nada, como si fuera el primer día y me viera así de inútil, desorientada, desarreglada. Y sólo tengo ganas de salir corriendo para no volver nunca más a la limpieza. Es cuando más tengo la impresión de estar dentro de un todo.

Y me marchó, no se crea, me marchó a los lavabos de la fábrica para intentar olvidar que tengo que hacer el trabajo, me distraigo de mil formas distintas, me refugio en un rincón que nadie conoce e intento que el tiempo pase sin limpiar. Y aunque no se lo crea, es en esos momentos que me siento más triste, más decepcionada conmigo misma. Es como si me hubiese marchado de mi propia casa, de mí misma, y no me permitiera el placer de hacer el trabajo que quiero hacer.

Aunque no se lo crea, éste es el trabajo que quiero hacer, el que me gusta y el que da sentido a mi vida, pero ya sabe usted que nadie quiere hacerlo, esto de limpiar. Hay quien cree que es un trabajo denigrante, que se piensa que es un trabajo para gente que no se merece algo mejor. Dependientas que están en los mostradores enseñándose a los clientes, recibéndolos con su presencia. Todo el mundo cree que esto de limpiar es para personas que no se quieren a sí mismas, pero yo le puedo asegurar que cuando me alejo de mi trabajo me siento más triste que nunca. No me cree, ¿verdad? No se preocupe, si quiere pensar que estoy loca no me molestará, adelante.

Qué tristeza, le iba diciendo, cuando estoy en un rincón de la fábrica, detrás de un muro hecho de palés de *pizzas* envasadas, comiéndome las uñas con el bozal apartado bajo la barbilla y un nudo de rabia en la garganta. Repito para mis adentros no puedes hacerlo, no puedes, no sabes, eres inútil, lenta, desgraciada, mientras veo pasar de lejos a las mujeres empuñando las mangueras a presión y empujando los restos de comida hacia un mismo desagüe del que después los recogen con la pala. ¿Sabe qué siento en esos momentos? ¿Sabe qué? Por encima de todo, una envidia terrible de ver que ellas pueden hacerlo con aquella facilidad y sin preguntarse demasiado si deben hacerlo o no, si lo hacen lo bastante bien o no. Qué extraño, verdad, que uno mismo se impida hacer una cosa que en realidad nadie le impide que haga.

Y ahora aquí, exactamente lo mismo. ¿Lo comprende usted, verdad, que es mucho mejor limpiar de día que de noche? Pues verá, yo vengo hasta aquí con mucha ilusión, por lo general. Pero cuando me coge esta cosa de dudar si debo limpiar o no, si soy lo bastante buena para hacer lo que me gusta, si realmente me merezco esto de ganarme la vida haciendo lo que me da la gana, entonces cuando vengo hacia su casa me entran ganas de salir corriendo, de no volver nunca más. Pero ya ve, aquí estoy, no lo puedo evitar, aunque no lo crea, necesito limpiar más que vivir.

¿Que cómo puede ser? Pues verá, muy sencillo, cuando limpio siento un placer distinto a todos los demás, una excitación de estar haciendo algo que me resulta útil a mí y a los demás. ¿Que cómo me resulta útil a mí? No lo sé exactamente, pero a medida que voy ordenando, sacando los restos de los que le hablaba antes, dejándolo todo como si los días no hubiesen pasado o como si en realidad no fuésemos todos muy desordenados, como si el mundo no fuese un lugar desorganizado, de algún modo tengo la sensación de que he cambiado un poco el mundo. Pero le diré algo que nunca le he contado a nadie: lo más placentero de limpiar no es el bien que le pueda hacer a los demás, sino el bien que me hago a mí misma. Y ese bien es la sensación de tener algún poder sobre las cosas que están fuera de mí, pero sobre todo es la impresión de que soy yo la que me esparzo por todas partes. No me mire así de extraño, que tiene sentido: fíjese en este piso, fíjese en toda la suciedad esparcida por todas partes. Cuando haya terminado de limpiar hoy, ¿sabe qué habrá esparcido por todos los espacios? Pues a mí, ya se lo digo. No me entiende usted, ya lo veo, pero es muy fácil: yo limpio con todo el cuerpo, y ése es mi modo de relacionarme con el mundo, de darme y a la vez de protegerme de todo aquello que no logro

entender. Cuando limpio, recorriendo todos los rincones de esta estancia, soy una mujer rígida que de pronto se vuelve líquida y se derrama por todas partes, salpicándolo todo. Así soy yo cuando limpio, soy del mundo y el mundo es parte de mí.

Otra vez huyo de Él y me refugio en su casa. Sí, ya lo sé, ya tendría que haber resuelto este tema... Pero no vaya usted a pensar que hoy es uno de esos días en los que Él no deja de llamarme y a mí me cuesta decirle que no. Hoy, precisamente, Él no insiste. De hecho, ni tan siquiera ha llamado. Me he levantado con este cuerpo dolorido y no he sabido qué hacer con él. Lo primero que he pensado es que podría ser una fantástica tarde de sexo. O de movimientos frenéticos hasta el orgasmo, que no sé si es exactamente sexo. Movimiento de los huesos y las carnes que me aguantan la espalda desde abajo, desde el suelo. Hasta olvidar que todos están conectados. Hasta que los nudos que los atan unos a otros se deshacen de pronto cuando acabo. Sí, hoy he pensado seriamente en llamarle, con unas ganas terribles latiéndome en los dedos. Va, atrévete, me he dicho. Como si llamarle fuera un desafío. Sí, todavía seguimos así, en la rueda del hámster. ¿Por qué un desafío? Porque soy una mujer: las mujeres no llaman. Aunque crea usted que los tiempos han cambiado, le puedo asegurar que son pocas las mujeres que dan el primer paso. Es parte del juego. Damos por sentado que si llamamos a un hombre éste se preguntará qué querrá de mí, qué busca. Pero no es el caso, ya se lo adelanto. Él estaría encantado de que yo le llamara y le dijese ni que fuera hola. Él me pone las cosas fáciles, cuando llamo se encarga de hacer el resto del trabajo. Nada más decir hola ya me pregunta si quiero que venga. No pregunta por qué le he llamado, y a menudo cuelgo sin que quede claro el motivo de mi llamada. Ya se entiende todo, pero a veces no sé muy bien si lo que yo entiendo es lo mismo que Él entiende. Hay días en que le llamaría sólo para almorzar, sólo para pasar un rato juntos, pero los dos sabemos de sobra que nuestros encuentros acabarán como siempre. A veces lo he avisado, le he dicho ven pero hoy no follaremos. ¿Ya lo habrá adivinado, verdad? Con sólo decirlo me doy cuenta de que ni Él ni yo nos lo creemos. Es como un vicio entre los dos.

Qué desasosiego, créame, en casa, completamente sola, a punto de enviar un mensaje y mandarlo todo a la mierda. Desde el día de la vomitona no me ha vuelto a molestar, pero usted lo sabe, verdad, sabe que si le llamo será como deshacer todo el camino que he recorrido desde entonces. Tengo la tentación de volver atrás, de volver a encontrarme con Él o con otros hombres. No se crea que no los veo, ahora, que no veo cómo me miran reclamando mi cuerpo, pero estoy como paralizada y no puedo ir ni hacia delante ni hacia atrás. Sigo teniendo la sensación de estar dentro de una rueda que no he elegido. Nunca hasta ahora lo había visto de este modo. Estoy orgullosa de todo lo que he hecho, no se crea, pero ahora lo veo todo de un modo ligeramente distinto.

Es por la molestia, ¿sabe? Es la molestia de mi cuerpo que estorba todo el rato desde que he empezado a pensar en todos ellos y a contarle cada una de las historias, aunque en realidad me las cuento a mí misma. Cuando vivía los encuentros con mis amantes me parecía que era la mujer más feliz y libre del mundo. Sobre todo libre, que conseguía hacer lo que pocas mujeres de la fábrica podían hacer, desvincularse de todo lo cursi y dedicarse únicamente al placer. De ahí que cuantos más hombres mejor, cuanto más extrañas las circunstancias mejor, cuanto más atrevidas las aventuras mejor. Ahora que las recuerdo en su conjunto me parece que en este sentimiento de victoria sobre las reglas tan carcas de quienes me rodean había otros sentimientos mezclados. Pero no sabría decir a ciencia cierta qué es lo que tanto me molesta ahora mismo de todos ellos. A lo mejor estoy enfadada con todos aquellos hombres porque no supieron darme lo que quería, pero yo tampoco sabía qué quería, de hecho ni siquiera ahora lo sé. Estoy hecha un lío por culpa de todo este derroche de carne, pero hay algo que sí tengo claro y lo he tenido todo este tiempo en que me veía con aquellos hombres: lo que ellos querían de mí. Eso lo he sabido siempre, y quizá sea ése el motivo por el que luego siempre me persiguen. Al fin y al cabo, usted es un hombre y sabrá que los hombres no quieren de ti más que sexo. No me mire así, que se lo digo yo por experiencia. ¿Cuántos he contado, cuántos hombres que han pasado por mí? Una barbaridad, y ninguno de ellos, ni uno solo, ha querido de mí algo más que sexo. ¿Que cómo lo sé? Verá, es muy fácil, incluso cuando decían que querían quererme, que querían tenerme como compañera o lo que fuera, que querían ir en serio, en cuanto los provocaba un poco no decían que no al sexo. Yo los ponía a prueba, ¿sabe? Me habría gustado demostrar que alguno de ellos no se interesaba por mi sexo, pero resulta que todos venían por eso y no decían que no si yo me ofrecía. Sí, claro, el Impotente nunca me quiso para eso, me trataba con aquella ternura fraternal, pero es evidente que aquel hombre tenía algún problema grave.

Sí, claro, ahora me dice usted que todos tenemos lo que buscamos, y que si siempre busco a los hombres interesados por fuerza los voy a encontrar, pero no me negará que abundan los sucedáneos entre los hombres de hoy en día. ¿Que de todo habrá? Sí, tal vez sí, pero a estas alturas los que valen la pena o están cogidos o no son para mí.

¿Quiere que le cuente otro secreto? Los hombres se me mezclan tanto en la piel que no puedo hacer más que intentar marcharme otra vez de mí misma para olvidarlos. Quiero olvidarlos porque ahora ya sé que estoy muy enfadada con ellos. No, no sé por qué, pero lo estoy y lo que veo es que cuanto más enfadada estoy con ellos, más lo estoy también conmigo misma. Pero a menudo recurro a una forma de alivio todavía más eficaz que la de engullir toda la comida que tenga a mi alcance. ¿Lo adivina? Consiste en hacer todo lo contrario, una dieta tan estricta que apenas me deje espacio para los pensamientos. Duermo todo lo que puedo durante el día, me levanto y tomo un vaso de té con sacarina o una infusión diurética y me voy a la fábrica. Esquivo los turnos de la cena enlazando la limpieza de las líneas, quizá

mientras mastico chicle. Sí, me estoy acostumbrando a masticar chicle toda la noche para no oler mal. ¿Sabía usted que mientras adelgazamos desprendemos más olores? Es el cuerpo que se va evaporando, que sale por todos los orificios en forma sólida, líquida o gaseosa. Lo sé muy bien, ahora que voy menguando con esta dieta. Cuando llego a casa, cansada, con los pensamientos vagando lentamente de acá para allá, como si discurrieran entre sueños, a cámara lenta, me miro en el espejo antes de tragar a regañadientes algún líquido caliente. Una infusión con una pastilla laxante, pero a veces estoy tan derrengada que no me da tiempo a hacer nada y para calmar los latidos del estómago bebo agua caliente del grifo, insípida.

Luego duermo y sólo tengo ganas de seguir durmiendo para siempre. No, no vaya usted a pensar que me quiero suicidar, eso es una tontería, sólo dormir hasta abandonar el cuerpo. ¿No cree que sería genial poder hacer eso? Que pudiera vivir sin cuerpo, dejarlo en préstamo una temporada o empeñarlo para siempre, quemarlo dentro de un contenedor. Reducirlo a trocitos y ser yo misma por siempre jamás, sin problemas. Pues mire, le diré algo, después de haber adelgazado tanto sí que tengo un poco esa sensación. Me siento ligera, casi etérea, y aunque no se lo crea soy feliz así, sin ocupar tanto espacio, sin molestar a los demás ni molestarme a mí. Fíjese, lo primero que me adelgaza son las tetas, y así tengo la impresión de que soy menos mujer. Soy feliz, de verdad, no haga caso de las lágrimas, lloro de alegría. Claro, qué me va a decir usted, que lo que tengo que hacer es empezar a querer a mi propio cuerpo, que mi cuerpo soy yo misma y es urgente que aprenda a quererlo. Oiga, no hable tanto, y haga el favor de hacer algo con estas hormigas que ya se le han metido por toda la cocina.

Ser mujer es una mierda. No se lo digo porque sí, pero es un desastre. Las mujeres ensuciamos más que los hombres. No, claro, todo el mundo cree que es al revés porque los hombres suelen ser más desordenados y por lo general la limpieza les importa poco, pero eso no son más que apariencias. ¿Quiere que se lo explique? Pues verá, si nos centramos sólo en los cuerpos y no en lo que hacemos con ellos, si sólo pensamos en la suciedad involuntaria que vamos dejando a nuestro paso, le puedo demostrar que los hombres son más limpios. No es por nada, es culpa de cómo están contruidos los cuerpos. Los hombres no desprenden tantos fluidos como nosotras. Cuando mean no se les queda el pipí pegado alrededor del pene. Quizá un poco, pero les sale más fuera del cuerpo que a nosotras, y sí, por supuesto que eyaculan, pero cuando lo hacen también disparan, comprende usted, no se ensucian a sí mismos. Por eso el cuerpo de los hombres siempre me ha parecido más limpio que el de las mujeres. A nosotras todo se nos queda dentro y nada puede salir de nuestro interior sin que nos pringuemos a nosotras mismas. Pero también sacamos más cosas, ¿sabe? Es una mierda ser mujer, se lo digo yo. Hace dieciocho años que intento ocultarlo, disimular mes tras mes que soy una mujer, me parece tan inútil. ¿De qué sirve, al fin y al cabo?

¿Dice que no tiene claro que las mujeres segreguemos más que los hombres? Pues mire, el flujo vaginal, que no se sabe a qué responde exactamente. Una eyaculación sale del cuerpo por un proceso determinado, hay una causa y un efecto, pero el flujo, por muchas teorías que haya, en realidad ninguna explica el porqué. Sí, se supone que cuando estás excitada es cuando más te sale, pero eso no es del todo cierto. A veces te excitas mucho pero tienes la piel tan seca que acabas toda escocida. Luego está lo de los días del mes, que un día se te llenan las bragas de una sustancia pegajosa que se puede coger entre los dedos y la notas consistente, casi sólida, y otro día te cae una cosa que de tan líquida parece que te hayas meado encima.

Y por supuesto, luego está la secreción más repugnante que pueda imaginarse, la sangre. Desde que empezó he sentido que el mundo, todo el universo, es terriblemente injusto. Es un castigo, esto, se lo digo yo. No sé, no acabo de entender que el resto de las mujeres de todo el mundo lo lleven con tanta naturalidad porque yo me hundo cada vez que me viene. Si me dijeran que hay un remedio para deshacerme de la regla le aseguro que firmaba ahora mismo. Lo peor de todo es que en mi caso la sangre es tan abundante que es como si me estuviera muriendo, desangrándome. A veces noto como si algo saliera de mi interior, como si me estuvieran arrancando una parte de dentro. ¿Y sabe qué? He visto que es una parte de mí: a menudo me salen unos coágulos sólidos, de verdad que son sólidos, y cuando los veo en el fondo de la taza del váter me mareo y tengo la impresión de que esto de la regla sólo puede ser una enfermedad.

También hay otros inconvenientes. ¿Sabe qué es lo que siempre me ha dado más miedo en esta vida? Dejar un rastro de sangre en algún sitio, no controlar lo bastante la regla, que me empape el tampón, después la compresa, las bragas, y que traspase el pantalón hasta manchar la superficie en la que estoy sentada. ¿Y si le dijera que esto me preocupa tanto que muchas veces, cuando tengo la regla, no me siento en ningún lugar que no sea mi casa? ¿No le parece que es una injusticia de la naturaleza?

En todo caso, ahora esta injusticia me ha hecho volver al día. ¿Que cómo? Pues verá, el otro día estaba encaramada a una de las máquinas de repartir queso, pasando el estropajo por los rincones más escondidos, cuando me desmayé. Como lo oye, como una damisela de las de antes, me di la vuelta para decirle algo a mi compañera y me caí a plomo encima de ella. Suerte que no fue desde una gran altura. Y suerte que tampoco fue mientras limpiábamos a presión. ¿Sabe que si se escapa el condensador de la manguera puede ser el peor de los desastres, verdad? Un golpe de aquel trozo de hierro y ya te puedes dar por muerta.

Si le digo la verdad, no me encontré mal en ningún momento. Fue como si me hubiese quedado dormida de golpe, como si alguien hubiese chasqueado los dedos, chas, y hubiese dicho duérmete. Suerte tuve de que abajo estuviera aquella señora, una mujer mayor que siempre se está riendo y a la que no le gusta que la molesten demasiado. Me cogió al vuelo y la hice caer, claro está, pero no nos hicimos daño. Luego me llevaron a urgencias. Yo ya estaba bien y les decía que no hacía falta, pero

me llevaron de todos modos. Aquella señora, de hecho, me decía tranquila que no será nada, pero es mejor que te vean. ¿Se lo creería si le dijera que me hizo sentir reconfortada, como si ya estuviera en casa? Se quedó conmigo todo lo que quedaba de noche, atenta, y me miraba y me preguntaba si comía bien, si me cuidaba. Mujer, es que viviendo sola a lo mejor no hay nadie que te lo recuerde, pero tienes que cuidarte. Yo la miraba sin decir nada, agotada, y ella me pasaba una mano por el pelo para llevármelo detrás de la oreja. Cuando hizo aquello, cuando me peinó como si fuera una niña pequeña, me vino de golpe toda la pena del mundo y empecé a llorar como si no lo hubiese hecho nunca. Sólo porque me acarició el pelo.

Los amantes del sexo por el sexo es verdad que me acariciaban. Es inevitable, los cuerpos se encuentran, te coges de un brazo, te coges por el cuello. Si nuestros sexos pudiesen ir por libre quizá sí podríamos prescindir de ellos, de los cuerpos y también de las caricias accidentales. Pero le contaré un secreto: esta clase de caricias no van a parar al mismo sitio que las caricias de amor y afecto. La piel que sale a recibir las es distinta de la piel que llevas normalmente o la piel que te tocan los amigos y aquellos a los que quieres. Cuando estoy con amantes lo que me sale, lo que emerge a la superficie de mi cuerpo es una piel hecha coraza, una piel capaz de resistirlo todo, que hace que no me hieran los gestos de ternura, ni los golpes deseados, ni los mordiscos, ni los azotes. Es como el uniforme verde de la fábrica, el de plástico que me pongo por encima de lo demás y sobre el que resbala el agua, el jabón, el desinfectante y los trozos de comida que van saliendo de las máquinas a medida que las limpiamos. Le contaré otro secreto: no es cierto que no me dejen ninguna marca en esta piel provisional sólo para el sexo que me voy haciendo. ¿Lo ve? Luego, cuando ya se han ido, a solas, descubro que cuando creía llevar puesta la coraza también exponía mi piel. Por eso se me ha ido haciendo esta capa de heridas cicatrizadas y marcas de dientes. ¿Lo ve? Es un mapa, y podría darle los nombres y fechas que hay detrás de todas y cada una de esas marcas. Los nombres quizá no, pero recuerdo las caras, y por encima de todo los olores. Y le diré algo más: la coraza que creía haberme hecho es una coraza que me va intoxicando por dentro.

Hoy he notado el veneno dentro del cuerpo, persiguiéndome. Exhausta, con hambre atrasada, sin haber podido dormir en todo el día, a media tarde me ha parecido que me volvía loca. Loca de verdad, se lo aseguro. Que cómo ha sido, pues verá, he cerrado los ojos en el sofá un momento y me he despertado de golpe, espantada, porque estando todavía dormida me ha parecido ver hormigas trepándome por las piernas. Y al despertar he empezado a ver a todos mis hombres, que aparecían de uno en uno delante de mí y se iban instalando en mi casa. ¿Se lo imagina?, qué angustia. He empezado a reproducir sus caricias, sus sacudidas, los golpes, los azotes, los besos, los tirones de cuello, ¿y sabe qué? Primero era uno el que me tocaba, luego eran dos a la vez. Tan real que por unos instantes he creído que había vuelto con

ellos, que había abandonado esta tregua que me recomendó usted, y por unos instantes también he vuelto a llorar de rabia por dentro. Me preguntaba por qué, por qué no podía salir de esta rueda, y el cuerpo me dolía más que nunca. Me he descubierto en medio del comedor, frotando las rodillas con todas mis fuerzas contra la alfombra rugosa, sintiendo cómo se iba desgastando la piel escocida. Sin placer, se lo puedo asegurar, con una tristeza que se me había quedado atragantada y sólo me dejaba llorar si echaba la cabeza hacia atrás, y entonces las lágrimas me rodaban hasta las orejas y entraban dentro. Para entonces ya no eran uno ni dos los hombres que me tenían cogida, eran tres, cuatro, diez, quince, todos ellos compartiendo hasta el último trocito de mi piel, todos ellos tirando cada uno por su lado, penetrándome por todas partes, incluso por donde no tengo agujeros. ¿Le parece raro, verdad? Pues no, intentaban penetrarme por la cara interna del codo o de la rodilla, intentaban penetrarme con mordiscos, y en un momento dado tuve la sensación de que querían repartirme entre todos. Que cada uno de ellos, aferrado a su parte, tiraba con todas sus fuerzas de mi piel, tan tirante, tan tirante, que estaba a punto de rasgarse.

No lo aguantaba más, ¿sabe? No sólo la tirantez, sino la confusión de los cuerpos, los suyos y el mío. Quiénes eran, cuántos eran, qué querían de mí. Mientras me estiraban como si fuera una sábana a punto de rasgarse, por los pies, por los brazos, por el cuello, por las orejas, por los labios del coño, por la piel blanda de la cara interna de los muslos, por cada repliegue, mientras me hacían esto, me parecía que un ejército de hormigas trepaba por los dedos de mis pies. Esto es culpa suya, no se toma usted en serio el problema de las hormigas, dice que no hacen nada, que no contagian enfermedades y que lo mejor que puede hacer es aprender a convivir con ellas. Pues mire, el otro día las tuve que quitar con un trapo. ¡Qué asco! Qué asco cuando vi la bayeta llena de cadáveres diminutos. Pero aún me han dado más asco cuando venían a por mí en mi propio comedor. Al final no he podido seguir aguantando tanto estirón, allí tan sola. Nadie puede salvarte de ti misma cuando estás sola, ya lo sabe usted. Y si es triste llorar de desesperanza, le puedo asegurar que aún lo es más hacerlo sola.

He empezado a gritarles que me dejaran tranquila, les gritaba marchaos, cabrones, dejadme en paz, pero ellos se reían, ¿sabe? Se reían y repetían frases que me habían dicho mientras estaban conmigo, tienes que pensar en nosotros, eres muy guapa, operaciones terminadas, te chupé la sangre y estaba riquísima, te quiero. Todas las voces convertidas en una, y yo ya no sabía cómo salir de allí, y los sollozos me doblaban el estómago, me doblaban todo el cuerpo, como si ellos siguieran realmente tirando de mí. Me miraban y se reían como diciendo que yo les pertenecía a todos, eres nuestra, parecían gritar mirándose unos a otros, cómplices. Yo intentaba olvidarlos recordando los cadáveres de hormigas entre mis dedos, pero no se marchaban. ¿Al final sabe qué he hecho? No se escandalice, que a estas alturas ya sabe usted que yo soy así de rara, pero ¿qué iba a hacer si no podía huir de tanta gente? En algún momento me ha parecido placentera, aquella imagen, me he dejado

fundir entre los cuerpos, ¿y sabe qué? Era como ser suya de verdad, como ser de tantos hombres que en realidad era del mundo. Pero de pronto los he recordado a todos no como personas sino como cuerpos, y no podía tolerar que fuesen sólo cuerpos. Me he dado cuenta de que la piel que les había puesto no era tanto la piel del sexo por el sexo que creía y me ha parecido que me metía por un camino del que no podría regresar jamás. Si al menos hubiese podido llamar a alguien y contárselo... Pero quién cree usted que querría oír una historia de alucinaciones como ésta. Como no encontraba ninguna salida, he ido hasta la cocina y he cogido un cuchillo, uno pequeño que corta mucho, siempre lo uso. He vuelto a sentarme en la alfombra con las piernas bien abiertas y he apoyado el cuchillo sobre piel de la cara interna de los muslos, que no ha tardado en ceder, de tan tierna que es. He querido presionar poco a poco, sin cortarme aún, pero en realidad nadie habría podido adivinar que no me estaba cortando. Y sabe qué, en aquel gesto, y sabiendo que era muy capaz de ir más allá, en lugar de disfrutarlo he vuelto a ver ese camino del que no hay retorno, el camino que separa a las personas sanas de los enfermos mentales. Sí, de hecho, quizá llegados a este punto ya estuviese bastante loca, pero veía el camino, sabe, veía que el camino eran ellos, que seguían tirando de mi cuerpo, riéndose, como si yo no estuviese allí. Para huir todavía más de ellos me dije venga, hazlo, córtate y mientras lo pensaba me parecía que la respiración no me pertenecía, que de pronto no me alcanzaba. ¿Qué importancia tiene? Si no haces daño a nadie, venga, córtate, llénate de heridas y luego, para disfrutarlas más aún, échales sal y verás cómo rabias de placer, cómo superas todos los límites del dolor.

He estado tan a punto de hacer todo esto que aún me cuesta creer que no lo haya hecho. ¿Cuál ha sido el clic? ¿Cuál ha sido el instante preciso en que he dicho basta, basta, basta, gritando con todas mis fuerzas, y me he levantado al tiempo que arrojaba el cuchillo hacia la cocina? No lo sé, de verdad, pero recuerdo vagamente haberme puesto las zapatillas a toda prisa y haber salido a la calle. Por poco no salgo descalza. He salido y me he puesto a correr. ¿Cuánto tiempo hacía que no corría?

No crea que ha sido una carrera de las que se hacen a buen ritmo para ejercitar el cuerpo, lo que he hecho yo era algo completamente distinto. ¿Sabe que siempre le digo que quiero marcharme de mí misma? Pues echar a correr era como huir de mí misma, llorando, con los brazos estirados y apretando cada vez más el paso. Al llegar a la orilla del río, en lo alto de un puente, me he aferrado a la barandilla, doblándome por encima de ésta, mirando al agua, y he empezado a gritar como nunca había hecho. Un grito de animal sin palabras, y algún no profundo ha surgido entre los gritos, pero era más esa rabia que no pertenece a las personas, que sale de un rincón que desconocíamos. He estado bastante rato así, no crea. Primero llorando a moco tendido. Ha habido momentos en los que he pensado que no podría seguir llorando ni gritando, pero no he tardado en darme cuenta de que sí podía, y he vuelto a gritar. No sé en qué momento aquel grito ha dejado de ser un grito de rabia, de tristeza, rebosante de lágrimas, para convertirse en una carcajada. Sí, ya lo ve, exactamente

como los desequilibrados, he parado de llorar para romper a reír, ahora ya sentada en la madera del puente. ¿Sabe por qué reía? Con la carrera, toda la sangre de mi cuerpo se había puesto en marcha, llegando hasta el último rincón, y ¿sabe qué? Por primera vez en mucho tiempo he sentido este cuerpo como mío, latiendo, he sentido que me pertenecía. He notado el cosquilleo que me recorría de arriba abajo, trocito a trocito. No sabe usted qué alegría. Me sentía el cuerpo y no por culpa de los demás, me lo sentía por mí misma, gracias a mí.

Luego he venido hasta aquí, aunque hoy no tocaba, y me ha abierto usted y me he ido directamente a la cocina, ¿se acuerda? ¿Sabe por qué? Porque de pronto me ha parecido que las hormigas son los animales más simpáticos del mundo, ya no me dan asco. Ya no me molestan estas pequeñas criaturas sin sexo.

Los médicos dicen que tengo que descansar. Que me desmayé por una mezcla de cansancio y falta de hierro y no sé qué otra sustancia de la sangre. Me preguntaron lo que dormía y lo que comía, y yo tenía todo el rato la sensación de estar sometido a un examen. Oiga, ahora mismo estoy de baja, pero si no le importa seguiré viniendo a limpiarle, no creo que estas pocas horas me hagan ningún daño. Lo que pasa es que no se lo puede decir usted a nadie. Es que el médico me recomienda que me lo tome con calma, que no vuelva enseguida al turno de noche porque sólo conseguiría volver a marearme y en mi caso es peligroso. Aquí en su casa no hay ningún peligro, como no sean esas hormigas tan pesadas que tiene en la cocina, pero no me caeré de ninguna escalera.

¿Sabe qué hice el otro día? Ahora que tengo tiempo de día paseo por la calle, camino hasta pararme en algún sitio donde me apetezca parar. Normalmente es el banco de una plaza o de un paseo, como los ancianos. Sólo me faltaría dar de comer a las palomas. No me sirven para nada, estos paseos, no saco ningún provecho de ellos, pero mientras camino parece que la mente me vaya más despacio. Es una tregua. No sé si la paz definitiva, pero cuando me siento y me da un poco el sol, respiro hondo y tengo la sensación de haber vuelto de una guerra, tal cual. Por supuesto no puedo saber qué es volver de una guerra, pero me lo imagino. ¿Sabe qué debe de ser lo peor de todo para los soldados? Saber que ya no están en guerra y sacarse el uniforme sucio y hecho jirones.

Yo creía que el uniforme era mi propio cuerpo y aún me lo quería quitar. Pero entonces pasó algo inesperado y todo dio un vuelco completamente imprevisto. Le aseguro que fue pura casualidad que me plantara delante de aquella peluquería. Sin el plus de nocturnidad ni las horas extra voy más apurada que nunca y no me puedo permitir el lujo de derrochar el dinero en esa clase de cosas, pero había un cartel con una oferta en masajes. Me pareció extraño, por fuera no se veían más que secadores de pelo y mujeres con papel de plata en la cabeza. Entré en la peluquería y pedí hora como si lo hubiese decidido hacía tiempo. Sí, como lo oye. Pensé que ya haría

números y ajustaría por otro lado.

Estuve a punto de anularlo. Tuve la misma sensación que cuando empecé a venir a su casa, cuando aun sabiendo que necesitaba venir me decía, gritando para mis adentros, ¡no, no quiero ir!

¿Y sabe una cosa? Nada más entrar en aquella cabina me sentí extrañamente conmovida. Sí, conmovida, de verdad. Con aquella tranquilidad, la música suave, las velas, los olores. Pero aún me conmovió más la voz de la masajista cuando entró. Una señora mayor con una expresión entristecida. Me miró igual que me mira usted, sólo que no decía nada, apenas si hablaba. Sabe qué, ponerme sólo las manos encima, me invadió toda la paz del mundo. Bueno, no sé si ésa es la palabra, pero de pronto allí dentro no ofrecía resistencia a nada, no tenía que esconderme de mí misma. Como aquí, en su casa, pero sin palabras. Y con cada caricia suya era como si volviera a mí misma desde muy lejos.

No sé cuándo fue exactamente, con aquella ternura en los dedos, que empecé a llorar. ¿Sabe por qué? Pues verá, a medida que su piel se frotaba con la mía, la piel de sus dedos, de las palmas de sus manos, de todo su brazo sobre mi espalda, por algún extraño motivo empecé a recordar a todas las mujeres de mi vida, cada una de las niñas, chicas, señoras a las que había conocido, y me di cuenta de que las odiaba a todas. ¿Usted lo sabía, verdad, que las odiaba de algún modo? Sobre todo a las blandas, las pánfilas, las víctimas que se dejaban maltratar. Las de la fábrica que trabajaban de sol a sol, las que se dejaban pegar por sus maridos y sobre todo, sobre todo, comprendí que las que siempre me habían dado más rabia eran las mujeres que se dejaban poner los cuernos. Empecé a llorar sollozando como una niña pequeña, pero la masajista no se detuvo, creo que sabía perfectamente lo que me pasaba. Era como si con el tacto de mi piel pudiera ver lo que llevaba dentro, todas las penas, todos los odios hacia los demás y hacia mí misma. ¿Sabe por qué lloraba también? En aquel recorrido por todas las mujeres, al final se me quedó una clavada que no se marchaba, la mujer de Él, sin rostro, siempre en la sombra y con dos niños. Ya no la podía ver con los ojos de Él, sólo podía hacerlo con los míos y me daba una pena tremenda. No era culpa suya, era culpa de Él, y yo sí tenía mucho que ver con ello. Tanto como con mi propio sufrimiento. Por primera vez la reconocí como víctima y me compadecí de ella. Luego lloré todavía más porque me di cuenta de que, de algún modo, traicionándola a ella me había traicionado a mí misma y a todas las mujeres del mundo. Por primera vez me reconocí como víctima y me di muchísima pena a mí misma.

Ya sabe usted que no me gusta la autocompasión, pero cuando nos pasan ciertas cosas a lo mejor es bueno sentirla. Cuando aquella mujer acabó el masaje no me dijo apenas nada: ¿cuántas emociones, verdad? Y me puso una mano sobre el hombro, mirándome.

Luego, ya en casa, desnuda delante del espejo, era como si me mirara por primera vez, entera, reconstruida por las manos de aquella señora.

La mayor parte de los hombres a los que yo elijo son auténticos dominadores. Con el tiempo, sabes cómo son las personas en la cama mucho antes de saber otras cosas de ellas. Puedo saber qué le gusta hacer en la cama a un hombre mucho antes de saber cómo le gusta el café. Ya, eso no se lo cree nadie, pero le puedo asegurar que para estas cosas el instinto nunca me falla. Los hombres a los que les gustan los hombres detectan a los que son como ellos, las mujeres que van con mujeres las distinguen entre un grupo de mujeres y yo, entre los hombres, sé reconocer a los que no serán nada complacientes en la cama. A los bruscos, a los que te cogen y hacen que pierdas el mundo de vista, a los que te someten hasta que ya no tengas que tomar ni una decisión. Te dominan, a veces de forma sutil por la determinación con la que gobiernan el ritmo del sexo que practicas con ellos, pero a menudo son más bruscos, más claros en sus intenciones. Mantienes una buena conversación con ellos, coqueteas como harías con cualquier otro, como una pareja que flirtea, y todo hace pensar que seguiremos los pasos previstos, que el sexo empezará poco a poco, como quien no quiere la cosa, tierno, e irá cogiendo impulso hasta acabar con él dentro de mí y mirándome a los ojos. Así de cordial suele ser la primera relación de muchas parejas. Pero estos hombres que le digo, los dominadores, sólo son como los demás hasta que te dan el primer beso. He conocido a muy pocos que no respeten ni el primer beso. Cuando has besado a estos hombres, ya has quemado todas las etapas de caricias, de conocerte, de hablar, de rastrear tu cuerpo. Puesto que sabes de qué palo van y ellos también saben de qué palo vas, parece que invadan tu cuerpo como si ya lo conocieran, como si cuerpos de mujer sólo hubiese uno y descargaran toda su rabia en el tuyo. Pero no es rabia, porque no son hombres airados, no son maleducados ni groseros ni nada de nada. Lo único que pasa es que les gusta esto y os habéis elegido el uno al otro porque esto es lo que tenéis en común. Le iba diciendo que por lo general todos te dan un primer beso que se confunde con la ternura, lento, ligero, con un contacto suave de labios, con una exploración alegre de la textura de la piel del otro, de sus olores y del gusto pegajoso de la saliva. Me gusta el momento del primer beso, y a menudo tengo la sensación de que, en realidad, es lo que siempre he buscado en todos los hombres. El momento en que cierro los ojos. ¿Por qué los cierro? No lo sé, pero así recuerdo las sensaciones durante mucho más tiempo. A veces puedo pasarme días con el beso de alguien en la boca. Porque a pesar de todo hay tactos de labios que me gustan.

Pero no se crea, suele ser un momento muy breve, dura muy poco. Por lo general todo cambia cuando mi compañero decide ir al grano y me mete la lengua muy adentro, en ese momento ya ha empezado a invadirme y ya parece que ambos nos hayamos quitado las caretas de los formalismos y nos hayamos mostrado tal como queremos ser. ¿O es al revés? ¿O es cuando nos ponemos en el papel que queremos interpretar? No sabría decírselo, pero sí sé que cuando empiezan los mordiscos fuertes en los labios, tan fuertes que de entrada me sorprenden, ya empiezo a sentirme más cerca que nunca del mundo, el cuerpo se me estremece de la cabeza a los pies y

puedo olvidarme de todo. Lo dicen ellos, no yo, que me transformo en una especie de animal y dejo de ser persona. Algunos se asustan, pero no los dominadores. Éstos ven confirmadas sus sospechas sobre lo que en realidad me gusta hacer en la cama. También ellos saben distinguir entre todas las mujeres las que quieren un dominador a su lado. Por eso, cuando me ven disfrutar de los mordiscos que casi llegan a hacer sangre, lo que hacen es seguir con otros muy intensos en el cuello, desgarrarme la ropa y moverse tan de prisa que antes de que me dé cuenta ya los tengo dentro. Por lo general me hacen darme la vuelta, me tumban boca abajo y me penetran desde atrás. Me presionan la nuca sin dejar que me mueva, tengo la cara empotrada contra la superficie en la que me hallo, la almohada en el mejor de los casos, o la fórmica de las mesas de cocina, o las baldosas de algún suelo frío. Me muerden hasta dejarme los dientes marcados, pero yo no me noto el dolor hasta después, hasta que veo la forma de su dentadura en la piel de mi espalda. A veces te tiran del pelo y lo alternan con el empotramiento de tu cara, a veces me van dando azotes en las nalgas que apenas si llego a notar.

Pero sabe algo, la gente no acaba de entender todo esto. Usted debe de creer, como todo el mundo, que si él es un dominador yo seré una sumisa, que tengo alma de dominada. Se equivoca, lo que les gusta a estos hombres de mí es la provocación de no dejarme someter, la lucha continua, forcejear como si no quisiera nada de lo que me hacen sabiendo que es exactamente lo que deseo. ¿Cree usted que vendrían a buscarme si me ofreciera dócilmente, sin mover un músculo y sin la menor resistencia? No, porque si lo hiciera el juego perdería toda su gracia y yo ya no tendría ningún papel en él. Y sabe qué le digo, que el estallido de toda esta lucha, el desenlace final, no es más que la paz entre los dos cuerpos agotados.

A menudo, cuando he venido hasta aquí desesperada y le he dicho que necesitaba sexo, usted, con un susurro cómplice, como quien cuenta un secreto, me decía «amor». Y mire, al principio me extrañaba porque esa palabra sólo sale en las películas ñoñas en las que una luz artificial injerta las escenas finales de besos pegajosos, pero de hecho nadie sabe realmente si lo que siente es amor o el desahogo momentáneo del calentón que lleva encima. Y no se crea, yo soy de las que se emocionan siempre, pero luego me doy cuenta y me digo tonta. ¿No cree que el amor es ridículo? No, claro, usted tiene que decir que no, pero a lo mejor lo que pasa es que usted no ha visto todo lo que he visto yo fuera de aquí. Y perdone que se lo diga, pero estos temas dependen mucho del destino de cada uno. Si usted cree en el amor quizá sea porque ha tenido más suerte que yo. Sí, ya sé que la suerte se la busca uno mismo, me lo ha dicho muchas veces. Y a lo mejor sí que ha fallado algo en la elección de los hombres que he ido haciendo a lo largo del tiempo, no lo sé. ¿Qué quiere que le diga? Creo que es muy lógico que como mínimo desconfíe del amor, ¿no? Joder, es que no lo entiende: yo al amor no lo he visto nunca, para mí es como Dios, nadie puede

demostrar su existencia. Y no se crea, tiene delante a la mujer con más ganas de querer que haya conocido nunca. Si le digo que, de un modo u otro, he querido a todos y cada uno de los hombres que han pasado por mí tal vez le parezca exagerado. Pues es exactamente así, se lo puedo asegurar. No es que los quisiera como para casarme con ellos o pasar toda la vida a su lado, pero incluso cuando me daban asco resulta que he sentido una especie de compasión por ellos, una ternura. Quizá por eso mismo me haya enfadado con ellos, porque no eran capaces de verlo. ¿Pero cómo iban a verlo y a tratarme con ternura si era yo la que no me la permitía? Sí, ya sé que pensaré que estoy hecha un lío y que no sé qué quiero y qué no, pero le puedo asegurar que muchos de los nudos que tenía los he ido deshaciendo aquí dentro, hablando con usted y luego hablando conmigo misma como si pudiera usted oírme. No sé cómo lo ha hecho para meterse en mi mente de este modo, como una voz mía y ajena al mismo tiempo.

Sin embargo, ¿sabe qué? No he cambiado tanto en ciertas cosas. Aún me pasa eso, aún aprecio a todos los hombres que me rodean, pero ahora no dejo que se me metan dentro, de ninguna manera. Que hay muchas maneras de que un hombre pase a formar parte de ti, a veces no hace falta llegar al sexo. Usted dice que ahí afuera, en algún lugar, habrá un hombre bueno para mí, que de hecho hay muchos, y ahora, puesto que le creo más a usted que a mí misma, cuando dudo que todo eso exista me impaciento. Sobre todo cuando pienso que estoy sola me entra un ansia terrible por probar a uno de esos hombres. Tan sola, tan sola, que el día menos pensado podría caer desmayada en casa y nadie vendría a buscarme hasta que me hubiese descompuesto y los vecinos avisaran a la policía por el hedor, no porque me echaran de menos. No, de verdad, yo a usted lo creo y me digo que tengo que esperar a un hombre hecho de otra pasta. Como de algún modo he sido yo la que ha atraído a lo peor de lo peor, ahora me parece que no puedo fiarme de lo que percibo de ellos. Me digo que si me he engañado durante tantos años no será fácil cambiar el radar y empezar a detectar a buenas personas, quiero decir a la clase de hombres que me convienen, que me traten bien. Ahora siempre hay algo que me hace dudar, que me dice no, no, éste no puede ser porque, mira, por el modo en que habla de su madre seguro que no ha solucionado su relación con ella, por cómo dice que tiene que ser la relación entre un hombre y una mujer seguro que te querrá encerrar de algún modo más pronto que tarde. Quizá me esté volviendo paranoica, pero mientras los observo es como si pudiera obtener mucha información de ellos, mucha más de la que ellos mismos quieren proporcionarme. Y aún me siento tentada, no crea. Pero entonces pienso en lo que viene después, en todos los despueses que he vivido, y me invade una tristeza súbita. Ya no soy capaz de engañarme ni siquiera temporalmente, como hacía antes.

A veces he llegado a creer que lo había encontrado. El corazón me late con fuerza, muy de prisa, y me pongo nerviosa, pero no tardo en darme cuenta de que no, no es él, y se me pasan todos los nervios.

¿Quiere que le dé un ejemplo? Pues mire, el chico de la churrería en la que desayuno los sábados por la mañana siempre me hace bromas. Lo conozco desde hace bastante tiempo. Nos tenemos la confianza que da un sinfín de madrugadas de si el chocolate está demasiado espeso o demasiado líquido. Me gusta, sabe, me ha gustado siempre. Parece hecho a mi medida, físicamente, quiero decir. A veces me coge la mano y me doy cuenta de que encaja en la mía. Lo miro y pienso que hay algo en él que no me cuadra, pero no sé qué es. Pese a todo seguimos jugando, ¿sabe? Nos miramos, sonreímos, nos provocamos con afecto. A menudo me coge por la cintura para saludarme y se me eriza toda la piel, un escalofrío me recorre de arriba abajo y por un momento recuerdo que estoy viva. A veces yo también juego, no crea, y aprovecho que le doy dos besos de despedida, por ejemplo, para presionar los labios contra sus mejillas más de lo estrictamente necesario. Con ganas de besarlo todo él, no crea, pero de pronto recuerdo ese algo de él que lleva todos estos años rechinándome y me digo a mí misma que no.

El otro día me dejó claro que le gusto, pero lo hizo de un modo que me hizo enfadar. Y mucho.

Mire, ya sabe que yo no soy ninguna cursi, que no tengo la piel fina ni me ofendo por cualquier cosa, pero en realidad me ofenden muchas de las cosas que los hombres me han dicho pese a no haber protestado. Antes no era así, ¿verdad que no? Antes los hombres no eran tan bastos hablando. Pues estábamos comentando lo que nos apetecería hacer, que si unas vacaciones en el Caribe, que si la lotería para no trabajar más, y de pronto dijo: ¿sabes qué es lo que más me apetecería, de verdad? ¿Lo único que querría ahora mismo? Me miró de un modo tan serio que me entró una risita nerviosa.

Sólo con oír la pregunta ya sabía qué iba a decir, claro está, pero va y suelta: follarte. Ahora mismo es lo único que quiero hacer.

¿Se lo puede imaginar, verdad? Las demás mujeres, como gallinas en un gallinero, gritando y riendo. Y yo callada, cabreada y sin poder sacar el cabreo.

¿Que qué me habría gustado que dijera? Le parecerá una cursilería, pero lo que realmente quería, si soy sincera conmigo misma y me deshago de todas las precauciones, era que me dijera: me gustas mucho, quiero que salgamos juntos, que nos vayamos conociendo para saber si podemos construir algo entre los dos. ¿Ridículo, verdad?

Este sueño me da más vergüenza que otros sueños porque sale usted en él, pero como ya me ha dicho alguna vez que los personajes de los sueños somos nosotros mismos o una parte de nosotros y que en todo caso no se refieren directamente a la persona concreta que sale en ellos sino a alguno de sus rasgos, se lo cuento y estoy segura de que usted lo entenderá.

Llego aquí, a su casa, y le digo que he hecho una cosa o he dejado de hacer otra y

usted salta de alegría y me felicita: por fin has salido de donde estabas, me dice. Entonces me abraza y me siento muy querida. Yo le devolvería el abrazo ¿sabe? Pero no crea, no por buscar ninguna clase de placer ni por olvidar mi cuerpo, sino que lo abrazaría precisamente para sentirme más que nunca en mi propio cuerpo. Con el suyo envolviéndome creo que podría sentir el mío y reconocerlo, hacer las paces con él y quererlo. O sea, que si usted me abrazara es muy probable que yo pudiera quererme. Eso es lo que pienso cuando de hecho usted ya me abraza, lo pienso como si la situación fuese posible y estuviese pasando ya. Ahora recuerdo las palabras exactas que le he dicho al llegar: que he salido de allí. Luego me abraza con ternura. Como si su cuerpo no tuviera sexo, como si su cuerpo sólo fuera el envoltorio del mío. Cuando se tienen sueños como éste una querría no despertar nunca, retener las sensaciones toda la vida. La lástima es que no acabara del todo bien: usted había acabado de abrazarme y yo pensaba mira, este hombre te quiere pese a saberlo todo de todo, y estaba usted a punto de besarme, y me apartaba el pelo de la cara con las manos. Se me iba acercando como en las películas antiguas. Había música, creo. Sí, sí, música a nuestro alrededor, y yo tenía unas ganas tremendas de besarlo porque era como si nunca hubiese besado a ningún hombre. Entonces me da por pensar si me he lavado los dientes o no, que seguro que me huele el aliento, y lo esquivo tan rápidamente que el sueño se acaba allí mismo. Qué sensación de abandono, y todo por mi culpa.

Pero he tenido otro sueño que se parece mucho a éste pero es distinto. Me pasa más de un tiempo a esta parte, sobre todo desde que duermo de noche. ¿Sabe qué? Desde que estoy de baja me parece que trabajo más durmiendo que cuando lo hacía por la noche. A veces me levanto agotada, con mil sensaciones, con unas historias que me sacuden, y empiezo a darles vueltas porque no entiendo qué quieren decir. Antes no soñaba nunca, se lo prometo. La gente dice que lo que pasaba es que no me acordaba de mis sueños, pero no es cierto.

En el de hace unas noches usted me invitaba a visitar una casa, una especie de museo, y al acabar la visita me decía que esperara, que tenía una sorpresa para mí, que aún había una parte que no había visto. Entonces me hacía entrar por una puerta tan pequeña que me tenía que agachar para pasar al otro lado. Tras la puerta había unas cuevas que al parecer tenían millones de años, con pinturas en las paredes. Primitivas. Se oía un rumor de agua. Tenemos que esperar, me decía, y de pronto aparecía un chico. Tenía el mismo aspecto que un compañero de instituto y amigo de hace mucho tiempo, joven, amable, afectuoso, que de pronto se me acercaba y me cogía de la mano. De hecho, me ofrecía la suya. Y yo, sorprendida, lo miraba a usted porque me sentía un poco desconcertada, como si me hubiese tendido una trampa. Lo miraba a él y luego, incrédula, le preguntaba a usted: ¿pero es éste?, mientras lo señalaba. Él sonreía todo el rato, esperándome. Pero no puede ser, decía yo, no puede ser él, pero el chico ya se me acercaba y me rodeaba con los brazos. ¿De verdad que eres tú? Él sonreía y me besaba. ¿Pero y mi mal aliento? Él volvía a besarme y me

olía: Ah, eso, no es para tanto. Además, a mí me gusta este olor. Salíamos juntos de casa y de pronto estábamos en una especie de fiesta con un grupo de personas. Alguien me preguntaba, sonriendo y admirándonos como se admira a las parejas felices, cómo nos habíamos conocido. Yo los miraba un poco incrédula e ilusionada, y decíamos al unísono que era una historia increíble. De pronto estaba usted allí mismo, a mi lado. Y me ayudaba a contar la historia.

¿Qué cosas, verdad? ¿Sabe qué? Que me parece que la historia que teníamos que contar no era la de cómo nos habíamos conocido él y yo, sino todas las cosas que me han pasado y no me han pasado a mí desde que vengo a su casa. No sé si a usted le habrá valido la pena que le viniera a limpiar porque de hecho le he quitado tantas horas como las que le he hecho. Sí, claro, usted siempre dice que da igual, pero todo esto no deja de ser muy curioso.

Desde que tuve aquel sueño miro a las parejas con otros ojos. Ya lo sabe, verdad, que cuando veía a dos enamorados siempre pensaba ya, ¡no se lo creen ni ellos!, y trataba de averiguar de qué modo nos estaban engañando a todos. Ahora no, ahora voy por la calle y veo a gente que se quiere. No, no me da ni vergüenza decirlo, ya lo ve, como una pánfila, pero debe de ser cierto de algún modo, por fuerza debe de haber quienes se quieran, ¿qué sentido tendría todo si no? Ya sé que tenemos que saber estar solos y que nadie puede darte lo que te falta, y que el otro no puede ser nunca un sustituto de tus propias carencias, pero seguro que deben de existir las parejas que se acompañan mutuamente en el día a día, que hacen juntas un trozo del camino, por lo menos. Eso sí que no se lo perdonaré, de verdad, que sea usted el culpable de haberme convertido en una persona tan cursi. Sí, claro, me dice lo de siempre, que los sentimientos no son cursis y que el amor no es ridículo. Pues sepa que sus frases, cortas y dichas como quien no quiere la cosa, deben de haberseme quedado grabadas en alguna parte. Ya le digo, ahora que tengo tiempo, me dedico a menudo no a intentar averiguar cuáles de los hombres emparejados a los que veo traicionan a sus mujeres, sino de qué modo las quieren. Y cómo ese querer no es un camino recto para toda la vida, pero intuyo, apenas empiezo a intuir, que debe de ser mucho más confortable de lo que siempre he creído.

¿Quiere que le confiese algo más? Ahora, cuando miro a las parejas que se hablan, que pasean por las plazas con su perro, que limpian un poco de azúcar glas que se ha quedado pegado en los labios del otro, que le pasan un brazo por encima de los hombros, con esa confianza a la que siempre he temido, ahora no sólo he dejado de tenerles tirria sino que, no sé cómo, creo que pronto entraré a formar parte del mismo club. Entre los solos y desgraciados y los emparejados mínimamente felices existe una frontera, y me parece que ahora mismo estoy justo encima de esa línea, con un pie a punto de desequilibrar esta paridad y pasarse al otro lado. Qué inquietud, qué vértigo y qué ilusión al mismo tiempo.

Los buenos chicos estaban ahí, ¿sabe? Siempre los ha habido a mi alrededor, ahora en la distancia, con esta calma que tengo desde que ya no toco a ningún hombre, puedo reconocerlos, pero por algún extraño motivo huía de ellos. Los buenos, los de primera clase, los que yo siempre he pensado que no eran para mí. Chicos guapos de buen corazón, y a algunos creo que hasta les gustaba. Pero me costaba tanto creer que yo les gustara... E incluso ahora... Bueno, ya no, usted y yo hemos quedado que no hay ningún motivo que me impida considerarme digna de un buen hombre. Lo que pasa es que, bueno, aquel mal olor aún me angustia un poco. Hubo, por ejemplo, un chico del barrio que decía que quería salir conmigo cuando yo aún no sabía de qué iba todo esto, un chico más o menos como yo al que llamé imbécil a gritos no sé cuántas veces y que, por supuesto, no se me volvió a acercar. Creía que se estaba riendo de mí. Luego, en el instituto, hubo un chico muy inteligente que me daba miedo. Pero éste, la verdad, no sé si era de los buenos, porque tenía algo que no acababa de entender, esa especie de chirrido que le digo que me producen algunos hombres y que usted llama intuición. Hubo otro más, en el instituto, que era encantador, siempre se pasaba el pelo por detrás de la oreja y cuando sonreía te hacía sentir que el mundo era sencillamente perfecto. Me parecía imposible que aquel chico pudiera fijarse en mí. No lo sé, me lo imaginaba con una chica rubia y espigada, de esas tan flacas que parecen hechas de aire, de esas con la cintura abarcable, y por mucho que intentara modificar mi cuerpo yo no habría conseguido aquella ligereza. Entonces pensaba que a los hombres guapos, inteligentes, atractivos y simpáticos les tenían que gustar por fuerza las rubias no muy complicadas y que no pesaran demasiado. Y no crea, no es que estuviera gorda, pero pensaba que sólo el peso de mis huesos ya era mayor que el de aquellos cuerpos etéreos. Qué lástima no haberme permitido ejercer de protagonista, qué lástima haberme considerado merecedora tan sólo de un segundo puesto, un puesto discreto que no molestara demasiado. Y fíjese, salí de allí para dedicarme a limpiar. Ahora siento un poco de pena, me veo allí atrapada, viendo como la vida, la buena, les pasaba a los demás y no a mí. Entonces les tenía manía tanto a ellas como a ellos, pero de hecho era yo la que me sometía, quizá para no descontrolarme.

En la fábrica me encontré con un chico de éstos, no se piense, los hay por todas partes, ahora lo veo claro. Un chico afectuoso que me llevó a pasear por un bosque una noche de sábado y me besó bajo las estrellas con ternura, acariciándome la barbilla. Me escabullí como pude, claro está, lo fui esquivando hasta que al final se cansó de buscarme. Qué lástima, de verdad, era y es lo que se dice una buena persona y todo habría sido de lo más fácil con él, lo sé, me habría acogido, me habría querido y me habría acompañado.

Pero sabe qué, que tampoco se puede volver atrás. A veces me siento tentada de hacerlo, no crea, sobre todo cuando estoy tan sola que no sé qué hacer con el tiempo.

Pienso en llamar a algún amante y sé que no lo haré porque ya no podría volver a todo aquello nunca más. Incluso cuando he bebido un poco hay algo que me avisa y me detiene si se me acerca un hombre. Ahora tampoco me enfado si un hombre me dice que le gusto y veo que es de los que no me convienen o que sólo quieren follar. Ni siquiera me enfado, me limito a decir que no. No, gracias y punto. Lleva toda una vida aprender esto, ¿no cree?

Pues le decía que no se puede volver atrás, no sólo con los amantes sino también con los hombres buenos con los que podría haber tenido algo. Son oportunidades perdidas. El encuentro se produjo en un momento determinado y yo tomé las decisiones que tomé en aquel momento. Luego todos vamos cambiando. Se lo digo porque a veces, cuando echo de menos a esos pocos hombres buenos a los que he conocido, me entran unas ganas terribles de buscarlos para ver si aún podría haber algo entre nosotros, pero más vale mirar hacia delante. Por lo menos ahora también los puedo guardar como parte de mí, no sólo a los impotentes, alcohólicos, adúlteros y demás, los de buena pasta también estaban ahí.

Pero claro, ¿cómo iba a verlos si estaba emperrada en encontrar a los diferentes? Qué manía, ¿verdad? Quizá ahora lo entienda usted: buscaba a los diferentes porque de hecho eran los que me daban más miedo, enigmáticos, desconocidos, pero en el fondo, ya lo sabe, todos los hombres me daban miedo. No lo que me pudieran hacer durante el sexo, que para eso ya sabe usted que no tengo problemas. No, la parte que más me angustiaba, que me daba pánico, que me inquietaba de un modo que nunca he podido controlar, es la que va del primer instante en que se cruzan las miradas hasta llegar a la cama. O sea, hasta vernos desnudos. Nunca sabía qué hacer con los hombres durante ese espacio de tiempo, ni cuánto debía durar, ni cómo se suponía que me tenía que comportar, ni qué papel me tocaba interpretar. Por eso intentaba esquivarlo como fuera yéndome a la cama con ellos lo antes posible, acortando al máximo aquella espera. Lo llamaba pasión y desenvoltura, ser una mujer moderna, pero ya lo sabe, era ser una mujer muerta de miedo que no quería sexo sin afecto y no sabía cómo decirlo. ¿Quién nos explica todo esto? ¿Quién nos lo enseña? Pues nadie, claro está. ¿Le confieso algo? En realidad todavía no sé qué debería hacer si ahora mismo encontrara a un hombre que me gustara de verdad. Sólo de pensarlo me entra un vértigo...

Sí, ya sé que según usted tendría que pensar en lo que significan los malos olores de mis sueños, pero tengo que contarle algo: hoy he soñado que me moría. Tan bonito, con una ilusión.

Esta mañana me he levantado y me ha venido a la mente una frase que desde entonces no me deja en paz: ¿y si tuviera que tener esta forma? Primero la he pensado mientras iba hacia el lavabo, todavía medio dormida, ha ido resonando en mi cabeza con una voz de eco, se me ha ido mezclando con el agua, con el ruido de la cafetera,

con la luz del día, hasta que, como si hubiese descubierto el secreto de todas las felicidades, he dicho, casi he gritado, ¿y si tuviera que tener esta forma?

Usted no me entiende, claro. Verá, desde que me convenció de que sí se puede ser feliz, de que hay personas que encuentran a alguien con quien vivir y hacerse compañía y compartir un proyecto común y conectan no sólo a través del sexo sino con la cabeza y las emociones y se cuidan el uno al otro, desde que me hizo usted creer en esto siempre he pensado para mis adentros: sí, pero. ¿Sabe cuáles eran esos peros? Pues que yo no estaba preparada, que era demasiado pronto, que la casa no la tenía a punto para recibir a nadie y sobre todo, sobre todo, que no tengo el cuerpo lo bastante arreglado. Me decía que tenía que quitarme un trozo de aquí y un trozo de allá, alisarme esta parte, limpiarme esta otra, ser de otra manera, y claro, ¿cómo quiere que pase nada pensando así? También me decía que tenía que cambiar yo, dejar este trabajo, porque ningún hombre bueno querría a su lado a una mujer que se dedica a esto, y menos por la noche. Bueno, esto de la noche me parece que ya va siendo hora de cambiarlo, ¿esto sí se podrá, no? Aún no sé cómo, pero mire, las últimas semanas he dormido tan bien que me cuesta mucho imaginarme durmiendo otra vez de día. Como le iba diciendo, no paraba de repetirme que tenía que cambiar, alisarme el cuerpo, pero cambiar también por dentro. Me decía que tenía que ser menos complicada, darle menos vueltas a las cosas. ¿Qué hombre querrá estar con una mujer que hay días en los que llora porque sí y de pronto rompe a reír también porque sí? ¿Y una mujer que a veces no limpia nada y otras veces se pone a limpiar como una posesa, como si se fuera a acabar el mundo? ¿Se imagina a un hombre capaz de aguantarme? Pero claro, esta no es la palabra, en absoluto. No se trata de que me aguanten, ¿verdad que no?

Pues mire, así de fácil me ha resultado hoy decirme a mí misma que tengo que tener esta forma y no otra. Toda la vida intentando ser otra cosa, qué desgaste, qué cansancio. Nada más pronunciar la frase se me ha ido el agotamiento de los últimos quince años, como si de hecho hiciera mucho más tiempo que intento cambiarme.

También he pensado en el mal olor, no crea, que tiene mucho que ver con esta frase. Primero he pensado que quizá el mal olor sea mi carácter, que cambia tanto y es tan contradictorio que a veces nadie lo entiende, y eso, en el caso de tener un hombre a mi lado, puede ser un inconveniente importante. Luego he pensado que quizá el mal olor sea toda esta colección de hombres que han pasado por mí y me han dejado marcada, que de alguna manera quizá me han ensuciado.

Pero luego he pensado en el sexo y he comprendido que el sexo que me gusta es bastante guarro, sucio, la clase de sexo que te hace revolcarte por el suelo como si lo hicieras en un lodazal. Y claro, eso quizá no resulte demasiado conveniente si lo que pretendo es estar con un buen hombre. Yo creía que sólo me gustaba el sexo de los dominadores y las dominadas, de los golpes y los estirones, de los mordiscos, porque quería olvidarme de mí misma, pero ahora creo que lo que pasa es que me gusta así y punto. Usted cree que es una enfermedad, ¿a que sí? El problema es que los hombres

con los que he estado no eran adecuados para esta clase de sexo, los hombres que mejor pueden hacer de dominadores son precisamente los que más quieren a las mujeres, los que las tratan mejor. Pero claro, no sé yo si resultará fácil encontrar a un buen hombre que no tenga a las mujeres por seres inferiores y al que puedas pedir que te haga según qué cosas, no sé si me entiende.

Verá, el sexo es como el teatro. No siempre, pero yo a veces necesito que el sexo sea teatro. Así se convierte en sueño. En los sueños las cosas que salen, las personas, no son las reales, las de carne y hueso. Las cosas quieren decir otras cosas y las personas o bien quieren decir otras personas o bien una parte de uno mismo. Hay un tipo de sexo en el que ocurre exactamente lo mismo. Por eso la cosa no puede funcionar si la persona con la que juego es la misma que se supone que es. ¿Me sigue?

Quizá no le pasa a todo el mundo, pero a mí en este juego me gusta que me dominen, ya se lo he dicho. No siempre, claro está, hay días en los que me apetecería un sexo pacífico sin caretas. Pero sobre todo cuando estoy muy estresada, si he trabajado mucho, si estoy cansada, lo único que querría es que viniera un hombre y me hiciera olvidarme del mundo. Antes creía que necesitaba olvidar mi propio cuerpo porque lo odiaba, me molestaba de un modo terrible. Pero ahora no, ahora lo que quiero es olvidarme del mundo precisamente para volver a mí misma.

Sí, así de complicado, que venga un hombre al que quiero y que me quiere y me ate, me venda los ojos, me muerda entre los hombros hasta dejarme un rastro de medias lunas dentadas, que me hunda los dedos en estos hoyos que tenemos aquí en la nuca, ¿lo ve? Justo donde la cabeza se une con el cuello. Que me apriete fuerte con los dedos mientras me hunde en el colchón. Yo me resistiría, claro está, pero él, puesto que me conocería, seguiría. Luego me haría dar la vuelta y me cogería el cuello, rodeándome la garganta con sus dedos mientras yo lo estiro para respirar, como si me quisiera asfixiar. Ya lo ve, verdad, que es muy importante poder hacer todo esto con un buen hombre que no tenga ganas de hacer daño de verdad. Es un sacrificio que haría por mí, por darme placer, normalmente los buenos dominadores no sienten placer al hacer daño, sino al ver que el otro siente placer cuando le hacen daño. Son cosas diferentes. ¿Sabe a qué conclusión he llegado, respecto a todo esto? Que del mismo modo que los dominadores para serlo no pueden ser maltratadores en la vida real, las dominadas tampoco pueden ser ni víctimas ni sumisas, porque entonces no estarían representando un juego, sino que sería de verdad.

Es complicado, ¿verdad? Sí, claro, usted me dice que tiene lógica, ¿pero qué hombre va a entenderlo? ¿No es pedir demasiado? Usted siempre dice que no, que sólo hace falta que me permita creer que sí que existe.

De momento sólo le puedo decir una cosa: creo que el mal olor de mis sueños se ha acabado para siempre. Hoy he tenido otro sueño en el que estaba con un hombre, a punto de besarlo, y me he detenido por el mal aliento. Sin embargo, esta vez, todavía en sueños, al detenerse la escena he dicho, como enfadada: ¿otra vez? No puede ser,

ya estoy harta, esto se tiene que acabar. ¿Y sabe qué he hecho? Me he ido a buscar a un especialista, un otorrinolaringólogo, y volviéndome hacia mí misma, que estaba viendo la escena, como en una película, me he lanzado un mensaje: esta es la última vez que te pasa, no te preocupes.

Usted dice que sí que escribe finales felices y yo no me lo había creído hasta ahora. Claro, siempre nos dicen que son fáciles y alambicados, cursis y cargados de idealismo, pero a lo mejor es porque sólo nos enseñan una parte de los finales felices. Y porque la historia que pasa en una película se tiene que contar en dos horas como mucho, y a menudo ocurre que no sabemos lo que hay de por medio. He estado haciendo de la vida películas de hora y media a tiempo real y ahora creo que puedo vivirla toda. Ay, ¿ve cómo me hace decir cursilerías?

De haber sabido que sería tan fácil no habría tardado tanto, pero a lo mejor tenía que aprender todo lo que he aprendido para hacerlo así de fácil. No es suerte, ya lo decía usted, pero fíjese si pueden ser sencillas las cosas.

Hace días que salgo a caminar por la mañana, bien temprano. Después de tanto tiempo viviendo al revés, no sabe lo bien que me sienta levantarme pronto y salir a caminar mientras el aire es fresco y el día empieza a arrancar. A veces corro, cuando siento que se me pierde el cuerpo y no me lo noto por algún lado, me pongo a correr hasta que he tenido bastante. Y fíjese, siempre hago el mismo trayecto, todos los días, todavía saboreando los sueños.

Precisamente el del otro día era de lo más bonito. Perdona que me ponga tan pesada, pero nunca los había tenido tan nítidos, tan claros. Me venía a buscar un hombre y nos subíamos juntos a un pájaro gigante con plumas de mil colores, qué vértigo, no crea. Pero me agarraba a él con fuerza y ya no tenía miedo. Cuando el pájaro bajó en picado hacia las profundidades de un valle ¿sabe quién estaba allí? Pues yo misma de pequeña, con un vestido azul claro, removiendo unos gusanos gigantes que se me deslizaban entre los dedos. La niña se daba la vuelta y nos miraba, sonriente. Pensaba en esto cuando de pronto alguien me detuvo en medio de aquel camino de las afueras, con un olor a tierra y plantas que resultaba empalagoso. Perdona, creo que se te ha caído algo. Y era un hombre con el que me cruzo todas las mañanas, que corría en dirección contraria y me señaló el suelo, donde estaban mis llaves. No las había oído caer, tan concentrada estaba en recordar el sueño. Se agachó y me las dio, y yo lo miré, todavía aturdida.

Usted siempre me lo dice, que cuando lo vea sabré que es la persona adecuada, y no se lo tome a mal, pero parece usted un brujo cuando dice esas cosas. Yo le decía que dudaba de mi radar, que ya no podía fiarme de la intuición que me había engañado todo este tiempo, pero usted insistía en decirme que la intuición siempre había estado ahí y funcionaba perfectamente, pero que yo la escondía para no protegerme, que ése era mi defecto de fábrica.

Pues mire, será que tenía usted razón, porque cuando vi a ese chico me dije que sí que era él, que no sé qué tenía pero le vi pinta de buena persona. Me puse tan nerviosa, me entraron tantas ganas de salir corriendo que le dije gracias y me marché de allí como alma que lleva el diablo. Luego me olvidé del tema, pensando que era otro de mis espejismos que nunca conducen a nada, pero al día siguiente, al cruzarnos de nuevo, me sonrió. ¿Sabe qué? No se lo creerá. Íbamos corriendo los dos y de pronto, al encontrarnos cara a cara, nos detuvimos en seco y nos quedamos mirándonos así, sin decir nada, observándonos y tanteando el terreno. De pronto no tuve miedo, ni prisas, ni rehuí su mirada. Pensé que aquello era demasiado serio y que para tener toda la información necesaria tenía que observarlo a conciencia y decidir si me gustaba lo bastante. Qué estampa, por Dios, tendría que habernos visto allí plantados como dos pasmarotes, como cuando los animales se encuentran y se olisquean, pero sin decir nada. Me llevé un par de dedos a una ceja para rascarme mientras pensaba mirando momentáneamente al suelo, y al volver a buscar su mirada, no se lo pierda, dijimos los dos, exactamente al mismo tiempo: ¿quedamos? Y claro, acto seguido nos echamos a reír a carcajadas. Nos presentamos estrechándonos las manos como si hubiésemos cerrado un negocio y quedamos para cenar al día siguiente en un restaurante del centro. Si quieres, después, me dijo, podemos ir al cine o a tomar algo. Ya lo veremos, dije, y seguí corriendo, dejando que saliera de golpe la sonrisa gigante que reprimía desde hacía rato.

Fuimos a cenar, ¿y sabe qué? Ya no tengo miedo. Lo escucho y me escucho a mí misma para comprobar si la voz que tengo bajo la voz me avisa de algún peligro. De momento no lo ha hecho. Escucho su deseo, también, el modo en que mira ciertas partes de mi cuerpo mientras habla, pese a sus esfuerzos por disimularlo. Ya no me enfado, ¿sabe por qué? Porque ya no me parece extraño que le guste mi cuerpo, a mí me gusta y todavía me gusta más que vaya acompañado de mí. Y él me gusta, y me gusta su cuerpo y no me produce ningún asco imaginar que lo veré desnudo. Pero me espero, no tengo ninguna prisa. Sé que es así como tiene que ser, que poco a poco nos iremos conociendo y un día vendrá el sexo después del amor, y será un sexo maravilloso, ¿sabe por qué? Porque será un sexo humano, de ternura.

FIN



Najat el Hachmi (Nador, Marruecos, 2 de julio de 1979) es una escritora española de origen marroquí. Nace en Marruecos, cuando su padre ya había emigrado a Cataluña, y a los ocho años se traslada a vivir a Vich.

En Vich creció y realizó sus formación académica hasta llegar a la Universidad de Barcelona donde se licenció en filología árabe.

Escribe desde los once años, al principio como entretenimiento, pero poco a poco la escritura se fue convirtiendo en una vía para canalizar la inquietud de sentirse de dos sitios a la vez y en una manera de acercar estos dos mundos a los que pertenece.

El éxito le llegó en 2008 con *El último patriarca* que recibió el Premio Ramon Llull, el Prix Ulysse a la primera novela 2009 y fue finalista del Prix Méditerranée Étranger 2009. En el libro la autora ajusta cuentas con el machismo y la violencia de los jefes de familia anclados en el conservadurismo y la tradición por encima de todo, en contraposición con la historia de su hija, joven que busca la libertad desprendiéndose de un legado social que no ha elegido. El libro ha sido traducido a numerosas lenguas, entre ellas el inglés, francés, italiano, portugués, turco, rumano y árabe. En 2011 publica *La cazadora de cuerpos* en el que la escritora da un giro a su obra con una novela erótica en la que relata la historia de una mujer que necesita cazar todo tipo de cuerpos —inmigrantes, compañeros de trabajo, ligues de discoteca o un revisor del tren, entre otros— para liberarse, algo que la autora narra con tórrido detallismo.

En 2015 publicó *La hija extranjera* con la que logró el Premio Sant Joan de novela, el

tercer galardón literario mejor dotado en catalán y cuyo argumento se centra en el conflicto de identidades entre una madre y una hija.